

J. JIJON Y CAAMAÑO, Y CARLOS M. LARREA

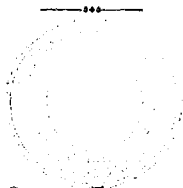
Individuos de Número de la Sociedad Ecuatoriana
de Estudios Históricos Americanos

UN CEMENTERIO INCASICO EN QUITO

Y

Notas acerca de los Incas en el Ecuador

(De la Revista de la Sociedad "Jurídico-Litoraria")
(Tomo XX, págs. 159 a 260)



QUITO—ECUADOR

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1918

ERRATAS

- Pág. 4 renglón 33 dice *siete* léase *seis*.
" 5 " 33 " *L. IX fig. 6ª* léase *L. IX fig. 9ª*
" 10 " 3 " *L. VI fig. 8ª* léase *L. VI figs. 1ª y 5ª*
" 16 renglón 13 dice *L. IX fig. 3ª, 4ª y 5ª* léase *L. IX figs. 4ª y 5ª*
" 25 renglón 31 dice *L. XVI fig. 6ª* léase *L. XVI fig. 5ª*
" 36 renglón 26 dice *L. XXVI fig. 4ª* léase *L. XXVI fig. 3ª*
" 73 nota segunda léase pág. 70.

La leyenda de la lámina IX se ha impreso equivocadamente en la décima, y en la décima la de la novena; de tal modo que cuando en el texto se habla, por ejemplo de la figura 1ª de la L. IX, hay que consultar la fig 1ª de la L. X.

Lámina XXXIX léase Lámina XXIX.

Un cementerio incásico en Quito

Y NOTAS AGERCA DE LOS INCAS EN EL ECUADOR

P O R

J. Jijón y Caamaño y Carlos M. Larrea

Individuos de número de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.

Al Dr. P. Rivet, que tanto ha contribuido, con sus estudios, al progreso de la Prehistoria ecuatoriana, dedican este opúsculo sus amigos,

LOS AUTORES.

ADVERTENCIA

La civilización incásica es la última, de las prehistóricas, que se propagó en el Ecuador. Importa, pues, grandemente, su conocimiento, para poder reconstruir, comenzando por este escalón, el edificio de la Prehistoria ecuatoriana.

A pesar de su importancia, el estudio de la cultura incaica no se ha hecho con el debido detenimiento; pues la mayor parte de los peruanólogos ha dado preferencia

en sus estudios a otras civilizaciones, más antiguas y acaso más desarrolladas, desde ciertos puntos de vista, como las de Tiahuanaco, Nazca, Chimú y ótras.

Estas razones nos impulsaron a realizar el presente trabajo, en el cual, junto con el estudio detallado de la alfarería cuzqueña, que hemos tratado de clasificar y describir científicamente, hemos procurado resolver algunos problemas relativos al dominio de los Incas en el Ecuador.

Estudios de esta naturaleza, por su misma índole, son áridos y carecen de amenidad. No se busque, pues, en éste las galas de la imaginación y del lenguaje, indispensables en otros trabajos.

Quito, Mayo de 1918.

UN CEMENTERIO INCASICO EN QUITO

y notas acerca de los Incas en el Ecuador

PRIMERA PARTE

NOTAS ARQUEOLÓGICAS

Trabajando en los terraplenes del nuevo Hospital, encontráronse, en el mes de Diciembre de 1917, siete tumbas precolombinas (1). Sabedores de este hallazgo y, deseosos de explorar metódicamente el lugar, solicitámos del Sr. Gerente de la obra, Dr. Francisco Miño, el permiso de hacer excavaciones, el cual señor, bondadosamente, nos lo concedió, llegando su amabilidad hasta proporcionarnos los peones necesarios para el trabajo.

El lugar en que se construye el nuevo Hospital, está situado en el declive NO. del Itschimbía. El terreno tiene una inclinación suave y regular, si bien, a poca distancia del lugar en que se encontraron las tumbas, al E., la pendiente es más rápida, a causa de un antiguo relleno de tierra, hecho para formar una como terraza en la parte superior. Este relleno debe ser bastante antiguo y datar del período colonial.

Es de notarse que el cementerio precolombino, encontrado en los terrenos del nuevo Hospital, está a poca distancia del sitio en que, en Noviembre de 1911, encontró el Sr. José Rafael Delgado la tumba rica en objetos

[1] "El Comercio", N° 3.978—18 de Diciembre de 1917.

de oro, que nosotros describimos en el opúsculo, intitulado *El Tesoro del Itschimbía* (1).

I EXCAVACIONES

Nuestras excavaciones comenzaron inmediatamente al S. del lugar en que se había hecho el hallazgo, que demostró existía allí un cementerio precolombino. Por un espacio de veinte metros, poco más o menos, de ancho y de unos diez de largo, removimos toda la capa de tierra vegetal hasta descubrir la toba volcánica; así logramos encontrar otras siete tumbas.

Eran éstas, fosos poco hondos y que en nada recordaban los profundos pozos de Chaupicruz ni los de Imbabura.

Tumba I. A 87 centímetros de profundidad, encontróse el esqueleto de un adulto, cuya posición no se pudo determinar, ya que los huesos estaban muy descompuestos por la humedad.

Junto al cadáver encontráronse una compotera de barro, dos arivales y dos platos. Los arivales estaban juntos, el uno sobre el otro; bajo los arivales se hallaban los platos.

La compotera pertenecía a la segunda variedad de nuestra clasificación de las compoteras imbabureñas, que está caracterizada por el pie cónico, relativamente alto, y el recipiente no muy hondo. [2] Era de barro cocido, de color amarillento, bastante pulido, especialmente en el interior del plato, en donde había una decoración, de color rojo, consistente en dos líneas paralelas, poco distantes entre sí, trazadas junto al borde; y de un círculo, muy imperfecto, cuyo diámetro correspondía al del pie. El espacio así limitado, había sido dividido en partes iguales por siete grupos de tres líneas paralelas cada uno. Lámina XLII.

Mide este vaso 65 centímetros de alto; el diámetro del recipiente es de 130 milímetros; el diámetro máximo del pie es de 65 milímetros y la altura, 59.

[1] *Jijón y Casmaño*, 1913.

[2] *Jijón y Casmaño*, 1914, pág. 132, I. XXV, fig. 1^a.

Fig. 1^a

Los dos platos son muy semejantes, si bien no enteramente iguales; siendo el uno un *poco* característico, esto es, un vaso, cuya curvatura es la de una media circunferencia. Fig. 1^a

El otro asemejase más a la segunda clase en que hemos distribuido las ollas imbabureñas y "que están formadas por dos partes, el fondo un casquete esférico y las paredes, un cono truncado muy cerca de la base (1);" distinguiéndose tan solamente de los ejemplares de Imbabura por no tener protuberancia alguna en la unión de los elementos que lo forman. Fig. 2^a

Fig. 2^a

Estos platos son de barro cocido, de color amarillento, sin barniz ni pintura. Miden 50 y 55 milímetros de altura, 105 y 110 de diámetro, respectivamente.

Los dos arivales habían sido despedazados por la presión de la tierra; eran de barro rojizo y no tenían decoración alguna.

Tumba II. A 1,40 metros de profundidad, había un esqueleto en cucullas y, junto a él y a 1,30 de profundidad, un arival invertido, esto es, con el cuello hacia abajo, descansando sobre los bordes de la boca.

Este arival, como los de la tumba anterior, no tenía decoración alguna. L. IX, fig. 6^a

Un metro más al E., se encontraron dos compoteras, formadas por un pie cónico muy pequeño y por un

[1] *Jijón y Caamaño*, 1914, pág. 138, L. XXX, fig. 4^a y pág. 139, L. XXX, fig. 3^a.

plato profundo, compuesto de dos casquetes esféricos y de desigual curvatura, que se unen en ángulo recto, terminando el superior en un reborde saliente, pintado de lacre, a distinción de lo demás de la compotera, cuyas paredes exteriores han sido coloreadas de rojo claro conservando las interiores el color natural del barro que es amarillento. L. XLIII, figs, 4^a y 6^a

Estas vasijas ocupan un lugar intermedio entre la séptima forma de las compoteras imbabureñas y la segunda clase de las vasijas con pie (1).

Miden 80 milímetros de altura, 130 de diámetro en la boca y 150 de diámetro máximo. La altura del pie es de 15 milímetros y su diámetro de 56

Tumba III. A 40 centímetros de profundidad, había un cadáver muy descompuesto y, junto a él, una ollita pequeña y un arival.

Los caracteres de los arivales son: vientre subgloboso; base cónica, de muy poca altura; cuello alargado, aunque proporcionado; labio plegado, rectamente, hacia el exterior; asas anchas y de poco espesor, situadas, generalmente, en el tercio inferior del vientre; en muchos casos, hay dos pequeños círculos perforados, colocados simétricamente bajo el borde del cuello, y, por último, una pequeña protuberancia o escultura grosera en la parte central del vientre. [2]

Bingham, al estudiar los objetos de alfarería, encontrados en Machu-Picchu, ha esbozado una clasificación de la cerámica incaica. Este ensayo nos servirá de base para nuestro estudio de los arivales, así como de otras formas del arte cuzqueño, procurando, por nuestra parte, completar, a la medida de nuestros conocimientos, la clasificación del descubridor de Machu-Picchu. [3]

Means, en su interesantísimo estudio cronológico del arte peruano, propone otra clasificación de la cerámica incaica, no fundándose en la forma, como Bingham, sino en la decoración. Nosotros optamos por los dos

[1] *Jijón y Caamaño*, 1914, pág. 133, L. XXVI, fig. 2, pág. 135, L. XXVII, fig. 3^a

[2] *Outes*, 1907, pág. 24.

[3] *Bingham*, 1915.

procedimientos conjuntamente, haciendo también algunas adiciones a la clasificación de Means [1], y esperamos obtener así un *corpus* del arte cuzqueño, semejante en algo al empleado por Petrie en sus universalmente alabadas publicaciones de egiptología [2]. Las ventajas que obtendría la prehistoria americana con la formación de *corpus* de los diferentes artes del Nuevo Mundo, serían inmensas (3). Así, no vacilaremos en ensayar la constitución de un *corpus* incaico, ya que la uniformidad y constancia de las formas y decoraciones del arte de los Incas facilitan en mucho nuestro empeño.

Bingham distribuyó los arivales en cuatro variedades [4], a las que nos ha parecido conveniente añadir otras ocho, que se encuentran en diferentes partes del territorio de Tihuantinsuyo y que no se hallan en Machu-Picchu.

Designaremos los arivales con el número 1 y cada una de las variedades con una letra.

La variedad *a* es aquella en que las protuberancias, colocadas bajo el cuello, están perforadas; en que la cabeza de animal, que ornamenta la panza del vaso, es incisa, y en que las agarraderas están colocadas verticalmente en el cuerpo del vaso, bajo las asitas. L. I, fig. 1ª

Los de la variedad *b* son aquellos en que la cabeza no lleva incisiones y las asitas no son perforadas. L. I, fig. 2ª

Los de la variedad *c* son aquellos en que los labios no son salientes, en que el cuello es casi cilíndrico y en que las asas se encuentran casi en la base del recipiente. L. I, fig. 3ª

Los de la variedad *d* tienen las asas en la parte media del vaso y la base muy alargada. L. I, fig. 4ª

Los de la variedad *e* tienen la base casi plana y las asas hacia el medio del vaso. L. I, fig. 6ª

En la variedad *f*, el cuerpo es globuloso, la arista que, en las variedades anteriores, hay en la unión de los

[1] Means, págs. 377 a 382.

[2] Petrie, 1896.

[3] Petrie, 1904, págs. 123 y 126.

[4] Bingham, 1915, págs. 260 y 261, fig. 42.

dos elementos que forman el vaso, ha desaparecido, así como, en muchos casos, los labios de la abertura, las orejitas y la cabeza del puma; si bien no son estos hechos constantes, ya que hay ejemplares que tienen todos estos elementos o, por lo menos, algunos de ellos. L. I, fig. 8ª

En la variedad *g* faltan tanto los labios como las orejitas y la cabeza del puma, siendo el cuerpo del vaso periforme. L. I, fig. 5ª

La variedad *h* se caracteriza por un cuello muy alto y porque la base es baja y plana. L. I, fig. 7ª

En los de la variedad *i*, el cuerpo está formado por dos casquetes esféricos, no siendo la base puntiaguda. En los arivales de esta clase, las asas están sustituidas por manecitas pequeñas. L. I, fig. 9ª

El cuello sumamente corto, distingue a los de la variedad *j*. L. I, fig. 10ª

Tienen el cuerpo muy ancho los de la variedad *k*. L. I, fig. 11ª

Son los de la *l* de cuerpo periforme, base plana y cuello bajo. L. I, fig. 12ª

Por la ornamentación, los arivales pueden ser de las siguientes clases:

A Arivales no decorados. L. II, fig. 1ª

B Arivales cuya mitad superior ha sido pintada de color uniforme. L. II, fig. 2ª

C Arivales en que la mitad inferior ha sido pintada de color uniforme. L. II, fig. 3ª

D Arivales decorados con pintura a rayas. L. XI, fig. 5ª

E Arivales decorados con tres fajas verticales, que limitan dos campos, en los que hay unos dibujos a manera de puertas. L. XVII, fig. 6ª

F Faja central vertical, decorada con rombos y fajas laterales con el dibujo, llamado por Means, *dientes de sierra*. L. II, fig. 5ª

G Faja central vertical de rombos y campos horizontales cuadrículados, limitados hacia el centro por fajas laterales, del color del fondo del vaso. L. II, fig. 4ª

H En la faja vertical está pintada una línea en

zigzag y en los campos laterales el dibujo en dientes de sierra. L. II, fig. 6ª

I Arivales en que la faja vertical media, está pintada con una línea en zigzag, fajas laterales horizontales con rombos, alternando con ótras sin dibujo. L. III, fig. 1ª

J Faja vertical central, con líneas que se cortan, formando pequeños rombos. El espacio restante está ocupado por el dibujo dicho dientes de sierra. L. III, fig. 2ª

K Fajas verticales medias, con cruces y líneas, y fajas laterales con el dibujo que Means llama *quipus*. L. III, fig. 4ª (1)

L Faja central media, con cuatro líneas almenadas, opuestas entre sí, y fajas laterales de *quipus*. L. III, fig. 3ª

LI Fajas verticales de *quipus*. L. IV.

M La decoración ocupa todo el campo anterior, que está cubierto de dientes de sierra. L. III, fig. 5ª

N Decoración uniforme de cruces y líneas. L. III, fig. 6ª

Ñ Campo todo igual, con meandros y líneas verticales. L. V, fig. 2ª

O Faja horizontal con meandros. L. V, fig. 1ª

P Faja horizontal de rombos. L. V, fig. 5ª

Q Fajas horizontales con líneas en zigzag. L. V, fig. 3ª

R Faja horizontal central de rombos, y las fajas superior e inferior, de líneas en zigzag. L. V, fig. 4ª

Rr Fajas horizontales, de dientes de sierra y verticales, de dos colores. L. V, fig. 6ª

S Faja horizontal con cuadrados de diversos colores, en los que se ha trazo lo un dibujo muy semejante a cruces maltesas.

T Arivales con dibujos geométricos y zoomorfos, pintados. L. VI, fig. 3ª

U Dibujos geométricos y antropomorfos, pintados. L. VI, fig. 4ª

[1] Means, 1917, pág. 378.

- V Dibujos geométricos en relieve.
 W Dibujos geométricos, pintados y zoomorfos, en relieve. L. VI, fig. 8ª
 X Dibujos zoomorfos en relieve, solos o con dibujos geométricos, también en relieve.
 Y Arivales decorados con figura humana. L. VI, fig. 2ª
 Z Arivales con dibujos diagnitas calchaquies. L. VII.

Además de las decoraciones que acabámos de enumerar, hay ótras, que son propias del arte incaico; pero que no se encuentran en los arivales. De éstas hablaremos oportunamente, al tratar de las formas de vasos, en las que son características.

Valiéndonos de las clasificaciones anteriores, designaremos los artefactos incaicos, empleando, en primer lugar, la letra que indica la clase de ornamentación; pondremos luégo el número que designa el género a que pertenece el objeto; añadiendo en seguida la letra que expresa la variedad dentro del tipo. Así A-1-b será aquel arival que no tiene decoración alguna y en el cual las orejitas no son perforadas y la cabecita de puma no tiene incisiones.

B-15-b será un timbal de paredes cóncavas, la parte superior pintada [1].

Si empleamos, pues, la clasificación que acabámos de proponer, el arival encontrado en la tumba 3ª es A-1-b, ya que las orejitas del cuello no son perforadas. Nada podemos decir del botón, pues desgraciadamente, falta.

Las dimensiones de este vaso son: 325 milímetros de altura por 320 de diámetro máximo. L. XI, fig. 6ª

La ollita C-22-b pertenece a la 2ª clase, en que hemos distribuido las ollas imbabureñas; como la de la

[1] Este corpus no sólo se aplica a los objetos de estilo netamente cuzqueño, encontrados en las tumbas del nuevo Hospital de Quito, sino también a aquellos en que la influencia incaica es menos evidente. Así, los artefactos ya descritos en estas páginas, convendría designarlos respectivamente D-18-b, A-12-b, A-22-b, B-18-g, siendo las compoteras 18, los platos 12 y las ollas 22.

tumba 1ª, no tiene barniz ni pintura, excepción hecha del borde, que se ve fué pintado de rojo. Mide 40 milímetros de alto por 100 de abertura y 120 de diámetro máximo. L. XLIII, fig. 1ª

Tumba IV. Este sepulcro contenía el esqueleto muy descompuesto de un niño. Estaba a 60 centímetros de profundidad y, junto a él, una ollita [A-7-d] de base plana, unida al cuerpo de la olla por una sección cónica de paredes cóncavas. No tiene reborde en la abertura y hay dos diminutas orejitas colocadas verticalmente y a poca distancia de la boca. Es uno de los vasos, llamados por Bingham, *pelike*, y pertenece a la 6ª variedad de este tipo y está recubierta de una pintura rojo-clara. Mide este recipiente 55 milímetros de altura, 74 de diámetro máximo, 35 de abertura. L. XLIII, fig. 2ª

A poca distancia y a la misma profundidad, había un arival [LI-1-a] de barro amarillento, cuya decoración había sido hecha con descuido; así, los dos campos, en que estaba dividida, no eran iguales, quedando la cabeza de puma en uno de los campos y no entre los dos, como lo exigía la simetría. Estos dos campos están decorados con el dibujo llamado quipus, hecho con pintura negra, y se hallan limitados por fajas blancas, negras y rojas. L. IV.

Las dimensiones del vaso son: 180 milímetros de alto por 160 de diámetro máximo.

Tumba V. A 60 centímetros de profundidad, había un esqueleto, de joven, en cuclillas; cuyo ajuar fúnebre consistía en lo siguiente: una olla [A-22-k], de forma muy primitiva, globulosa, con ancho gollote, de bordes salientes; mide 140 milímetros de alto por 170 de diámetro máximo; un plato [A-12-d], casquete esférico de barro amarillento, de 50 milímetros de profundidad por 120 de diámetro (L. XLIII, fig. 7ª), y una olla trípode (A-23-b), de forma muy curiosa, ya que es un vaso casi igual a los trípodes imbabureños de la 1ª forma [1], al que se ha añadido una oreja, semejante a la que tienen

(1) *Fijón y Samiño*, 1914, pág. 129, L. XXXII, fig. 3ª

las ollas cuzqueñas del tipo *beaker* [1], diferenciándose tan sólo en que, en lugar de ser una faja de barro, es un cordón (L. XLIII, fig. 3ª). Debe notarse que los trípodés, tan frecuentes en el Ecuador, son muy raros en el Perú, en el que sólo se encuentran contados ejemplares en las épocas más remotas. Es, pues, el vaso en referencia una obra propia de la cerámica ecuatoriana, peculiar de ciertas civilizaciones prehistóricas del Ecuador: de la de las tolas de Imbabura y de la de los sepulcros en pozos de Chaupicruz. Mas, en el vaso que examinamos, hay inequívocas señales de la influencia incaica (2), ya que el asa, de que está provisto, es del más puro estilo del Cuzco: es una vasija hecha durante la dominación incaica en Quito, en la que se han combinado las ventajas propias de las ollas de cocinar de los cuzqueños y de los quiteños. En efecto, debía ser difícil retirar del fuego los vasos trípodés de nuestros aborígenes, mientras que las ollas *beaker* de los Incas, que descansan en un solo pie, no son tan estables ni tienen igual superficie de calefacción que las imbabureñas.

Medía este trípode 140 milímetros de diámetro máximo.

Tumba VI. A 1,80 al E. del sepulcro anterior y a 1 metro de profundidad, había otro esqueleto en posición embrionaria y, junto a él, un arival muy hermoso, desgraciadamente despedazado por la presión [F-1-a]. La faja central tiene 4 rombos y la mitad de otro, que está opado, en parte, por la cabeza del puma. El fondo de la faja central es negro, sobre él resaltan admirablemente bien las líneas blancas de los rombos o, mejor dicho, de los cuatro rombos paralelos, que forman

[1] *Bingham*, 1915, fig. 44.

[2] En el territorio del Imperio de los Incas se conoce otro vaso, de forma igual al que acabamos de describir, y proviene de la isla de Titicaca [*Bandelier*, 1910, L. LXXIX, fig. 2ª]. Queda, pues, abierta la cuestión de si esta forma es originariamente cuzqueña o si se originó en el Ecuador. La existencia de un vaso de este tipo en Titicaca nada prueba contra el origen ecuatoriano, ya que los Incas pusieron, en las orillas del lago, mitimacs de varias partes del Imperio, entre ellos, quitos, pastos, cañaris y cayambes [*Ramos Gavilán*, 1621, pág. 60].

cada una de estas figuras y que dejan en el centro un rombo más pequeño rojo.

Las fajas que limitan la central, son tres de cada lado: dos blancas, con líneas cruzadas rojas, y una negra. Hay luego un espacio angosto, sin decoración, del color del fondo del vaso, y todo lo restante de la cara principal del arival está recubierto del dibujo en dientes de sierra, hecho con pintura negra sobre el fondo rojo, y limitado, junto a las asas, por líneas blancas y negras.

El cuello está también decorado por el dibujo de dientes de sierra; y, en donde se une con el cuerpo del vaso, hay una ancha faja blanca, bordada de dos líneas negras.

En este arival, de tan rica decoración, no se descubrió la cara posterior del recipiente, pues dicha cara está adornada. En efecto, a la altura del segundo rombo, hay cinco líneas negras paralelas; y perpendiculares a éstas, tres grupos equidistantes de ocho líneas onduladas, de igual color; quedando así, el espacio dividido en cuatro espacios trapezoidales, de igual tamaño y del color del vaso.

A 80 centímetros al E. del cadáver anterior y a 60 de profundidad, encontré una compotera (A-18-a) de barro cocido, sin barniz ni pintura, de pie cónico y plato esférico profundo, cuyo borde se inclina hacia adentro, formando un pronunciado reborde. Mide esta compotera 103 milímetros de alto por 140 de abertura, y 160 de diámetro máximo. La altura del pie es de 40 milímetros y su mayor ancho 75. L. XLIII, fig. 5^a.

Un metro al E. del objeto anterior y a 50 centímetros de profundidad, encontré una compotera (B-18-g), de igual forma que las encontradas en la tumba 2^a. Mide 98 milímetros de altura, 140 de abertura y 180 de diámetro máximo.

Tumba VII. A 90 milímetros de la superficie, encontré un esqueleto muy descompuesto; fué sin embargo, posible reconocer la tibia, que estaba articulada con el peroné y en dirección casi vertical. Por este dato y por lo que pudo observarse en los otros huesos, parecía

que el cadáver estaba en cuclillas. Junto al esqueleto y a 59 centímetros de profundidad, había un hermoso arival. (P-1-a) En la cara principal, que estaba encerrada entre una ancha faja blanca, bordada de dos líneas negras, que dá la vuelta al cuello en su base, y otras dos fajas blancas, bordadas de dos líneas negras, que dejan entre ellas una línea del color del vaso. anaranjado y hacia la mitad del vaso, hay un campo horizontal blanco, limitado por tres líneas, dos negras y una anaranjada, en el cual se han trazado cinco rombos.

Cada rombo está formado por tres paralelos, dibujados el úno con negro y los otros con blanco. El interior de los rombos ocupa un campo de escaques rojos y blancos.

El cuello del vaso está pintado de rojo y, bajo el gollete, hay una faja blanca, bordada de dos líneas negras. Las orejitas son blancas. El arival está hecho de un barro anaranjado, muy bien cocido, y mide 430 milímetros de alto por 280 de diámetro máximo. L. XLI.

II OTROS OBJETOS PROVENIENTES DEL CEMENTERIO DEL NUEVO HOSPITAL

Al abrir los cimientos para el nuevo Hospital Civil de Quito y con anterioridad al hallazgo de los sepulcros incaicos, que motivaron nuestras excavaciones, encontré algunos objetos prehistóricos. Nosotros poseemos tres, que vamos a describir a continuación. Son éstos una olla beaker (A-2-a), un arival (A-1-a) y una cabecita de puma.

Ambrosetti describe muy claramente las ollas incaicas en un pie del tipo beaker. Dice: "Su forma es globular y se contrae, gradualmente, hacia la boca, que es circular y con el borde corto dirigido hacia afuera. Del centro de la base del cuerpo sale un pie muy delgado, que se abre después, para formar la concavidad, sobre la cual se asienta. A un lado se levanta el asa, formada por una tira delgada de arcilla, que ha sido

colocada verticalmente, sobresaliendo su arco superior del borde de la vasija [1]."

Estos vasos, que han servido como ollas de cocina, pues casi todos los ejemplares están cubiertos de hollín, ha distribuido Bingham en tres variedades:

a) Ollas con el pie alto, que se unen formando ángulo con el recipiente.

b) El recipiente y el pie forman una curva continua.

c) Pie sumamente bajo.

La decoración en estos vasos es enteramente excepcional; por lo general, no tienen otro adorno que dos puntos realzados en el diámetro opuesto al del asa. [2]

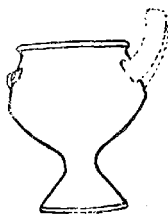


Fig. 3^a

El ejemplar del Hospital pertenece a la primera variedad y mide 120 milímetros de alto, 90 de abertura, 115 de diámetro máximo. La altura es de 40 milímetros, su diámetro máximo de 75 y el mínimo de 25. Fig. 3^a

El arival no tiene decoración alguna.

La cabecita de puma debe ser un pedazo del asa de un plato, del tipo 4-E de Bingham. Fig. 4^a



Fig. 4^a

[1] *Ambroselli*, 1902, pág. 56.

[2] *Bingham*, 1915, pág. 216 y págs. 43 y 44.

III ARIFACTOS INCAICOS ENCONTRADOS EN EL ECUADOR

Arivales.—Los arivales son frecuentes en el territorio ecuatoriano y en aquellos lugares en que los Incas se establecieron de modo estable. Losde la forma primera son los más abundantes; y los que nosotros conocemos que no tienen decoración alguna (A-1-a), son:

- 4 de Imbabura [Whympfer, 1892, pág. 279];
- 1 del Quinche (Jijón y Caamaño, 1914, pág. 158);
- 1 de Quito;
- 1 de Cumbayá;
- 3 de Quisapincha, L. IX, figs. 3^a, 4^a y 5^a;
- 2 de Ambato, L. IX, figs. 2^a y 6^a;
- 1 de Pasa, L. IX, fig. 8^a;
- 1 de Chordeleg (Bamps, 1879, L. XIV, fig. 1^a)
- 1 de Qijjeo [Bamps, 1879, L. XV, fig. 5^a]

La distribución de esta clase de arivales en otras partes del Imperio incaico se puede juzgar por la lista siguiente, en que se enumeran los que están figurados en algunas publicaciones de arqueología:

- 1 de Chiclayo [*Uhle and Putman*, 1914, L. XV, fig. 2^a]
- 1 de Huacho [*Uhle and Putman*, 1914, L. XV, fig. 3^a]
- 2 de Cajamarca (*Seler*, 1893, L. XXXVII, figs. 1^a y 7^a)
- 1 de Ancón (*Reiss and Stübel*, 1880-87, Vol. III, L. 93, fig. 2^a)
- 1 de Tarma (*Wiener*, 1880, pág. 596);
- 1 de Quenco (*Wiener*, 1880, pág. 597);
- 8 de Conservidayoc Valle de Pampaconas (*Bingham*, 1914, pág. 189, figs. 54 y 55);
- 2 de lugares indeterminados del Perú (*Gibbon*, 1854, Vol. II, pág. 64, fig. 12; y *Uhle and Putman*, 1914, L. XV, fig. 4^a);
- 1 del Rincón, provincia de Catamarca (*Outes*, 1907, L. III, fig. 10^a);

1 de Tarija (*Rosen*, 1905, L. IX, fig. 2^a)

[B-1-a]. Un arival de la provincia de Tunguragua [L. IX, fig. 1^a], es el único que conocemos en el Ecuador, cuya mitad superior ha sido pintada de color uniforme, amarillo claro, ya que el vaso es rojo. Esta vasija debe ser comparada con el vaso de Catamarca, descrito por Outes (*Outes*, 1907, L. III, fig. 8^a), sólo con la diferencia de que en el ejemplar argentino la pintura es roja.

(C-1 a). De Quinjeo proviene el único arival pintado en su mitad inferior, que ha llegado a nuestra noticia (*Bamps*, 1879, L. II, fig. 1^a)

(F 1-a). En las páginas anteriores, describimos un arival decorado con una faja vertical de rombos y campos, cubiertos del dibujo dicho dientes de sierra. De otro vaso de esta clase, encontrado en el Quinche, hablamos anteriormente (1914, pág. 158); y uno de Chordeleg ha sido figurado por Bamps (1879, L. III).

Vasos iguales se han hallado:

1 en lugar indeterminado del Perú (*Uhle and Putman* 1914, L. XV, fig. 5^a);

1 en Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. XVIII, fig. 1^a);

1 en Quenco (*Wiener*, 1880, pág. 597);

1 en Ancón (*Reiss and Stübel*, 1880-87, Vol. III, L. 96, fig. 5^a)

2 en el Cuzco (*Seler*, 1893, L. II; *Hamy*, 1897, L. XXXIV, N^o 108);

1 de Cagayete (*Outes*, 1907, L. III, fig. 2^a);

1 de la Paya (*Boman*, 1908 L. X, fig. 21).

K-1-a. En el Ecuador no se encuentra ningún arival con las decoraciones designadas por nosotros con las letras G, H, I, J, que parecen peculiares del Sur del Imperio. (1) Abundan, por el contrario, aquellos cuya

[1] La distribución de estos vasos es la siguiente:

[G-1-a] 1 de San Sebastián del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 370);

1 de Caldera (*Oyarzum*, 1910, fig. 2^a, pág. 13);

1 sin lugar en Chile (*Oyarzum*, 1910, fig. 3^a, pág. 14);

H-1-a: 1 en Caldera (*Oyarzum*, 1910, fig. 6^a, pág. 17);

I-1-a: Suruga (*Lehman Nietsche*, 1902, fig. 45);

J-1-a: Molinos (*Outes*, 1907, L. III, fig. 4^a).

decoración consiste en fajas verticales medianas, con cruces, líneas y fajas laterales, con el dibujo dicho de quipus.

Los tres ejemplares (L. X, figs. 3ª, 6ª y 9ª) que hay en nuestra colección, son de barro rojo, las fajas centrales son dos, pintadas de amarillo, y limitadas por anchas fajas rojas, bordadas de negro. Los dibujos en ella trazados son negros y rojos y consisten en seis cruces de San Andrés, separadas por grupos de cuatro líneas paralelas. Los llamados quipus, que más probablemente, representan hojas de palma, son dos líneas verticales, de las que arrancan once nervuras de cada lado, formadas por tres líneas paralelas, que terminan en unos círculos pequeños. Estos dibujos están limitados, junto a las asas, por fajas semejantes a las centrales.

En dos ejemplares, el cuello ha sido pintado de amarillo (Quito), y en uno, de fajas blancas y rojas (Ambato). Los vasos en referencia son de pequeñas dimensiones [20 centímetros de altura].

Además de los tres arivales de nuestra colección, conocemos los siguientes, que tienen decoración igual:

- 1 de Ibarra (*Seler*, 1893, L. 48, fig. 20);
 - 1 de la provincia de Imbabura (*Whymper*, 1892, pág. 279);
 - 1 de la isla de la Plata (Manabí) (*Dorsey*, 1901, L. 42);
 - 1 de Incapírca en Cañar (*González Suárez*, 1892, L. 40, fig. 1ª);
 - 1 de Achupallas (*Uhle*, 1889, L. 7, fig. 1ª);
 - 1 de un lugar indeterminado del Ecuador (*Bamps*, 1879, L. 4, fig. 2ª)
- La distribución de este tipo fuera del Ecuador es:
- 3 de lugares indeterminados del Perú (*Means*, 1917 L. XIII, fig. 1ª, L. XV, fig. 1ª; *Uhle and Putman*, 1914, L. XV, fig. 1ª);
 - 1 de Moche (*Uhle*, 1913, L. IV);
 - 1 de Marcahuamacho (*Wiener*, 1880, pág. 157);
 - 1 del Cuzco (*Seler* 1893, L. III);
 - 1 de un lugar de la sierra del Perú (*Joyce*, 1912, L. XXII, fig. 5ª)

- 1 de Puno (*Seler*, 1893 L. VII, fig. 11);
 1 de Kasapata en Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. 50)
 1 de un lugar indeterminado de Bolivia (*Castelneau* 1854, L. XII);
 1 de Chile (*Medina*, 1882 fig. 211);
 1 del Norte de Chile (*Oyarsun*, 1910 fig. 4ª, pág. 15).

O-1-a. Los arivales decorados con una faja horizontal, con meandros, son especialmente frecuentes en el Ecuador, ya que, de cinco que conocemos, hay 1 de Ibarra, 1 de Quinjeo (*Bamps*, 1879, L. IV, fig. 2ª) y 1 de un lugar indeterminado del Ecuador (*Verneau*, 1907, pág. 217, fig. 14), siendo los otros dos que se conocen, 1 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. III) y del otro sólo se sabe que es del Perú (*Means*, 1917, L. XIII, fig. 2ª)

El ejemplar de Ibarra (L. X, fig. 8ª) es pequeño [18 centímetros de altura], de barro rojo. A la altura del principio de las asas, hay un cuadrilátero, limitado por doble línea negra, en el que se han trazado los meandros con una línea negra, bordada de cada lado por una blanca y una negra.

P-1-a. La distribución de los arivales decorados con una faja horizontal de rombos es:

- 2 de Quito (*Uhle* 1889, L. VII, fig. 3ª);
 1 de Latacunga (*Seler*, 1893 L. 48, fig. 13);
 1 de Pelileo;
 1 de Tisaleo;
 1 de Cuenca (*Bamps*, 1879, L. IV, fig. 6ª);
 1 de Chacota (*Nadailloc*, 1883, fig. 176, pág. 429);
 1 de Huarmey (*Uhle*, 1889, L. X, fig. 9ª);

Tanto en el ejemplar de Quito como en los de Pelileo y Tisaleo, hay unas fajas verticales junto a las asas y la faja horizontal es color claro; los rombos están hechos con varias líneas negras, paralelas, que dejan al interior un campo de escaques rojos y blancos (1).

[1] Las otras decoraciones L, M, N, Ñ, Q, R, Rr, T, U, V, W, X, Y y Z, no se encuentran en el Ecuador. Su distribución es:

L-1-a: 1 del Cuzco (*Hamy*, 1897, L. 38);
 M-1-a: 1 do Colanga (*Seler*, 1893, L. 6, fig. 11);

La segunda [b] variedad de los arivales es bastante rara: en el Ecuador está representada por unos pocos ejemplares, además del ya descrito anteriormente, todos sin decoración alguna [A-1-b]: 1 de Quisapincha y 2 de un lugar indeterminado [L. IX, fig. 3ª y L. X, figs. 1ª y 2ª]. De esta variedad no conocemos ni un solo ejemplar de las provincias centrales de Tihuantinsuyo; los dos que hemos encontrado en la literatura americana provienen de las provincias incaicas meridionales, y son el uno [A-1-b] de Freirina [*Oyarzun*, 1910, fig. 5ª, pág. 16] y el otro [K-1-b] de Choya Catamarca (*Outes*, 1907, L. III, fig. 7ª).

De la variedad 3ª no conocemos ningún ejemplar ecuatoriano [1], mientras que todos los de la 4ª son del antiguo Reino de Quito, a saber:

- N-1-a: 1 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. 3);
 Ñ-1-a: 1 de Belén (*Outes*, 1907, L. 3, fig. 5ª);
 Q-1-a: 1 del Perú [*Joyce*, 1912, fig. 27, pág. 211];
 R-1-a: 1 del Perú (*D'Orbigny*, 1847, L. 21, fig. 2ª);
 Rr-1-a: 1 de la sierra del Perú [*Joyce*, 1912 L. 22, fig. 6ª];
 T-1-a: 1 del Cuzco [*Seler*, 1893 L. 3ª];
 1 de lugar indeterminado del Perú (*Tschudi y Riccio*
 1851, L. 36, fig. 1ª);
 U-1-a: 1 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. 3ª);
 V-1-a: 1 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. 3ª);
 W-1-a: 1 de Pueblo Nuevo en el Perú (*Uhle*, 1889, L. 10, fig.
 10ª);
 1 de Cumaná en Bolivia (*Lejal*, 1905, L. II);
 1 de Pucará de Lerma (*Boman*, 1908, L. 18, fig. 43);
 X-1-a: 1 de Pachacamac [*Uhle*, 1903, L. 13, fig. 1ª];
 2 de Huaraz [*Seler*, 1893, figs. 9ª y 11];
 Y-1-a: 1 de Lambayeque (*Seler*, 1893, L. 37, fig. 3ª);
 1 de Huaraz (*Seler*, 1893, L. 37, fig. 4ª);
 1 de Trujillo (*Seler*, 1893, L. 37, fig. 5ª);
 1 de Ancón (*Reiss and Stibel*, 1880-87, Vol. III, L. 97,
 fig. 9ª);
 1 de Terranafe (*Uhle and Putman*, 1914, L. XV, fig. 1ª);
 2 del Cuzco, (*Seler*, 1893, L. 3ª);
 1 de Copacabana [*Hony*, 1897, L. 38];
 Z-1-a: 1 de la Paya [*Boman*, 1908, L. 11, fig. 22].

[1] Los arivales de la tercera variedad que conocemos, son:
 8 ejemplares de La Paya [*Ambrosetti*, 1907, figs. 122
 hasta 130 inclusive].

K 1 e Freirina [*Oyarzun*, 1910; fig. 1ª, pág. 12].

B-1-d Uno [L. X, fig. 4^a] de un lugar indeterminado del Ecuador, pintado de blanco en su mitad superior, y ótro [L. XI, fig. 5^a] de la provincia de Tunguragua [D-1-d], pintado con fajas verticales blancas, que resaltan sobre el fondo rojo del vaso.

Las otras variedades de arivales, excepción hecha de la décima no existen en el Ecuador. Algunas, como la 5^a [e], la 9^a [i] y la 12^a [l], son tan raras, que, de cada una, sólo conocemos un ejemplar [1]. Deben, pues, ser consideradas como formas esporádicas producidas de la fantasía del artista que las hizo; siendo además de notarse que todas pertenecen a provincias alejadas del Cuzco, como el país Calchaquí, o a lugares en donde la libre variedad del arte aborigen enriqueció en formas al arte cuzqueño tan ritual e inmutable.

La 6^a (f) y 11^a (k) variedades deben también considerarse como formas locales, propias de la costa peruana o del país Diaguita (2).

La 7^a (g) parece exclusiva de Pachacámac [3] y la

[1] A-1-e: Chimbote (*Wiener*, 1880, pág. 596). Y-1-i: Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. 13, fig. 3^a). A-1-l: 2 ejemplares de Calingasta (*Debenedetti*, 1917, fig. 70 pág. 103).

[2] A-1-f: 2 de La Paya (*Ambrosetti*, 1902, pág. 66, fig. 47, y pág. 69, fig. 49).

A-1-f: 1 de Ancón (*Reiss and Stübel*, 1880-87, Vol. III, L. 93, fig. 3^a).

A-1-f: 1 de Arica (*Eubank* 1855, Vol. II, L. IX, fig. 1^a).

E-1-f: 1 de Santiago (*Medina*, 1882, fig. 210).

V-1-f: 2 de Pachacámac (*Uhle*, 1903, fig. 74, pág. 64. y fig. 84, pág. 66).

W-1-f: 1 de Chuvin (*Seler*, 1893, L. 9, fig. 5^a).

Y-1-f: 2 de Pachacámac (*Uhle*, 1903, fig. 80, y L. 13, fig. 5^a).

Z-1-f: 1 de Pilacio (*Lafone Quevedo*, 1908, fig. 68 y 69, págs. 392 y 393).

Z-1-f: 2 de la Paya [*Ambrosetti*, 1902, fig. 17, pág. 133, y *Boman* 1906, L. XI, figs. 22 y 23].

Z-1-f: 1 de Andagala [*Outes*, 1907, L. III, fig. 1^a].

Z-1-f: Intiguasi [*Outes*, 1907, L. III, fig. 3^a].

Z-1-f: Santa María de Catamarca [*Outes*, 1907, L. III, fig. 6^a].

K-1-k: Pachacámac [*Uhle*, 1903, L. XVIII, fig. 6^a].

A-1-k: La Paya [*Ambrosetti*, 1907, pág. 283, fig. 122.]

[3] Y-1-g: 2 de Pachacámac [*Uhle*, 1903, fig. 82, pág. 66, L. XIII, fig. 6^a.]

8ª [h] del Cuzco [1]. Excepción hecha de un vaso encontrado en el Gran Chimú ¿acaso ésta es una forma más antigua o destinada a un uso ritual, particular, exclusivo, de la metrópoli incaica? La evolución de los arivales, tal como nos parece debió ser, excluye la idea de que la forma sea más antigua; al contrario, parece ser una de las más recientes.

La variedad j, esto es, los arivales de cuello corto no faltan en el Ecuador. Hay uno sin decoración ni pintura, [A-1-j] de Machachi (*Bamps*, 1879, L. VIII, fig. 4ª); otro (L. XI, fig. 1ª), pintado con rombos, dispuestos verticalmente, y campos con dientes de sierra [F-1-j], cuya exacta procedencia se ignora, y otro [L. XII], de Ambato [T-1 j], muy interesante por sus pinturas, que están dispuestas en una ancha faja horizontal, bordada por dos líneas negras y dividida en 10 cuadrados, dispuestos en dos filas superpuestas; comenzando por el primero de la derecha del observador, se han trazado dos signos escalonados, superior el uno rojo, inferior y negro el otro, dividiendo el cuadrado diagonalmente; en el 2º se ha representado lo que parece ser una serpiente enroscada; dibujo que se reproduce en el 4º, mientras el signo escalonado está figurado en el 3º y 5º; en el 6º, primero de los inferiores, hay un puma, visto de lado, así como en el 8º y 10º. En el 7º y 9º se reproduce el signo escalonado. Junto a las asas, hay dos fajas verticales de cuatro líneas en zigzag, alternativamente, rojas y negras, de tal modo que forman rombos.

De la forma j, además de los tres ejemplares ecuatorianos, se conoce uno de Tacomata (K-1-j) (*Seler*, 1893, L. 6, fig. 14) y otro de Colanga (M-1-j) (*Seler*, 1893, L. 6, fig. 12).

Al estudiar los pocos arivales encontrados en la provincia de Imbabura, afirmamos que todos los que son de estilo puro, provienen de la metrópoli incaica,

[1] Y-1-h: 3 del Cuzco [*Seler*, 1893, L. III, L. IV, fig. 3ª.]

T-1-h: 5 del Cuzco, [*Seler*, 1893, L. III].

Y-1-h: 1 del Gran Chimú [*Seler*, 1893, L. XX, fig. 7ª]

salvo raras excepciones, ya que todos son de una misma calidad de barro. Esta opinión, que entonces emitimos por el estudio de los arivales belivianos que se guardan en el Museo de la Paz, y por los ecuatorianos que nosotros conocíamos la tenemos hoy por muy fundada, tratándose de los ejemplares más hermosos y mejor decorados; que, en cuanto se refiere a los arivales más sencillos, quizás es exagerado afirmar que provengan del distrito del Cuzco, pues, para explicar su uniformidad, basta tal vez, el suponer que fueron hechos por alfareros cuzqueños [1]. Hay, sin embargo, ciertas variedades de arivales, que, como ya hemos hecho notar, son enteramente locales y que, indudablemente, han sido fabricados en las provincias en que ahora se encuentran y por nativos de ellas.

Las formas más características del arte cuzqueño son los arivales, y de ellos puede decirse que son el fósil directivo por excelencia, por el cual se reconoce la influencia incaica en un lugar. Así, no será por demás tratar de establecer su origen, ya que, dada su importancia, su genealogía puede presumirse que será la de la civilización incaica.

En la lámina XII reproducimos cuatro vasos tiahuanacotas. El primero, tosco y ordinario, es una alfarería doméstica de la primera época de Tiahuanaco [2]; su forma es pesada y carece de la esbeltez que tienen vasos más modernos. El segundo, así mismo, sin decoración alguna, pero de una ejecución más esmerada, se acerca algo más a la forma de los arivales. Mayor es la semejanza en el tercero y cuarto, que, como se vé evidentemente por los dibujos que los adornan, son productos de la más desarrollada civilización de Tiahuanaco. Del primer vaso al último se vé adelgazarse las formas y hacerse la base más puntiaguda, el cuello más esbelto, así como colocarse las asas en el lugar que ocupan en los más perfectos arivales. Mas la dis-

(1) *Fijón y Cuamaño*, 1914, pág. 162.

[2] Sobre la existencia de dos épocas de Tiahuanaco, véase *Means*, 1915, págs. 324, 328, 355, 363.

tancia de este último vaso a los arivales es aún bien notable y aun podría dudarse que fuesen éstos una forma antecedente en la evolución de los arivales, si no tuviéramos otros vasos intermedios, tanto en la forma como en tiempo. En cementerios cercanos a Arequipa se encuentran juntamente con vasos que, por su forma y ornamentación, pertenecen al fin del período de Tiahuanaco, vasijas semejantes a la del N^o 1 de la L. XIV, de técnica menos perfecta y ornamentación más sencilla; pero que constituyen un eslabón más en la cadena de la evolución. Más vecino de los arivales está el N^o 2 de la misma lámina, proveniente de Q'atau valle del Vilcanota, del que casi puede afirmarse que es un arival. En fin, el vaso de las figuras 3^a y 4^a de la lámina, aunque en algo diferente por su forma, está decorado en un estilo muy semejante al cuzqueño. Este vaso, extraído de una tumba entre rocas del valle del Vilcanota, parece ser algo más moderno que los anteriores [1]. De esta forma derivan quizás algunas de las urnas cinerarias calchaquíes [Lámina XIV, fig. 5^a y 6^a] que representarán un término de evolución, iniciada en Tiahuanaco, mientras los arivales representarán el ótro; lo que explicaría la gran difusión de los arivales en el NO. argentino y su adaptación al arte local. Conocida es la gran influencia ejercida en los Diaguitas por Tiahuanaco [2].

En los vasos tiahuanacotas que hemos figurado, hay un detalle que no conviene pasar en silencio, porque es una comprobación de nuestras afirmaciones, y es que en los dos vasos decorados se ha representado la figura del titi del jaguar o quizás puma. El titi, el cóndor y el pescado son los tres elementos principales del arte de Tiahuanaco [3], que se repiten constantemente, evidenciando su gran importancia en el simbolismo religioso de aquellos remotos tiempos. En los

[1] *Uhle*, 1912, págs. 324 y 328.

[2] *Uhle*, 1912, págs. 504 y 507.

[3] *Uhle*, 1892, explicación de la L. 9.

arivales, unánimemente, todos los americanistas reconocen la representación muy estilizada de un felino en la cabecita de animal, que casi todos tienen en la cara principal. Ahora bien, esta representación incaica no es sino el último extremo de la estilización de las representaciones tiahuanacotas del titi, como puede verse examinando la lámina XV, en que hemos reproducido tres cabezas de titi, tomadas de timbales, dedicados a este

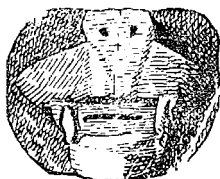


Fig. 5

animal; de las cuales, la primera, es probable data de la primera época de la metrópoli andina; y todas corresponden a las tres etapas de la evolución en referencia, con la que se relaciona también la dibujada en la fig. 5ª y que se ve en un incensario de Tiahuanaco. [1]

Ollas beaker.—Ya hemos indicado anteriormente las diversas clases en que Bingham divide estos vasos. Réstanos ahora sólo enumerar los que nosotros conocemos, provenientes del territorio ecuatoriano, y tratar de la distribución de estos vasos en Tihuantinsuyo.

De la forma *a* se han encontrado ejemplares sin decoración alguna [A 2 a]:

1 en la isla de la Plata en Manabí (*Dorsey*, 1901, fig. 41);

1 en Mocha [L. XVI, fig. 1ª];

1 en Pelileo [L. XVI, fig. 3ª];

1 en Ambato [L. XVI, fig. 6ª];

1 en un lugar indeterminado [L. XVI, fig. 4ª];

2 de Koati (*Badeliev*, 1910, L. 79, figs. 1ª y 3ª);

1 en la Paya (*Ambrosetti*, 1902, fig. 15, pág. 132);

1 de Cochínoca (*Ambrosetti*, 1902, pág. 42, fig. 56).

De la forma *b* [A-2-b]:

1 en Gualaceo (*Bamps*, 1879, L. 8, fig. 6ª);

(1) Tiahuanaco, colección del autor.

- 1 en un lugar indeterminado de la sierra ecuatoriana [L. XVI, fig. 2^a];
 1 en Infantes (*Wiener*, 1880, pág. 597);
 1 en Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. 18, fig. 5^a).
 1 en un lugar indeterminado del Perú (*Meaus*, 1917, L. XV, fig. 1^a);
 2 en la Paya (*Boman*, 1908, L. XIV, fig. 28).
 De la forma *c* [A-2-c]:
 1 de Quito;
 1 de Copacabana (*Hamy*, 1897, L. 34);
 1 de Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. 18, fig. 5^a).

De *El Angel* proviene un ejemplar muy curioso [L. XVI, fig. 6^a]: no ha sido, como los demás vasos de este género, puesto al fuego del hogar, sino que es nuevo y no usado; tiene el pie más corto y la base menos ancha que los de los demás; en el labio y la arista formada por los dos elementos constitutivos del recipiente, se ha pintado una ancha faja roja. A pesar de las diferencias de forma que se advierten, lo clasificaremos en la variedad *c* [B-2-c]. Debe advertirse que es el único objeto incaico conocido del país de los Pastos.

Muchos vasos de estos, como el de la isla de la Plata, tienen tapaderas, las que, según Bingham, pueden ser de tres clases: [a] planas, [b] cóncavas y [c] convexas.

Vasos con dos asas.—Antes de pasar adelante en la descripción de los objetos incaicos, encontrados en el Ecuador, es preciso tratar de aquellas ornamentaciones que, sin ser peculiares de los platos [11 y 12] ni de los tímboles [15], se encuentran en la cerámica incaica. Son éstas:

A' Esta ornamentación consiste en dos fajas horizontales, bastante distantes entre sí, de color claro, en las que se han trazado rombos [L. XVII, fig. 1^a];

B' En las partes superior e inferior del vaso, hay dos fajas angostas, con el dibujo llamado *cruces y líneas*; y, en el centro, cuadrilongos, unidos por delgadas fajitas [L. XVII, fig. 2^a].

C' En la mitad de las paredes del vaso, hay una línea angulosa, y, en los ángulos así formados y junto a

los labios del recipiente, y a la base, hay el dibujo de la pirámide escalonada [L. XVII, fig. 3^a];

D' Junto al borde del vaso, hay una ancha faja, dividida en pequeños cuadrados, en los que, diagonalmente, se ha trazado el signo escalonado [L. XVII, fig. 4^a];

E' Media faja horizontal de quipus [L. XVI, fig. 5^a];

F' Esta decoración consiste en cuatro líneas horizontales, almenadas, opuestas dos a dos;

G' Vasos ornados con cruces y líneas, dispuestas en faja horizontal.

Las ollas con dos asas son muy raras en el Ecuador, en donde sólo conocemos un ejemplar de la región de los Cañaris. Parece que son bastante escasas en todo el Perú antiguo, como puede juzgarse por la siguiente lista:

(P-4-a) Perú (*Means*, 1917, L. 14, fig. 2^a);

(A-4-b) Ancón (*Wiener*, 1880, pág. 5);

(B'-4-b) Región de los Cañaris (*González Suárez*, 1892, L. X, fig. 1^a);

(U-4-b) Huaira en Bolivia (*Castelnau*, 1854, L. 13);

(P-4-c) La Paya (*Ambrosetti*, 1907, fig. 29, pg. 53);

(T-4-c) Iñak Uyu Koati (*Bandelier*, 1910, L. 76).

Al catalogar los objetos de esta forma, que nos son conocidos, hemos seguido la clasificación que de ellos hace Bingham, que es:

a] Recipiente profundo, muy poco más ancho que alto; asas, fajas de barro horizontales, colocadas bajo el labio del vaso.

b] Diferénciase esta variedad tan sólo por su menor altura.

c] Recipiente muy bajo, con las asas junto al labio.

d] El asiento es convexo, en vez de plano, como en las otras variedades.

e] Dos figuras de animales, colocadas verticalmente, sirven de asas [1].

(1) *Bingham*, 1915, fig. 46, págs. 262 y 263.

Ollas Pelikes.—De este género de vasos hay, según Bingham, en Machu Picchu, cuatro clases, a las que nosotros añadiremos una. Así, las variedades de estos vasos serán:

a] Pelikes con asas como cintas que conexionan los labios con las paredes del recipiente (L. XVIII, fig. 1^a)

b] Pelikes con asas redondas y cortas (L. XVIII, fig. 2^a)

c] Las asas son a modo de cintas, que arrancan de debajo de los labios del vaso (L. XVIII, fig. 4^a)

d] El recipiente mucho más ancho que la boca (L. XVIII, fig. 5^a)

e] Esta variedad se distingue por tener una cabeza de puma, igual a la de los arivales, y por estar las asas en la parte baja del cuerpo del recipiente [L. XVIII, fig. 3^a]

Esta forma de vasos está extraordinariamente bien representada en el Ecuador, ya que, de nueve ejemplares que nos son conocidos, seis son ecuatorianos. Esto se debe quizás a que, por no ser decorados y carecer de belleza los pelikes, no han sido figurados por los peruanólogos en sus obras sobre arqueología; o quizás también porque, viniendo casi toda la iconografía del arte peruano de objetos encontrados en la costa del Perú, falte esta clase de vasos en toda aquella región, así como en el país Calchaquí (1). Parécenos más probable esta segunda suposición, puesto que la primera no podría explicar la falta de estos vasos en la región Diaguita, ya que las publicaciones de Outes, Ambrosetti

(1) Se encontraron pelikes:

[A-6-a] 1 en Pujili (*Bamps*, 1879, L. V, fig. 6^a);

1 en Pelileo, (L. XIX, fig. 1^a);

2 en Ambato (L. XIX, figs. 2^a y 3^a);

1 en un lugar indeterminado del Perú (*Means*, 1917, L. 14, fig. 1^a);

(A-6-b) 1 en Amaguaña;

1 en Inga Urcu, Ambato [L. XIX, fig. 4^a];

[A-6-d] 1 en Ambato [L. XIX, fig. 5^a];

[A-6-e] 1 en Consovdadayoo, (*Bingham*, 1914, fig. 54, pág. 183);

[U-6-e] 1 en Chucaripe-pata, Kouti (*Budetier*, 1910, L. 67).

y Debenedetti reproducen, no sólo aquellos objetos que tienen interés artístico, sino todos cuantos estos arqueólogos encuentran en sus pacientes y metódicas excavaciones. Mas, circunstancia muy digna de tomarse en cuenta, los dos vasos que conocemos de la forma *e*, son del centro del Imperio. Son tal vez una forma primitiva de arival, si bien se opone a esta hipótesis el ser las ruinas de Espiritu-pampa muy modernas, según la opinión de Bingham, que las descubrió y exploró. Las caras humanas que adornan el ejemplar encontrado en Koati, recuerdan el estilo lineal de la civilización de Tiahuanaco. El pelike, así como el arival, deriva del arte tiahuanacota.

Ollas Diota.—No hemos encontrado ni un solo ejemplar de estos vasos en el Ecuador. De ellos halló una variedad Bingham en Machu-Picchu, con las asas en forma de fajas, conexionando los labios con el cuerpo del vaso, y de base muy puntiaguda [a]. (L. XX, fig. 1^a)

En Pachacámac, obtuvo Uhle otra variedad (1-7 b), con pequeñas asas horizontales (L. XX, fig. 2^a)

Ollas Pithos.—Tampoco conocemos ningún objeto de esta clase en el Ecuador.

Conocemos dos variedades de pithos; la primera (a), descrita por Bingham, de agarraderas anchas, a modo de cintas, y asiento plano; y la segunda, que la establecemos, en vista de una vasija cuzqueña [D-8-1], figurada por Seler [1893, L. I], que, como los arivales, tiene la cabecita de puma en la cara ornaméntada y dos diminutas orejitas junto al reborde de la abertura [L. XX, figs. 3^a y 4^a].

Marmitas Lebes [1].—De esta forma de vasos incáicos sólo conocemos un ejemplar, además de los figurados por Bingham, y es uno de Pachacámac [A-10-a, Uhle, 1903, fig. 85, pág. 66]. Hay dos variedades de lebes, según las asas estén más o menos altas.

[1] No conocemos, en la literatura americanista, otro ejemplar de *hydria* [9] que el de Machu Picchu figurado por Bingham.

Platillos con mango, Ladle.—En los platos con mango, así como en los profundos y en los timbales, la decoración difiere algo de la de las otras clases de objetos. Esto es debido a la diferente forma de la superficie decorada, puesto que los elementos de la decoración son los mismos que los que adornan los arivales, jarras, etc.

Vamos, pues, a describir los dibujos que son propios de las dos clases de platos.

α La decoración consiste en líneas de color, paralelas [L. XXI, fig. 6ª]

β El plato ha sido decorado con círculos concéntricos de diversos colores (L. XXI, fig. 5ª)

γ El campo decorado ha sido dividido en cuatro partes iguales de colores diferentes [L. XXI, fig. 4ª]

δ Fajas verticales de cruces y líneas bordeadas de dientes de sierra (L. XXI fig. 3ª).

ε Dos fajas de cruces y líneas que se cruzan en ángulo recto (L. XXI, fig. 2ª)

ζ Esta decoración consiste en una faja central, vertical, de escaques; con dos laterales de cruces y líneas, y campo llano, con bordadura de dientes de sierra [L. XXI, fig. 1ª]

η Tres fajas verticales, decoradas con líneas que se cortan, formando rombos y campos laterales de dientes de sierra, dispuestos en círculos, paralelamente a los bordes del plato (L. XXII, fig. 1ª)

θ Faja vertical de líneas paralelas y, en el borde del plato, dientes de sierra, ocupando el espacio intermedio espirales dobles (L. XXIII, fig. 1ª)

ι Faja vertical, central, de líneas en zigzag, con meandros (L. XXIII, fig. 3ª)

κ La ornamentación consiste en círculos concéntricos de espirales dobles (L. XXIII, fig. 2ª)

λ Esta decoración consiste en una estrella de cinco puntas, en el centro del plato; y en dos zonas circulares paralelas; la una decorada con cuadrados reticulados; la otra, con líneas en zigzag (L. XXII, fig. 2ª)

Hay nueve variedades de platos con mangos:

a) Asa en forma de cabeza de pato y, opuestas al asa, unas dos pequeñas protuberancias, representando la cola del ave con dos pequeñas incisiones [L. XXIV, fig. 1^a]

b] El mango es la cabeza de un pájaro con cresta [L. XXIV, fig. 2^a]

c] El mango es la cabeza de una llama [L. XXIV, fig. 3^a]

d] El mango es una cabeza humana [L. XXIV, fig. 4^a]

e] El asa es una faja de barro, formando agarradera, colocada verticalmente [L. XXIV, fig. 5^a]

f] La agarradera está colocada horizontalmente [L. XXIV, fig. 6^a]

g] La agarradera es una cabeza de pato, de ejecución muy realista [L. XXIV, fig. 7^a]

h] La agarradera termina en un botón [L. XXIV, fig. 8^a]

La distribución de los platos con mango es:

[A-11-a] Machu Picchu (*Nordenskiöld*, 1915, pág. 173).

[A-11-a] Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXI^a);

[A-11-a] Pucará de Lerma (*Boman*, 1908, L. XVII, fig. 45);

[T-11-a] Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXXV, fig. 2^a);

[W-11-a] 6 ejemplares de La Paya (*Ambrosetti*, 1907, fig. 131, pág. 291; *Boman*, 1908, L. XV, fig. 29);

[δ-11-a] Titicaca (*Bandelier*, L. XLVIII, fig. 1^a);

[ε-11-a] Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXXV, fig. 3^a);

[θ-11-a] Chile (*Ewbank*, 1855, L. IX, pág. 11);

[A-11-b] Nasacara (*Seler*, L. VIII, fig. 13);

[B-11-b] Nacasara (*Seler*, L. VIII, fig. 15);

[T-11-b] Cuzco (*Seler*, L. VIII, fig. 18);

[α-11-b] La Plata (*Dorsey*, pág. 259);

[ζ-11-b] Cuzco (*Seler*, L. VIII, fig. 17);

[θ-11-b] Cuzco (*Seler*, L. VIII, fig. 17);

[ξ-11-d] Perú (*Means*, 1917, L. XIV, fig. 3^a);

- [β -11-d] Perú (*Means*, 1917, L. XV, fig. 4^a);
 [A-11-e] Cochino (*Ambrosetti*, 1902, fig. 42, pág. 51);
 [A-11-e] Puerta de Tastil (*Boman*, 1908, fig. 62, pág. 358);
 [F-11-e] Latacunga (*Bamps*, L. VI, fig. 6^a);
 [A-11-f] Pucará de Lerma (*Boman*, 1908, L. XVIII, fig. 45);
 [A-11-g] Cuzco (*Ewbank*, 1855, L. IX, fig. 10);
 [A-11-g] La Paya (*Boman*, 1908, L. XIV, fig. 28);
 [T-11-g] Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. XVIII, fig. 6^a);
 [T-11-g] Nasacara (*Seler*, 1893, L. VIII, fig. 14);
 (T-11-g) Freirina (*Medina*, 1882, fig. 165);
 (Y-11-g) Kasapata, Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. XLV);
 (Z-11-g) 2 de la Paya (*Ambrosetti*, 1902, fig. 25, pág. 139; *Boman*, 1910, L. XIV, fig. 29);
 (β -11-g) Kasapata, Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. XLVIII, fig. 4^a);
 (λ -11-g) Hacienda del *Deán*, valle de Chillo, provincia de Pichíncha.
 (A-11-h) Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. XLVIII, fig. 2^a);
 (A-11-h) La Paya (*Ambrosetti*, 1902, fig. 15, pág. 132);
 (ϵ -11-h) Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXXVIII, fig. 2^a)

Como se ve por el catálogo antecedente, los platos con mango son raros en el antiguo Reino de Quito, mientras abundan en el centro del Imperio incaico y en el país Calchaquí. Difícil será precisar el significado de este hecho: suponer que los platos con mango hubiesen caído en desuso en los últimos tiempos de la monarquía cuzqueña, sería muy temerario, ya que su decoración nada absolutamente tiene de arcaica.

Los Calchaquíes, aunque nunca fueron dominados por los Incas tan completamente como los aborígenes del Ecuador, recibieron en época más temprana la

influencia de los hijos del sol [1]; lo que explica el empleo de la ornamentación calchachí en objetos incaicos.

Los platos que venimos estudiando, que, indudablemente, pertenecen al período incaico, son derivados del arte de Tiahuanaco, en donde se encuentran artefactos semejantes [2]. Para que se pueda juzgar cuán grande es este parecido, reproducimos cuatro asas de platos encontrados en Tiahuanaco (L. XXV).

Las conclusiones que dedujimos del estudio de los arivales, se hallan, pues, completamente confirmadas por el estudio de los platos con mango.

Platos profundos.—Cuatro son las variedades que de este tipo se conocen, según la forma de apéndices que tengan, ya sean agarraderas [a], pequeñas prominencias con incisiones [b] o sin ellas [c], o si carecen de todo apéndice [d] [3]. La distribución de esta forma es igual a la de la anterior, como se advertirá por la siguiente lista:

- [ε-12-a] Cuzco (*Seler*, 1893, L. 8, fig. 19);
- [F-12-b] Cuzco (*Seler*, 1893, L. 8, fig. 24);
- [T-12-b] Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. 48, fig. 3^a);
- [δ-12-b] Recuay (*Wiener*, 1880, pág. 595);
- [η-12-b] Pachanlica, provincia de Tunguragua.
- [K-12-c] Vallemar (*Medina*, 1882, fig. 162);
- [V-12-c] Kasapata (*Bandelier*, 1910, L. 45);
- [δ-12-c] Kasapata (*Bandelier* 1910, L. 45);
- [δ-12-c] Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. 7, fig. 15);
- [ε-12-c] Copiapó (*Medina*, 1882, fig. 173);
- [x-12-c] Cuzco (*Seler*, 1893, L. 8, fig. 20);

Jarros.—Bingham designó con el nombre de jarros y el número 13 un conjunto de formas, bastante diferentes entre sí; conjunto que habría sido quizás preferible dividir en dos o más grupos; pero, como hacer una nueva clasificación de los tipos establecidos por el

[1] *Uhle*, 1909, págs. 6 y 29.

[2] *Debenedetti*, 1917, pág. 105.

[3] *Bingham*, 1915, fig. 50.

descubridor de Machu Picchu sería dar lugar a confusión y oscuridad, nosotros seguiremos su clasificación, añadiendo tan sólo algunas variedades a las descritas por él.

La primera variedad (a, L. XXVI, fig. 1ª) se caracteriza por la gran asa, colocada verticalmente, el asiento plano y el cuello pequeñísimo.

Dos ejemplares ecuatorianos conocemos, el uno, de la provincia de Tunguragua (D-13-a), es de color amarillo, con fajas rojas y negras, en las que se han trazado, del color del fondo del vaso, rombos y líneas angulosas (L. XXVII); el otro, de Quito (L. XXVIII), tiene en el cuello una cara humana, rústicamente hecha: la nariz es corta y falta de todo detalle; los ojos son pequeñas protuberancias con una incisión longitudinal; la boca es exactamente igual, en forma, tamaño y ejecución, a los ojos. En la nariz y a la altura de los ojos, hay una línea amarilla, que termina junto a los lagrimales, y de cuyos extremos arrancan, en ángulo recto, otras dos líneas, que concluyen, con unos círculos del mismo color, junto a la boca. Esta es una reminiscencia quizás de las *lágrimas*, que caracterizan las representaciones humanas tiahuanacotas.

Las paredes del vaso han sido divididas en ocho partes, una de las cuales está ocupada por el asa, y no tiene otra decoración. A excepción de esta faja, todo el vaso está cubierto de finos dibujos, distribuidos simétricamente por bandas. La central está formada por una serie de cabezas humanas, sumamente estilizadas, dispuestas de tal modo, que las figuras geométricas que representan la boca y las orejas, son las mismas para las dos cabezas inmediatas, opuestas dos a dos. Esta disposición se encuentra en el arte de Proto Nazca [1], de la cual es buen ejemplo la famosa estela de Chavín de Huantur [2]. El dibujo es hecho con líneas amarillas. A cada lado de

[1] *Brethton*, 1911, figs. 18, 19 y 20, págs. 64-67.—*Uhle and Putman*, 1914, págs. 25-39.

[2] *Polo*, 1900.

esta banda, hay fajitas grises, en las que se han trazado líneas angulosas blancas, y, en el interior de los ángulos, cuadrados del mismo color. Vienen luego los campos de color gris, en los cuales se vé el dibujo dientes de sierra, en rojo; repítense en seguida las bandas de caras, y, por fin, nuevamente el mismo campo de dientes de sierra. Entre campo y campo, hay líneas rojas, y toda la superficie decorada está bordada, por la parte superior, por una línea amarilla, encerrada entre dos grises, y por las laterales, por una línea negra, encerrada entre dos amarillas y dos grises. El asa está dividida en tres campos, en los que se repite un mismo dibujo. Consiste éste en líneas paralelas, grises, y en unas cruces de San Andrés, hechas con dos líneas paralelas, de igual color, que en las partes superior e inferior, tienen unos triangulitos de puntos amarillos.

Los ejemplares que de esta forma conocemos fuera del Ecuador, son:

(A-13-a) Chillano en Bolivia (*Castelnau*, 1854, L. XX).

(I-13-a) La Paya (*Boman*, 1910, L. XIV, pág. 28);

(K-13-a) Barrealito (*Debenedetti*, 1917, fig. 74, pág. 108);

(P-13-a) Puno (*Wiener*, 1880, pág. 596);

(Z-13-a) Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXVII, fig. 1^a).

La segunda forma *b* se distingue de la anterior, por tener cuello largo [L. XXVI, fig. 2^a], y de la *c* [L. XXVI, fig. 3^a], por tener el asa perforada.

En la forma *d* el menor desarrollo del cuello ha hecho que el asa sea prominente.

Cuatro ejemplares ecuatorianos poseemos en nuestra colección arqueológica: dos sin decoración alguna [A-13-b], el uno de Imbabura, el otro de Mulaló; el tercero de Guápulo, alturas de Pujilí con la mitad inferior pintada de rojo [C-13-b]. En éste, en el asa, se ha dibujado con negro una serie de pequeños rombos, que tienen en el centro un círculo de igual color. Esta pintura debió hacerse con grasa antes de cocer el vaso: lo demuestran lo intenso del color y la poca precisión del

dibujo, que indica que, antes de carbonizarse, se fundió la grasa y corrió por la superficie decorada.

Mucho más hermoso es el ejemplar de Tunguipampa [Píllaro, S-1-a], en el cual el cuello está dado de color amarillo claro. En donde se une el cuello con el vaso, se encuentran dos líneas negras. En el cuerpo del vaso, junto al asa, hay dos fajas verticales, formadas por dos líneas rojas, en zigzag, encerradas entre cuatro líneas negras. En el medio del recipiente hay una ancha banda horizontal, que se extiende por casi todo el vaso y termina en las fajas verticales. Dicha banda está pintada de amarillo, limitada por líneas negras, paralelas, y dividida en dos series de 24 cuadrados iguales, en los que se ha trazado dibujos, que recuerdan las cruces de la Orden de Malta, siendo roja la de un cuadrado y negra la del que le está inmediatamente contiguo. El asa ha sido dividida en dos campos iguales, ornados con líneas paralelas y aspas negras [L. XXIX].

Sólo dos vasos ecuatorianos del tipo *d* conocemos: el úno de Imbabura (*Wympfer*, 1892, fig. 279) y el ótro de Machachi (*Bamps*, 1879, L. VIII, fig. 7^a). Los vasos de estas formas son muy raros; sólo podemos citar dos: úno de la *b*, de Pachacámac (*Uhle*, 1893, L. XVIII, fig. 2^a), y ótro de la *d*, de un lugar indeterminado del Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXIII, fig. 3^a).

La forma *c* [L. XXVI, fig. 4^a] recuerda muy de cerca la *a*; sólomente distínguese de ésta, porque el asa une el borde del cuello con las paredes del vaso.

La distribución de esta forma es:

[A-13-c] Pachacámac (*Uhle*, 1893, fig. 73, pág. 64);

[P-13-c] Nasacara (*Seler*, 1893 L. VI, fig. 11).

[X-13-c] Chincha (*Seler*, 1893, L. IX, fig. 1^a)

[Z-13-c] La Paya (*Ambroselli*, 1902, figs. 18 y 19, págs. 134 y 135):

La forma *e* [L. XXVI, fig. 5^a] tiene el cuello cilíndrico, alto y sin rebordes, el cuerpo globuloso y el asa, que une el cuello con el recipiente.

Los ejemplares de esta forma, que nos ha sido dado examinar, son de barro negro, bien diferente del em-

pleado por los alfareros cuzqueños y propio de la cerámica de la costa. Así, nosotros creemos que, si estos vasos fueron hechos para los incas, no fueron fabricados por ellos aunque los usasen.

Cinco vasos de éstos sabemos que han sido hallados en el Ecuador: uno en Imbabura [A-13-e] (*Wymper*, 1892, pág. 279); dos en Quito [A-13-e y V-13-e L. XXX, figs. 1ª y 2ª]; uno en Calpi, cerca de Riobamba, (*Uhle*, 1889, L. VII, fig. 15), y uno en Chimbo (*Ramps*, 1879, L. IX, fig. 6ª)

Objetos peruanos de igual tipo, conocemos:

1 del Cuzco [P-13-e, *Seler*, 1893, L. III];

4 de Pachacámac [W-13-e *Uhle*, 1893, figs. 72 y 76, pág. 64; X-13-e, L. XIII, figs. 10 y 15].

De la forma *f* [L. XXVI, fig. 6ª], que se distingue de la anterior, porque el asa no parte del cuello, siendo vertical a las paredes del vaso, sólo conocemos dos objetos, provenientes de la Paya (*Ambrosetti*, 1902, pág. 137, y 1907, fig. 53, pág. 74).

La forma *g* [L. XXXI, fig. 1ª], caracterizada por el cuerpo periforme, que la diversifica de la anterior, no está representado en el Ecuador; se encuentra en:

Pachacámac (*Uhle*, 1893, L. XIII, fig. 2ª);

en un lugar indeterminado del Perú (*Means*, 1917, L. XV, fig. 4ª)

Los de la forma *h* [L. XXXI, fig. 2ª] son aquellos en que el asa está colocada horizontalmente. De esta variedad tenemos un ejemplar ecuatoriano [L. XXX, fig. 3ª, de Mulaló, F'-13-h]. Es de color amarillo claro, menos el cuello y, quizás, el asa, que son rojos. El barro, de que está hecho, es muy fino y casi blanco, muy superior al que empleaban los alfareros incaicos. Así, opinamos que ni este tipo ni el *e* son productos del arte incaico, aunque los Incas difundiesen estas formas por todo el Imperio. La botellita de Mulaló tiene una decoración, que no se encuentra en ningún otro objeto (F'), consistente en cuatro líneas horizontales, almenadas, opuestas dos a dos, de color rojo. Este dibujo está junto a la unión del cuello con el vaso.

Frascos o botellitas del tipo *h* se han encontrado:

en el Cuzco 1 [T-13-h, *Seler*, 1893, L. III];
 en Pachacámac 3 [A-13-h, *Uhle*, 1903, fig. 68,
 pág. 63; V-13-h *Uhle*, 1903, fig. 71, pág. 64;
 W-13-h *Uhle*, 1903, L. XIII, fig. 17];
 en La Paya 2 [A-13-h, *Ambrosetti*, 1902, fig. 14,
 pág. 131; *Boman*, 1910, L. XIII, fig. 27];
 en Cochinoqa 1 (Z-13-h *Ambrosetti*, 1902, fig.
 72, pág. 56).

La forma *i* (L. XXXI, fig. 3^a) es distinta de la anterior, por tener el cuello sumamente corto y con reborde. Su distribución es:

(A-13-i) Matalechuza (*Wiener*, 1880, pág. 596);
 (A-13-i) Pachacámac (*Uhle*, 1903, fig. 75, pág.
 64);
 (L1-13-i) Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. XVIII, fig.
 7^a);
 (P-13-i) 2 de Maipo (*Oyarzum*, 1910, figs. 21
 y 22);

(W-13-i) Chile (*Ewbank*, 1855, L. IX, fig. 12).

La variedad *j* (L. XXXI, fig. 4^a) recuerda mucho la *i*; pero, en vez de que el asa se extienda entre el cuello y el recipiente, en éste se encuentran ambas extremidades del asa. Todos los vasos de esta clase que conocemos, son de Pachacámac (V-13-j) Pachacámac *Uhle*, 1903, fig. 67, pág. 63; L. XIII, fig. 13; y X-13-j, fig. 69, pág. 73).

La variedad *k* (L. XXXI, fig. 5^a) tiene dos asas, que van del cuello al cuerpo del recipiente. Sólo conocemos un ejemplar de Pachacámac [X-13-e].

Por último, la variedad *l* [L. XXXI, fig. 6^a] que establecemos por un vaso de La Paya [G'-13-l]. La forma del vaso es más bien la de un plato, si bien se estrecha algo en la abertura y tiene una gran asa, colocada horizontalmente, y está decorado con una faja de cruces y líneas.

Timbales.—Son los timbales abundantísimos en Tiahuanaco, y los hay con ricas ornamentaciones zoológicas, que representan felinos, cóndores, etc., o decorados con figuras humanas; pero los hay también con pinturas exclusivamente geométricas. Caracteriza a los

timbales tiahuanacotas una media caña, que da relieve e interrumpe la regularidad de las paredes del vaso. Mas no todos tienen este adorno y puede talvez sostenerse que los más modernos son de paredes regulares [L. XI, figs. 3ª y 4ª]

Los timbales incaicos recuerdan muchísimo los de Tiahuanaco, como podrá el lector convencerse por el examen que vamos a hacer a continuación de estos vasos cuzqueños.

La decoración de los timbales es, si bien del mismo género que la de las demás alfarerías del Cuzco, peculiar y propia de esta clase de vasos.

Siguiendo el mismo método que hemos empleado hasta ahora en el estudio del arte de los Incas, comenzaremos por la descripción de la decoración de los timbales, designando dichas decoraciones por una letra del alfabeto castellano, principiando por la *M* y distinguiendo esta serie de decoraciones de la de los arivales por el signo *prima*, que pospondremos a la mayúscula.

M' Esta decoración consiste en líneas angulosas, que se extienden de la base al borde del vaso. Los espacios así formados, entre línea y línea, están recubiertos del dibujo dicho, dientes de sierra [L. XXXII, fig. 1ª].

N' En vez de tener los ángulos ocupados por el dibujo dientes de sierra, lo están por pequeños cuadrados [Perú, British Museum L. XXXIII].

O' Decoración compuesta de dos órdenes de líneas angulosas en campos de diferente color, y en los ángulos, pequeños cuadrados [Ambato, L. XXXIV.]

P' Ornamentación pintada, consistente en dos fajas horizontales, en las que alternan dibujos en x y campos cubiertos de zetas [L. XXXII, fig. 2ª].

Q' Faja horizontal, dividida en seis campos, adornados con cruces, dibujos en sierra y cuadriláteros [L. XXXII, fig. 3ª].

R' Faja horizontal junto a la boca, de un color, realizada con círculos de otro [L. XXXII, fig. 4ª].

Los timbales, por la forma y la materia de que están hechos, pueden ser de cuatro clases: de barro y pa-

redes rectilíneas *a*; de barro y paredes cóncavas *b*; de madera y cóncavas *c*; de madera y paredes rectas *d*.

La distribución de la forma es:

[A-15-a] Imbabura (*Wymper*, 1880, pág. 279);

Mulaló (L. XXX, fig. 4^a);

Pujilí (L. XXX, fig. 3^a);

[Q'-15-a] Perú (*Tschudi y Rivero*, 1851, L. XXVII, fig. 2^a)

Siendo la de la forma *b*:

[Q-15-b] Cuzco (*Seler*, 1893, L. VIII, fig. 21);

[M'-15-b] Cuzco (*Seler*, 1893, L. VIII, fig. 22);

[N'-15-b] Perú [L. XXXIII];

[O'-15-b] Ambato [L. XXXIV];

[R'-15-b] Cuzco (*Seler*, 1893, L. VIII, fig. 23).

El timbal de Ambato (O'-15-b, L. XXXIV) es hermosísimo y su decoración está dividida en tres zonas de diferentes colores: roja la superior, negra la del medio y amarilla la inferior. Limitando la parte del vaso decorada, junto al asiento y al borde, hay dos regiones negras. La zona superior está bordada por líneas blancas y en ella hay una línea angulosa, negra, entre dos blancas y dos negras. La superior está adornada con una serie de dientes de sierra, encima de los cuales hay otra línea negra; y la inferior, con cuadraditos de contornos negros, con un punto del mismo color en el centro.

En el espacio medio de los ángulos formados por estas líneas, hay unos cuadrados negros, dentro de los cuales hay un punto blanco y al contorno otro cuadrado, también blanco.

En la segunda zona y resaltando sobre el fondo negro, se ven tres líneas angulosas, paralelas, blancas; y, en cada uno de los triángulos limitados por éstas, dos cuadrados inscritos el uno dentro del otro, de igual color.

La última zona lleva como decoración dos líneas negras, paralelas, y entre ellas un fino reticulado rojo. Mide este vaso 122 milímetros de altura por 123 de diámetro superior y 78 de inferior.

La distribución de los timbales de madera tiene tan sólo un valor relativo, ya que depende su conservación del clima y, sobre todo, del mayor o menor grado

de humedad a que han estado expuestos en los cuatro o cinco siglos que nos separan de la dominación de los Incas. Esta es:

[A-15-c] 2 de La Paya (*Ambrosetti*, 1907, fig. 140, pág. 209; *Boman*, 1910, L. IX, fig. 18).

[V-15-c] Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. XIII, fig. 17);

[V-15-c] Casabindo (*Rosen*, 1905, L. IX, fig. 3^a— Otro vaso, pero sin pintura, encontró Uhle en el mismo lugar);

[V-15-c] Cochinoca (*Ambrosetti*, 1902, fig. 51, pág. 67);

[V-15-c] La Paya (*Ambrosetti*, 1907, L. IX, fig. 18);

[V-15-d] Pachaámac (*Uhle*, 1903, L. XVIII);

[P'-15-1] La Paya (*Boman*, 1910, L. IX, fig. 17);

[F-15-c] 3 de Pisac (*Hamy*, 1898, L. XL);

[U-15-c] Tiahuanaco (*Boman*, 1910, pág. 234);

[U-15-c] Tisaleo.

Los seis últimos vasos merecen examen especial, tanto por las figuras que los adornan, cuanto por el modo como está hecha la decoración. Comenzaremos por el examen del de Tisaleo, que está en nuestra colección (Lms. XXXV y XXXVI) y que es hecho de madera de guayacán *guajacum officinalis*. Mide el vaso 159 milímetros de alto, 133 de diámetro de abertura, 81 de diámetro mínimo y 89 en la base. Las paredes son de 11 milímetros de espesor.

Toda la superficie exterior del vaso está recubierta de un barniz café oscuro, muy delgado, que, sin duda, ha contribuido poderosamente a la buena conservación del objeto. Para decorar el vaso, se han grabado, previamente, los dibujos en la madera, con incisiones de algo más de un milímetro de profundidad, y luego se ha llenado éstas con lacas duras y de colores brillantes. Seis son las clases de laca, según el color; pues hay amarillo, verde claro, verde oscuro, café claro, rojo y negro. Estas lacas son iguales a las que aún hoy se usan, para ornamentar objetos de madera, en la ciudad

de Pasto [1] y que emplean los indios mocoas en la decoración de su cerámica [2].

Esta laca de Pasto es una sustancia gomosa, producto de la planta llamada por los indios mopa-mopa (*elaeia utilis*), que crece en los declives de la cordillera oriental

“Este barniz es una materia blanda sin ser líquida, muy elástica, y, cuando no se ha dado todavía el color con el achiote, se asemeja tanto al gluten, que no es posible distinguirlo de esta sustancia; como ella se extiende en una membrana muy delgada, que es la que se aplica a la materia que se quiere barnizar (3).”

Andrée visitó los talleres donde los obreros de Pasto trabajan esta laca, y su descripción es muy interesante. Dice: “Dos hombres trabajaban sentados en medio de una sala; cada cual tenía delante un fogón o brasero encendido con una ollita, llena de agua. A sus pies se veían trozos de carbón y barniz, unos alicates de forma especial y un abanico de junco, destinado a avivar el fuego. Tomó el uno un trozo de barniz y lo tuvo algunos minutos sumergido en el agua hirviente; lo estiró luego por todos los lados hasta convertirlo en una membrana transparente como el papel de estarcir; le aplicó en seguida a la superficie ya pintada de una gran copa, lo cubrió con un trapo, y, con objeto de aumentar la adherencia, tomó con los alicates una ascua y la paseó por las partes abolladas o hinchadas; calentó luego todo el vaso y obtuvo una superficie lisa y brillante como la laca japonesa (4).”

La laca de Pasto es ordinariamente transparente y se usa para recubrir y abrillantar colores claros; mas es posible mezclarla con algunos colores, y éste fue el procedimiento empleado por los Incas, que llenaban los huecos hechos previamente con la laca colorida, de tal modo que sus vasos son un verdadero *cloisoné*.

(1) *Uhlé*, 1889, Vol. II, L. 5ª

(2) *Uhlé*, 1889, Vol. II, L. 1ª

(3) *Boussingault*, 1849, pág. 117.

(4) *Andrée*, 1884, pág. 755.

La laca de Pasto resiste bien al agua, aun caliente, y al alcohol, y adhiérese tan fuertemente a los objetos, que, una vez seca, es imposible desprenderla [1].

La ornamentación del vaso de Tisaleo está dispuesta en tres zonas. La inferior está adornada con fucsias [*fucsia cordifolia?*] artísticamente estilizadas: las hojas verdes, los tallos rojos, los cálices verdes, las corolas amarillas, los estambres rojos. Entre las fucsias vuelan insectos [?] amarillos y rojos.

La zona media, encerrada entre dos líneas rojas, está dividida en ocho cuadrados iguales, ornamentados con dos motivos diferentes: es el uno una serie de seis cuadrados inscritos, y el otro, una cara de puma, muy estilizada. Esta es un espacio rectangular, limitado por tres lados, por una línea amarilla; en la parte superior, se encuentra un espacio rojo, en forma de U, o, más exactamente, en la de los altares de cuernos sagrados de Micenas. El espacio comprendido entre este dibujo rojo está relleno de laca verde oscura.

Cinco triángulos ocupan la parte inferior de la cara, que son verdes claros y café. En una figura, los dos superiores son verdes; en la otra, lo son los tres inferiores.

La zona superior está dividida en cuatro partes. En la parte inferior y descansando sobre la línea roja, hay dos cabezas de tigre, representadas de un modo muy realista: son amarillas y se ha cuidado de figurar las manchas de la piel con puntos negros. Estas cabezas sirven de soporte a dos arcos elípticos, formados por líneas verde, amarilla y roja. Queda, pues, así dividido el campo en cuatro partes. La ornamentación es igual en los campos igualmente situados. En aquellos que están bajo el arco, hay al centro, una figura de mujer, que se presenta de frente: viste una larga túnica roja [anacu], bordada de amarillo y verde; cíñele los lomos una ancha faja verde y negra, y, sobre los hombros y tapándole los brazos, lleva un manto [tupullina] amarillo,

[1] *Boussingault*, 1849, págs. 116 y siguientes.—*Andrée*, 1884, págs. 755 y siguientes.

con franja roja y verde; el tocado es verde, con pompónes amarillos y rojos. Junto a la figura, hay dos papagayos, admirablemente figurados, y guirnaldas de fucsias. Estas flores están unas veces representadas colgadas de las ramas, otras veces erguidas. Según la posición, han sido diversamente estilizadas, variando aun los colores empleados.

En todo el campo hay puntitos blancos que, quizás, figuran las estrellas.

Sobre las cabezas de los tigres y fuera de los arcos, se ve un cuadro muy parecido: la misma mujer ocupa el centro y está rodeada, así mismo, de fucsias; sólo los loritos faltan y, en su lugar, se ven livelulas o florecillas.

El vaso de Pisac, figurado por Hamy en 1897, es de chonta [sic]. Las figuras han sido incisas en la madera hasta un milímetro de profundidad y luego rellenadas con laca. La decoración está dividida en dos campos por líneas verticales.

"En el de la derecha, hay alineamientos oblicuos de grandes pájaros de patas y cuellos largos. Cada línea tiene sus colores particulares, pájaros rojos con cabezas verdes, pájaros amarillos con cabezas casi negras, pájaros rosas con cabezas blancas.

"En la izquierda, la ornamentación está dividida en dos campos: el superior está bordado, arriba y abajo, de almenas, de un anaranjado vivo, de doble línea, entre las cuales hay cuatro órdenes de figuras geométricas, alternadas, triángulos rectángulos algo alargados, unidos por la hipotenusa, cuadriláteros cortados por una diagonal, escalonada de cinco peldaños. El campo inferior está decorado por cuatro grandes flores rojas, que podrían ser flores de cactus". Este vaso pertenece al Museo del Trocadero y forma parte de la colección de Wiener.

De igual clase, hay otro timbal en el Louvre, en donde fue depositado por Legrand. "Su decoración se repite en las dos caras y se compone de tres campos superpuestos. El más importante ocupa algo más de la mitad superior. En él se ve un guerrero moverse en un fondo negro, tachonado de puntitos blancos, que si-

mulan las estrellas: Es de noche. Tocado, un gorro rojo con una cocarda negra y largas plumas blancas, dispuestas en círculo, avanza a pasos rápidos, teniendo en la una mano una lanza de asta roja y punta verde, mientras en la *mano izquierda* lleva un escudo con chebrones rojos, amarillos y verdes, y con una ancha orla café.

“El vestido del peruano es café claro, que se oscurece de arriba a abajo; en lo alto tiene un adorno rojo, así como un galón del mismo color.

“Una decoración abovedada, que, quizás, representa la bóveda del cielo, formada por tres bandas, amarilla, verde y roja, que con su curva policroma sirve de borde a la escena.

“Dos pumas, vistos de frente, sostienen esta bóveda, acurrucados en la sombra, las orejas erectas y los ojos brillantes, representados por un punto rojo rodeado de blanco.

“El segundo campo, separado del primero por una simple banda, está adornado con figuras geométricas: en un triángulo isósceles, ancho y bajo, se inscribe una escalera de peldaños regulares, bajo los cuales hay otro triángulo entre sus peldaños que suben y bajan.

En la parte inferior, hay nuevamente flores rojas de cactus”.

En Berlín hay un vaso del mismo estilo y proveniente también de Pisac, en el cual hay una figura de puma en relieve. “La cabeza del animal está adornada con óvalos y dientes y coronada de líneas y losanges punteados de rojo y verde. En la cara posterior, en medio del bosque, se desarrolla una escena militar, en la que figura el mismo personaje del vaso Legrand, seguido de dos compañeros, igualmente armados: combate con tres indios del interior de Moxos. . . coronados de plumas, vestidos de largas camisas de corteza de varios colores y armados de arcos y flechas.

El jefe de los guerreros peruanos tiene exactamente el mismo tocado que el del vaso Legrand; sólo el adorno del cuello no es escalonado sino redondo, un cinturón ciñe la túnica a los lomos y unos como panta-

lones largos bajan hasta la mitad de la pierna. El escudo tiene adornos algo diferentes: está realzado de un penacho de dos adornos triangulares, amarillos salpicados de disquitos rojos y termina por un largo colgajo del mismo color, bordado de comas y jaspeado de rojo. Los tres peruanos manejan la honda con la mano derecha, mientras a sus pies, entre los árboles, circulan pájaros y monos verdes con cabezas rojas [1].

La concordancia en el estilo y en algunos de los detalles entre los tres vasos, cuya descripción, debida a la doctísima pluma de Hamy, acabámos de transcribir, y el vaso de Tisaleo es sorprendente y no cabe duda que son el producto del arte de un mismo pueblo, arte local sumamente desarrollado.

Los timbales incaicos de madera con decoraciones en lacas policromas, son de los más hermosos y perfectos productos del arte de los aborígenes de América.

Vasos con asas en λ [2]. - Estos vasos no son propios de los Incas; muy por el contrario, son vasos peculiares de las civilizaciones de la costa y su forma sólo debió muy tarde pasar a formar parte de las conocidas por los alfareros del Cuzco, esto es, cuando los Incas conquistaron a los Yungas o Mochicas. Mas siguiendo el ejemplo de Bingham, hacemos figurar esta forma entre las incaicas, tanto por haberse encontrado en Machu Picchu, cuanto por constarnos que el Profesor Saville compró un vaso de éstos, encontrado en Pomasqui, y que debe hallarse en el Heye Museum of American Indians, y haber úno, ecuatoriano, en la colección del Dr. Rivet [B-17-a, *Verneau*, 1907, pg. 207, fig. 14]. Numerosos son estos vasos en el Perú, pero sólo pueden tenerse por incaicos a aquellos cuya decoración es netamente cuzqueña o que han sido encontra-

(1) *Hamy*, 1897, págs. 79 y 80.

(2) No conocemos ni un solo ejemplar, excepción hecha de los figurados por Bingham, en 1915, de las formas 14 y 16.

dos con objetos del Cuzco, como los figurados por Uhle en su estudio sobre Pachacámac [1].

Computeras [L. XLIII, figs. 4^a 5^a y 6^a].—Con el número 18 hemos designado las computeras y distribuido sus variedades, como lo hicimos al estudiar la cerámica de Imbabura. Estos vasos no son propios del Cuzco, sino del arte ecuatoriano; pero, como se encuentran en los sepulcros incaicos de Quito, les hemos dado un número en el corpus del arte cuzqueño.

Trípodes.—La forma trípode es esporádica en la cerámica incaica y pertenece a las más viejas culturas del Perú y a las de los países situados al Norte del Imperio.

Los trípodes los hacemos figurar en nuestra clasificación de la cerámica de los Incas, tan sólo por un vaso del Cuzco, en el cual el recipiente es un casquete esférico, sin labios ni rebordes [A-19-a, *Wiener*, 1880, pág. 595, L. XXXVIII], y por aquel vaso de forma singular [A-12-b], que describimos anteriormente [L. XLIII, fig. 3^a], igual a otro, encontrado en Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. XIX, fig. 2^a)

Vasos dobles.—Los vasos dobles, que son dos botellitas unidas tangencialmente por sus recipientes y por un asa en la parte del cuello, no pertenecen al verdadero arte incaico, sino que son producto de la fantasía mochica, ávida de multiplicar las formas de sus artefactos, hábil en combinar los más variados elementos, para con ellos crear tipos originales y hermosos de cerámica.

Fueron, sin embargo, los vasos dobles adoptados por los Incas, ya que hay algunos con decoraciones netamente cuzqueñas y otros, cuyo lugar de origen demuestra que fueron llevados al lugar donde se hallan durante el dominio de los Incas.

Tres variedades tiene el tipo: la primera aquella en que los dos recipientes tienen igual forma, la de una botellita (L. XXXVII, fig. 2^a) Vasos de esta natura-

(1) [W-17-a] fig. 78, pág. 65.—[W-17-b] L. XIII, pág. 12.—[V-17-a] L. XVIII, pág. 11; *Uhle*, 1903.

leza abundan en el Perú, pero de éstos sólo tenemos por seguramente de la época de los Incas los siguientes:

[A-20-a] Quito (*Uhle*, 1889, L. VII, fig. 4^a);

[W-20-a] Cuenca (*Bamps*, 1879, L. XXV, fig. 1^a);

[W-20-a] 2 de Pachacámac (*Uhle*, 1903, L. XVIII, fig. 12);

[W-20-a] 2 de Huaraz (*Seler*, 1893, L. XXVII, figs. 1^a y 5^a);

[W-20-a] Cuzco (*Bamps*, 1879, L. XVI, fig. 1^a)

De la segunda variedad, esto es, de aquellos vasos en que uno de los recipientes tiene forma animal, sólo tenemos por seguramente incaico un vaso de Cuenca (*Bamps*, 1879, L. XIX, fig. 2^a L. XXXVII, fig. 3^a)

Así como de la tercera [L. XXXVII, fig. 4^a] uno de los recipientes es de figura humana; sólo citaremos un vaso ecuatoriano (*Bamps*, 1879, L. XVII, pág. 536).

Morteros.—Con el nombre de morteros y con el número 25 designamos todos aquellos recipientes de piedra, que bien pueden haber sido vasos o tenido un destino ritual; los dividiremos en once variedades:

La primera *a* es de aquellos morteros que son simples cilindros de piedra con una perforación central (L. XXXVII, fig. 1^a). De esta forma tenemos noticia por un ejemplar del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 370).

La segunda *b* es aquella en que el mortero es cóncavo. Ejemplos de esta variedad son un mortero del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 370), y uno de procedencia desconocida (*Ewbank*, 1855, pág. 136, L. XXXVII, fig. 2^a)

En la tercera variedad *c*, el recipiente es un disco bajo con asas horizontales. Es la forma más abundante y su distribución es (L. XXXVIII, fig. 3^a):

(A-25-c) Perú (*Rivet y Verneau*, 1912, L. IX, fig. 1^a);

(A-25-c) Cuzco (*Tschudi y Riveso*, 1851, (L. XXXI, fig. 2^a);

(A-25-c) Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 370);

(A-25-c) Caravajal (*Boman*, 1910, L. XX, fig. 46);

(W-25-c)¹ Cuzco (*Joyce*, 1912, L. XXI, fig. 1^a);

(X-25-c) Cuzco (*Tschudi y Rivero*, L. XXXI, fig. 1^a);

(W-25-c) Ecuador (*Rivet y Verneau*, 1912, L. IX, fig. 2^a)

(W-25-c) Chillo (*González Suárez*, 1908, L. XXX).

La variedad siguiente *d* tiene las asas verticales, generalmente, en forma de animal [L. XXXVIII, fig. 4^a]. Conocemos dos ejemplares de esta clase, ambos del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 371; *Seler*, 1893, L. IV, fig. 15).

La quinta variedad *e* es un canto redondeado con una perforación central y dos protuberancias, destinadas a servir de asas [L. XXXVIII, fig. 5^a]. A esta clase pertenecen un mortero de Chillo (*González Suárez*, 1908, L. XXX] y otro del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 371).

Otra variedad *f* es un disco sin asas. Hay un ejemplar del Cuzco con decoraciones zoomorfas (*Wiener*, 1880, pág. 371, L. XXXVIII, fig. 6^a).

La clase *g* es de aquellos morteros que son dobles, constituidos por dos cilindros unidos [Cuzco, *Wiener*, 1880, pág. 371, L. XXXVIII, fig. 8^a].

Los de la siguiente *h* son tres morteros unidos [Cuzco, *Wiener*, 1880, pág. 371, L. XXXVIII, fig. 9^a].

La novena variedad *i* es la de los morteros que son dos recipientes cuadrangulares, unidos por uno de sus ángulos [L. XXXVIII, fig. 7^a Cuzco, *Wiener*, 1880, pág. 371].

La décima *j* es aquella en que los morteros son cuadrangulares [Cuzco, *Wiener*, 1880, pág. 371; *Exelbank*, 1855, L. IX, fig. 12, L. XXXVIII, fig. 10^a].

A la undécima *k* pertenecen los morteros cuadrangulares con prominencias a modo de asas [Cuzco, *Wiener*, 1880, pág. 371, L. XXXVIII, fig. 11].

Los morteros incaicos recuerdan muy de cerca a los de que se servían los constructores de Tiahuanaco.

Enq'a.—Ilámase *Enq'a* a unas figuritas de llamas o alpacas, hechas de piedra, que en el lomo tienen un agujero pequeño.

Estos objetos son muy frecuentes en la región del Cuzco, raros en las extremidades del Imperio, como puede verse por la lista siguiente:

1 de Loja (*Rivet y Verneau*, 1912, L. XIII, fig. 14);

1 de Cotahuacho (*Wiener*, 1880, pág. 277);

1 de Andahuaylas (*Wiener*, 1880, pág. 372);

2 del Cuzco (*Wiener*, 1880, pág. 372);

18 de lugares indeterminados de la sierra del Perú (*Rivet y Verneau*, 1912, L. XIII, fig. 15; *Joyce*, 1912, pág. 276, fig. 211; *Ezobank*, 1855, pág. 134).

El Profesor Uhle logró determinar el fin a que estos objetos estaban destinados, pues encontró *enq'as* fabricadas actualmente por los indios de Vilcanota para hacer sacrificios a Pachacámac, para que el ganado tenga pasto abundante. Con este fin las entierran, poniendo en el agujerito alcohol, vino o coca [1].

Hachas de combate.—Esta poderosa arma de bronce está formada por un rompecabezas de seis puntas, una de las cuales ha sido transformada en un hacha de corte vertical.

La distribución de este objeto muestra bien su origen incaico:

Quito [L. XXXIX].

Puná (*Saville*, 1910, Vol. II, L. 103, fig. 3^a);

Titicaca (*Baudelíer*, 1910, L. XXX, fig. 6^a);

Perú (*Joyce*, 1912, L. XXII, fig. 7^a)

Topos.—Los topos o alfileres de que se servían los antiguos peruanos, son de varias formas y tienen, a veces, representaciones de animales u hombres. Falta aún un criterio que permita distinguir los topos de un

(1) *Uhle*, 1906, págs. 388 a 392.

pueblo de los de ótro, y más todavía para distinguirlos por épocas [1].

Figurillas femeninas.—Figurillas humanas, ya masculinas, ya femeninas, en oro, plata u otras sustancias, se encuentran a menudo en el antiguo Imperio de los Incas. A las figuras femeninas se les ha llamado Mama pachas, mas creemos que sin fundamento alguno.

Las figuras de ambos sexos, de metales preciosos, así como las de llamas, es probable hayan tenido un mismo objeto. ¿Con qué dios del panteón peruano deberán identificarse las figurillas de varón? ¿Habrá existido una divinidad llama?

Los antiguos cronistas nos enseñan que más de un sacrificio vicario se celebraba en el Cuzco: ante una huaca se quemaba ropa; ante tal ótra leña labrada, en figura de hombres y mujeres.

Los sacrificios humanos aún se realizaban en el ritual peruano, cuando el Imperio de Manco Cápac sucumbió al empuje de las armas españolas, por incompatibles que parezcan estos ritos sanguinarios con la civilización incaica. Mas no hay duda que, si todavía se manchaban con sangre humana los altares de Inti y Viracocha, tan macabras ceremonias no eran ya frecuentes como en tiempos más remotos. Los sacrificios vicarios habían ya dulcificado la religión peruana; porque todos los pueblos en los que se han inmolado víctimas humanas y llegan a cierto estado de cultura, tratan de sustituir a la víctima su imagen o simulacro [2].

Que tal hacían los peruanos, es indudable, por los repetidos y concordantes testimonios de los autores españoles; pero sus afirmaciones son más precisas aún y nos permiten decir, con certeza, que las figurillas humanas y las de llamas de oro son sacrificios vicarios. Oigamos el autorizadísimo testimonio de Cobo: "Otro si

[1] En las siguientes obras puede verse topos incásicos: *Baudélier*, 1910, Ls. 57 y 76; *Wiener*, 1880, pág. 586, *Buessler*, 1902 y 1903, I, 153, fig. 420.

[2] *Frazer*, 1914, págs. 116 y siguientes. *Westermarck*, 1912.

ofrendaban de ordinario plata y oro unas veces en pedacillos de diferentes formas y tamaños, y otras figuradas de estos metales imágenes pequeñas y grandes, de hombres y animales" [1].

Y, a este propósito, debe recordarse que, hace algunos años, se encontró una figurilla de mujer, de oro, de factura incaica, en los picachos del Rumiñahui, y se la envió a Roma, obsequiada por el clero de la Arquidiócesis al Papa Pío X.

Más numerosas son las figuras femeninas que las de varón, [2] porque más frecuente era sacrificar mujeres y no hombres. Las imágenes de llamas son raras, puesto que no daba cuenta sacrificar la imagen preciosa de una llama con preferencia a un animal.

La distribución de las figurillas femeninas [L. XL, fig. 1ª] es:

6 de la isla de la Plata (*Dorsey*, 1901, Lms. XL y XLI);

1 de Lima (*Baessler*, 1901-1903, L. 153, figs. 420 y 421);

3 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. LXI, figs. 3ª y 4ª; y *Tschudi y Rivero*, 1851, L. XLIV);

1 de Puno (*Castelnaud*, 1889, L. XLIV, fig. 1ª);

2 de Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. LVII, figs. 6ª y 7ª);

2 de Bolivia (*Castelnaud*, 1854, L. XXX);

3 del Perú (*Ewbank*, 1855, pág. 141; 1909, pág. 245)

3 de Freirina (*Medina*, 1882, págs. 113 a 115);

Figuras masculinas [L. XL, fig. 2ª].—La distribución de estas figurillas es:

2 del Cuzco (*Seler*, 1893, L. LXI, figs. 1ª y 2ª);

1 de Puno (*Castelnaud*, 1854, L. XLIV, fig. 1ª);

2 de Titicaca (*Bandelier*, 1910, L. XLVII, figs. 8ª y 9ª L. LXXVIII, fig. 8ª);

[1] Cobo, 1893, Vol. IV, pág. 84.

[2] Esto se advierte muy bien en las listas de los tesoros que los conquistadores enviaron a España, las cuales se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla y que han sido publicadas por *Medina J. T.*—1904, Vol. I, págs. 63 y siguientes.

1 de Freirina (*Medina*, 1882, pág. 142);

1 del Perú (*Ewbank*, 1855, pág. 141).

Figuras de llamas.—Se han encontrado:

4 en Titicaca (*Bandelier*, 1910, Lms. LVIII y LXXVIII, figs. 5ª y 6ª);

1 en Puno (*Castelnau*, 1854, L. XLIV, fig. 2ª);

2 en el Perú (*Ewbank*, 1855, pág. 141).

Al terminar este largo y fatigoso estudio de las artes menores incásicas, tenemos la satisfacción de haber obtenido resultados positivos, tales como la seguridad de que la influencia incaica se hizo sentir en el Ecuador, tan sólo cuando la cultura cuzqueña había llegado a su mayor desarrollo y de que, si los Incas ejercieron influjo grande en el Ecuador, fue por el establecimiento de Mitimaes y no porque hayan modificado las culturas aborígenes. Entre el arte ecuatoriano y el cuzqueño no hay fusión sino más bien superposición. Incas y aborígenes debieron vivir simultáneamente los unos al lado de los otros sin mezclarse ni confundirse.

Parécenos también evidente que la cultura incásica es hija del arte de Tiahuanaco, hija vigorosa emprendora y original, pero que todo lo que es lo debe a su madre. Si la cultura incaica es originaria de la tiahuanacota y si, como parece probable, los Aymaras construyeron Tiahuanaco, debe suponerse que, los ayillos que comandados por *Sinchis* primero, y más tarde por *Capacs*, desde el Cuzco, dominaron lo que hoy es Bolivia, Argentina, Chile, Perú y Ecuador, fueron clanes aymaras nativos, quizás de la hoya de Titicaca como lo asevera una de las versiones de la leyenda de Manco Cápac, más realista que la de los cuatro Ayares.

SEGUNDA PARTE

NOTAS HISTORICAS

I

Dos problemas se presentan relacionados con la cultura incásica en el Ecuador: ¿cuándo se dejó sentir, por primera vez, la influencia de esta cultura? Sabiéndolo, deduciremos el tiempo que duró su predominio en el territorio de la que hoy es República del Ecuador; en qué etapa de aquella civilización se verificó la modificación de la cultura autóctona, bajo la influencia de la incásica, y la mayor o menor intensidad de este influjo.

El segundo problema es, la manera como la cultura del Imperio de los Incas, puesta en contacto con las de los diversos pueblos aborígenes del Ecuador, fué dominando y extendiéndose por su territorio.

La Arqueología puede darnos datos para dilucidar la primera, al menos, de estas cuestiones. Por desgracia los estudios arqueológicos aún no se hallan suficientemente desarrollados, para que podamos establecer sobre sus conclusiones, las bases de una cronología, con fechas siquiera aproximadas. Ciertamente que la uniformidad de las formas y decoraciones, la pureza en el estilo de los objetos de cerámica incana, prueban que esta cultura era de reciente data en nuestra República; pues ni se observa (salvo raras excepciones) la evolución del arte, por las

influencias aborígenes, como se ve en Calchaquí; ni la adaptación del decorado de la cerámica peruana para los vasos y otros objetos de Quito; ni, viceversa, la apropiación de las decoraciones de éstos, para ornamentar las formas características del Cuzco son tales, que autoricen a juzgar muy largo el período de dominio o influencia de la cultura incásica en el Ecuador. Mas aún: esta persistencia de las formas clásicas en la cerámica de origen incaico, no puede atribuirse a influencias que fueron ejerciéndose lenta y paulatinamente en el antiguo Reino de Quito; sino al establecimiento relativamente brusco, a la expansión violenta, verificada, como sabemos, por medio de conquistas y del trasplante, diremos así, de pueblos enteros del área cultural cuzqueña, a territorio del Ecuador.

Todo nos induce a juzgar que la influencia de los Incas debió ser débil, muy débil aquí, hasta que los soberanos del Cuzco emprendieron la conquista de las provincias situadas al Norte de Chinchasuyu. En efecto, la misma organización del imperio se oponía a una grande expansión comercial, que hubiera podido introducir los productos de su civilización, antes de que viniera ésta a imponerse por la fuerza de las armas [1]. Por otra parte, la falta de caminos, la aspereza de las tierras que se interponen entre los pueblos del Perú y

(1) "There was no commerce, and therefore no standard of value". *Payne, Edward John*. Oxford, 1899, vol. II, pág. 503.—"Los peruanos nada podían poseer en propiedad", *Campe*, Madrid, S. F. Tomo II, pág. 205.

"El soberano era el dueño de todas las minas, de todas las tierras de labor, de todos los ganados y hasta de toda la caza que podía perseguirse en los montes". *González Suárez*.—Historia General, Quito, 1890, T. I, pág. 211.

"En el sistema administrativo de los Incas, estaba suprimida completamente la propiedad individual". (*Ibid*, pág. 218.—"Como no había comercio ni moneda, el pueblo estaba estacionario", (*Ibid*, pág. 243).

"Como todo el poder estaba en manos del Inca, el pueblo bajo no poseía bienes de ninguna clase y las riquezas del país se dividían en tres porciones, pertenecientes la primera al Inca, la segunda al templo y la tercera al común de los habitantes", *Cronau* [Rodolfo] América, T. II, Barcelona, 1892, pág. 297.

los de Quito, contribuyeron a dificultar la expansión de la cultura incásica, que no pudo establecerse sino con la incursión de los ejércitos conquistadores y el establecimiento de los *mitimaes*.

Este enérgico medio de asimilación con que, al par que procuraban la tranquilidad de los territorios sujetos, extendían los Incas su influencia y arraigaban su cultura, es lo que más trascendencia tiene en dicho influjo, dándole un carácter especial que nunca conviene perder de vista.

Los caracteres apuntados como propios de la influencia incásica, aparecen también del estudio de los restos monumentales que han quedado en nuestro territorio. Los más importantes son de un estilo uniforme. "En la labor de las piedras predomina siempre una misma forma, pues todos los lados son toscos y conservan su figura natural y solamente uno está labrado en forma convexa. Sea cualquiera el tamaño de las piedras, la labor es la misma, lo cual da a los edificios de los Incas un aspecto exterior que no carece de hermosura" [1]. Corresponden a la última época, según la clasificación de Markham, y confirman las relaciones de los cronistas, que atribuyen la conquista de Quito a los dos últimos Incas [2] si bien esta clasificación cronológica debe ser empleada con mucha reserva, puesto que, al mismo tiempo, es decir en la época de los últimos Incas, se construía otra clase de edificios, con piedras casi rústicas, unidas con barro, y recubiertas de un enlucido,

(1) *González Suárez*.—Historia General, T. I, pág. 203.

(2) "El 5º estilo tiene líneas perfectamente horizontales y piedras exquisitamente unidas, pero con superficies ligeramente salientes... En este estilo, el más moderno y perfecto, encontramos marcos de puerta, escondrijos y ventanas rectangulares"... *Markham* (Sir Clemons R.).—Las posiciones Geogr. de las tribus que formaban el Imperio de los Incas.—La Paz, 1902, pág. 61.

"Los restos de los edificios incaicos en la región de Quito, son todos del último y más perfecto estilo incaico; lo que confirma la exactitud de las relaciones recibidas por los primeros escritores, respecto de la conquista de Quito por los dos últimos Incas. Estos edificios han sido descritos en detalle por Ulloa y Humboldt", (*Ibid.*, pág. 104).

así mismo de barro, fino y generalmente rojizo. A este segundo estilo pertenecen las importantes ruinas de Caranqui [1].

Otra deducción nos permite hacer la Arqueología: no sólo el establecimiento de la cultura incásica en el Ecuador no era muy antiguo, al tiempo de la conquista española, sino que esa cultura se hallaba extendida muy desigualmente.

En efecto, si recorremos la Costa, no encontramos huellas del arte peruano del Cuzco, en Esmeraldas; apenas si se hallan rastros en la provincia de Manabí, en donde sí hemos encontrado objetos del arte yunga; poco numerosos y limitados a cierta zona, son los que se hallan en la provincia del Guayas. En la sierra, naturalmente abundan en los lugares que fueron poblados por mitimaes, en las posiciones estratégicas generalmente sujetas a larga ocupación de las tropas del Inca y en fin, en algunos lugares, como Quito, que parece adquirieron grande importancia sólo desde la irrupción cuzqueña. Como podrá verse en el cuerpo de este estudio, objetos incásicos, casi no se encuentran en la provincia del Carchi, mientras es más frecuente su hallazgo en las provincias del Sur. Raros son sin embargo, en las provincias de Chimborazo y Bolívar. Finalmente, en la región oriental, la influencia incásica fué nula y si hallamos la lengua quichua hablada por algunas tribus de la gran hoya amazónica, es

(1) El estilo de los paralelogramos convexos se halla bien estudiado por *Jiménez de la Espada*.—"El Palacio del Callo"—Congreso Internacional de Americanistas—Madrid, 1881, T. II, 1883, págs. 150-162. Del mismo género de construcción que las ruinas de Caranqui, son los edificios de Conservidayoc, en Espíritu-Pampa [Perú] que, parece indudable, fueron hechos por los últimos Incas, después de la conquista española (*Bingham*, 1914). Ejemplos de este estilo se ven también en Choquequirau (*Bingham*, *The Ruins of Choquequirau*) I. XLI, figs. A y B.—L. XLII, fig. B y L. XLIII, figs. A y B; en Viticos, última capital de los Incas (*Bingham*, 1912, pág. 182); en Machu-Picchu (*Bingham*, 1913, págs. 482, 35, 38, 40, 46, 49, 59, 70, 75, 76, 78, 85, 507 y 529). Se ven, así mismo, paredes construidas con piedras rústicas en Titicaca (*Bandelier*, 1910,—*Posnansky*, Album fotográfico, 1910.

porque fué llevada y propagada por los misioneros católicos, entre esos pueblos (1).

Pero todas estas deducciones, son muy generales y pasará aún mucho tiempo para que podamos, valiéndonos de la Arqueología, resolver los múltiples problemas prehistóricos que se nos presentan. Otra fuente de investigación podemos explotar y se nos ofrece en las obras de los antiguos cronistas. A ella es preciso que acudamos.

Mucho se ha hablado, y con justicia, de la ambición de los conquistadores, de la sed de oro que incitábalos a las más heroicas acciones, pero les hacía despreciar todo lo que no fuera el rico metal, y destruir objetos y monumentos que, de conservarse, habrían servido para esclarecer tantos problemas de etnografía americana, hoy por hoy de imposible solución; mas es indudable que, entre aquellos audaces aventureros que, buscando fortuna, hirieron de muerte las viejas civilizaciones americanas, hubo también espíritus curiosos y observadores, cronistas prolijos y veraces; y es asombrosa la actividad de algunos de ellos y cómo hallaron tiempo para consignar los recuerdos de las mismas hazañas en que eran actores.

Si de sus relatos no siempre puede deducirse, con precisión, la verdad de los hechos; si en sus escritos se encuentran contradicciones, oscuridades y deficiencias, débese a las especiales circunstancias en que se hallaban sus autores, respecto de los pueblos que trataban de describir o cuyos hechos históricos se empeñaban en recoger. La ignorancia del idioma de los indígenas

(1) "En résumé, la suzeraineté incasique s'est exercée sur toute la vallée interandino, mais d'une façon beaucoup plus efficace et pendant un plus grand nombre d'années sur les provinces méridionales que sur les provinces septentrionales; elle ne s'est jamais étendue sur les plaines du haut Amazone, et, dans la région côtière, elle a toujours été plus nominale que réelle, sauf peut-être dans la partie la plus méridionale, c'est-à-dire, la province de Guayas", *Verneau et Rivet*, 1912, pág. 10.—Confróntese: *González Suárez*, 1892.—1904.—1908.—1915. *Dorsey*, 1901.—*Saville*, 1907.—1910.—*Jijón y Caamaño*, 1912.—1914. Y el interesante estudio del *Dr. Uhle*: "La esfera de influencias del país de los Incas". Lima, 1909.

obligábalas a valerse de intérpretes que, las más de las veces, apenas podrían servir de tales; los azares y agitaciones de una vida rodeada de peligros, la ninguna preparación en varios de los primeros cronistas y soldados a la vez, y la falta de conocimientos necesarios para establecer comparaciones y juzgar rectamente de lo que veían, origen eran de los defectos que encontramos en sus obras. Por otra parte, la falta de escritura en los pueblos de la América Meridional, reduciendo las fuentes históricas casi exclusivamente a la tradición,—puesto que los *quipus* no pueden considerarse sino como un instrumento mnemotécnico,—dificultaba la investigación y originaba las deficiencias, oscuridades, confusión y, no pocas veces, contradicciones que hallamos en los relatos de los cronistas (1).

El autor de la relación que Don Marcos Jiménez de la Espada dió a luz con el título de "*Una antigualla peruana*" nos da cuenta de las dificultades que tuvo que vencer Vaca de Castro para recoger las informaciones relativas al origen del gobierno de los Incas; dice así el

(1) "Acabado de traducir y recopilar un libro que Doctrina Chripstiana se dize, en el qual se contiene la doctrina cristiana y dos vocabularios, uno de vocablos y otro de noticias y oraciones enteras y coloquios y confisionario, quedó mi juicio tan fatigado y mi cuerpo tan cansado, en seys años de mi mocedad que en el gasté, que propuse y había determinado entre mí, de no componer ni traducir otro libro de semejante materia en lengua india que tratase de los hechos y costumbres de estos indios del Perú, por el gran trabajo que dello vi que se me ofrescía, y por la variedad que hallaba en el informarme destas cosas, y ver cuan diferentemente los conquistadores hablan dello y muy lejos de lo que los yndios usaron; y esto creo yo ser porque entonces no tanto se empleaban en saberlo quanto en sujetar la tierra y adquirir, y tambien porque, nuevos en el trato de los yndios, no sabrian inquirillo y preguntallo, faltándoles la inteligencia de la lengua, y los yndios recelándose no sabrian dar entera relación" . . . Juan de Betanzos, 1880. [Carta preliminar al Virrey del Perú, Don Antonio de Mendoza].

"No fue culpa de los naturales, sino descuido de los Españoles porque quando entraron, no atendian a saber las curiosidades desta Monarchia, sino a sujetar la tierra, si no es que digamos a ejecutar su codicia y si algunos desearon saberlas, no podian inquirirlas o sea por las guerras continuas que algunos años uvo con los indios y las civiles entre los mesmos Españoles, o no las inquirieron, porque no sabian las lenguas destes naturales" . . . Calancha, 1638, L. I, cap. XIV, págs. 89-90.

anónimo: "Al tiempo que gobernó en este reino del Perú el licenciado Vaca de Castro, pretendiendo con mucha solicitud saber la antigualla de los indios deste reino y el origen déellos. . . hizo juntar y parecer ante sí a todos los ingas viejos e antiguos del Cuzco y de toda su comarca, e informándose déellos, como se pretendió ninguno informó con satisfacción sino muy variablemente cada uno en derecho de su parte, sin saber dar otra razón, mas que todos los ingas fueron decendientes de Manco Capac, que fue el primer inga, sin saber dar otra razón no conformando los unos con los otros" (1). Luego cuenta como, apurado por esto, Vaca de Castro púsose a investigar quienes podrían darle razón más exacta de los hechos, e informado del nombre de los más famosos *quipocamayos*, hizo venir a cuatro viejos de los cuales averiguó lo que cuenta la relación (2). "Estos quipocamayos—continúa el anónimo autor,—habían sido a manera de historiadores o contadores de la razón, y fueron muchos y en todos ellos había conformidad en sus quipus y cuentas (3).

Sin que esté probada esta conformidad y aunque sea muy discutible el valor documental de los quipus, y el de las informaciones de los indios que los interpretaban, no hay duda que, por mil conceptos, son valiosísimas las relaciones que nos han quedado de los primeros conquistadores y misioneros. En ellas hay que buscar, siempre a la luz de una severa crítica, el esclarecimiento de las oscuras épocas que comprende la prehistoria americana.

Entre los compañeros mismos de Pizarro hubo de aquellos espíritus observadores y curiosos de que hemos hablado.

Bartolomé Ruiz, el primero que descubrió la tierra equatorial, el hábil piloto que en 1526 reconocía por vez primera la Bahía de San Mateo, en la costa de

(1) *Jiménez de la Espada*.—Op. cit. pág. 5, 1892.

(2) Sirvió de intérprete, el indio Pedro Escalante, asistido de Juan de Betanzos y Francisco de Villacastín.

(3) Op. cit., pág. 6. Creen algunos que el autor de la "Antigualla peruana" sea el P. Calancha.

Esmeraldas y se avanzaba hacia el Sur, intrépidamente, por un mar del todo desconocido, no sólo trazaba las cartas de las playas recién descubiertas, sino que también tomaba notas de interesantes pormenores acerca de los indios y las consignaba en una valiosa relación, que ha llegado hasta nosotros (1).

Francisco de Jerez y Pedro Sancho, secretarios de Pizarro, escribieron también relaciones valiosísimas, de las cuales se han servido, más tarde, los grandes cronistas para sus recopilaciones (2). En las informaciones hechas en diversas épocas acerca de las cosas del Perú, hay no pocas en que los declarantes han sido simples soldados o aventureros: frecuentemente se encuentran en sus declaraciones, preciosísimos datos.

Entre los primeros misioneros, curas y religiosos hubo muchos que se dedicaron al estudio de la lengua quichua y algunos dejaron también raras noticias y descripciones de inestimable valor, acerca de los ritos, supersticiones, tradiciones y costumbres de los naturales, en tantos catequismos y confesionarios que, con mucha razón, son buscados como verdaderas joyas por americanistas y bibliófilos.

Hacia la mitad del siglo XVI, aparece ya escrita una crónica tan circunstanciada y verídica, que puede considerarse modelo en su género. Escribióla el va-

[1] Esta relación, así como las de los pilotos *Pedro Corso* y *Juan Cabezas* se hallan recopiladas en el Códice CXX de la Bibl. Imperial de Viena; el cual fue publicado en el T. V de la Col. de Documentos inéditos para la Historia de España. Madrid, 1844.

[2] En el T. V de la Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú (Lima, MCMXVII) acaban de reproducirse estas dos relaciones.—La de *Jerez* se publicó la primera vez en Sevilla, en 1534. Es pues, de los primeros documentos que tenemos acerca de la conquista del Perú. Reimprimiose en Salamanca el año de 1547. Hay cinco ediciones más de esta obra en castellano y numerosas traducciones a diversos idiomas.

La relación de *Sancho* publicóse por primera vez en la Colección de Viajes de Ramucio.—Tomo III.—1556. En la edición de la Biblioteca de Autores Españoles (pág. 338) y en la última ed. de Lima (pág. 77) se ha reproducido también la interesante relación de *Miguel Estete*, (soldado que acompañó a Hernando Pizarro en su viaje a Pachacámac) intercalada en la relación de *Jerez*.

liente soldado Pedro Cieza de León (1) y de ella se aprovechó, con ninguna escrupulosidad de conciencia, el Cronista de Castilla y mayor de Indias D. Antonio de Herrera, para su gran "Historia General de los Hechos de los Castellanos" (2).

Agustín de Zárate, con su importante "Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú" (3) en que con profundidad y acierto recopila para la primera parte las noticias de los escritores más antiguos y en la segunda consigna sus propias observaciones; y Diego Fernández de Palencia, con su no menos interesante libro, (4) dan testimonio de que no eran indiferentes para los conquistadores, empleados públicos o soldados de las recientes colonias, su historia y tradiciones.

Comparable con el de Cieza, a quien el erudito americanista D. Marcos Jiménez de la Espada, llama "Príncipe de los cronistas americanos", (5) considérase,

[1] La primera edición de la "Parte Primera de la Chronica del Perú", se hizo en Sevilla, en 1553. La segunda parte publicóla Jiménez de la Espada en 1880, junto con la relación de Betanzos; antes, en 1877, había publicado él mismo, el tercer libro de la 3ª parte de la Crónica, llamado "Guerra de Quito". El primer libro de esta parte "Guerra de las Salinas", la publicaron el mismo año los Sres. Marqués de Fuensanta del Valle y Dn. José Sancho Rayón, en el T. LXVIII de la Col. de Docts. Ineds, para la Hist. de España; y el 2º. libro "Guerra de Chupas", en 1881, en el tomo LXXVI de la misma Colección. Jiménez de la Espada no pudo terminar la edición de la "Guerra de Quito"; Dn. Manuel Serrano y Sanz, la publicó íntegra, en el T. XV de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1909. De Cieza de León trata largamente Jiménez de la Espada en el Prólogo de la Guerra de Quito. El descubrimiento de la 2ª parte, dió lugar a una agria controversia con González de la Rosa (V. Introd. a los Historiadores del Perú. Lima, 1882).

[2] Madrid, 1601-1615.—Está dividida en 8 décadas y nueve partes. Copia a la letra capítulos enteros de Cieza, sin citarlo.

[3] La primera impresión de la obra de Zárate se hizo en Amberes, el año de 1555, en un tomo en 12º, dedicado al Emperador, quien lo había encargado el manejo de la Hacienda pública en Flandes. Se reimprimió en Sevilla en 1577.

[4] Primera y segunda parte de la Historia del Perú.—Sevilla, 1571.

[5] Carta al Exmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano, Conde de Toreno; en "Tres relaciones de Antigüedades Peruanas".—Madrid, 1879, pág. X y XI.

y con razón, el libro de Betanzos intitulado "Suma y Narración de los Ingas que los yndios llamaron Capac-cuna"... El haber sido Betanzos de los primeros españoles que pasaron al Perú, haberse casado con una hermana de Atahuallpa y haber llegado a poseer con perfección el idioma de los indígenas, hasta poder servir oficialmente de intérprete, son circunstancias que abonan en mucho al referido libro (1).

El Inca Garcilazo de la Vega, cuya autoridad ha sido tan discutida y ha pasado por los dos extremos de considerarse, ya como la más respetable y segura fuente, ya como maravillosa producción de la fantasía y del parcial deseo de engrandecer su materno linaje, presenta de todos modos, en sus "Comentarios Reales" una pintura viva del choque de las dos civilizaciones y retrata, más de una vez con grande maestría, las figuras realmente épicas de los primeros conquistadores, con sus heroísmos y miserias, con sus virtudes y sus vicios (2).

Ni faltan los historiadores generales, como Oviedo (3) y Gómara, (4) que reunieron cuantas noticias pudieran haber por cartas, relaciones, crónicas u otras historias particulares y, con más o menos crítica, unidad y armonía, consignáronlo todo, en obras realizadas por vigoroso estilo y extensa erudición.

Mas hay otras relaciones y tratados que, sin ser tan conocidos, son acaso de mayor importancia, ya por los singulares datos que en ellos se contienen, ya por tratar de asuntos especiales, como las Fábulas y Ritos de los Incas, de Cristóbal de Molina o las Informa-

[1] La obra de *Betanzos*, aunque incompleta, hallóla Jiménez de la Espada en la Biblioteca del Escorial y la dió a luz, en Madrid, el año de 1880, en el mismo volumen que la 2ª parte de la Crónica de Cieza.

[2] Lisboa, 1608-1609. Vide *De la Riva-Agüero* (José). La Historia en el Perú.—Lima, 1910. Confr. *González Suárez*.—Notas Arqueológicas, 1916, § 1, págs. 6 y 7.

[3] La primera edición de *Oviedo*, es de 1526. La edición de Madrid de 1851, a 55 en 4 volms. es muy apreciable.

[4] Primera y Segunda parte de la Historia General, Zaragoza, 1552-1553.

ciones acerca de la Religión y Gobierno, escritas por el licenciado Polo de Ondegardo, o los riquísimos veneros de datos de Acosta, del P. Atienza, de Arriaga, de Sarmiento de Gamboa, etc.

A pesar de esta abundancia de fuentes testimoniales, por las razones que antes hemos apuntado, no puede el historiador narrar, sin vacilaciones y dudas, aun los sucesos más inmediatos a la conquista; ni siquiera aquellos que se realizaron después de la llegada de Pizarro a Tumbes. Al registrar los autores en que el historiador tiene que apoyar su relato, halla, a cada instante discordancias entre ellos, sobre todo en lo que a la cronología respecta, y grandes lagunas imposibles de llenar.

La serie misma de los Incas no aparece igual en todos los cronistas, que podemos llamar originales [desde mediados del siglo XVII la mayor parte de los historiadores de Indias no hicieron sino copiarse unos a otros]. Aun sin tomar en cuenta los que, como Montesinos, [1] establecen una larguísima serie de soberanos antes de Manco-Cápac, divergencias hay en la serie dinástica de Manco, y la cronología del imperio incásico es de todo punto incierta. "Todos los escritores y las relaciones originales que he alcanzado de los quippocamayos de los Incas, dice el P. Anello Oliva [2] convienen en sus nombres

(1) "Memorias antiguas Historiales y Políticas del Perú", 1882, confr.—*Lorente* [Sobastián] *Historia Antigua del Perú*, Lima, 1860.

(2) "Historia del Reino y Provincias del Perú.—Lima, 1859. Según los editores, Pazos Varela, y Varela y Orbegoso, el P. Oliva escribió su "Historia de las Vidas de los Varones insignes de la Compañía de Jesús", el año de 1598.

Dorsey (A Bibliography of the Anthropology of Peru, Chicago, 1898) dice que "Oliva nació en Nápoles en 1593, llegó al Perú en 1597 y murió en Lima en 1642. Es un manifiesto error de *Dorsey* señalar el año 1593 como el del nacimiento de Oliva, pues habría pasado al Perú de solos cuatro años de edad, cuando pasó ya de estudiante de la Compañía. "El 10 de setiembre de 1597 llegó a Lima el P. Felipe Claver, conduciendo doce operarios que a sus órdenes había mandado el General Claudio Acquaviva para la Provincia del Perú, uno de los cuales fue el P. Juan Anello Oliva, estudiante del colegio de Nápoles, de cuya ciudad era natural". (*Torres Saldamando*,

y juntamente en que el primero de todos fué Manco-Cápac, pero no concuerdan en los años que reinaron, ni menos los que vivió cada uno dellos, y mucho menos declaran quando comenzó su señorío y monarchia y por el consiguiente ni el tiempo que duró toda ella; que a saberse éste, con certidumbre, con la misma supiéramos el otro de su origen y principio" (L. I, cap. 2, pág. 19).

Muy diversas opiniones hay acerca de la duración de la dinastía cuzqueña de Manco-Cápac. Algunos historiadores ponen desde este soberano hasta Huayna-Cápac docientos cuarenta años, dando a cada reinado un término medio de veinte años; pero otros avanzan a calcular más de quinientos años de duración. "Unos creen, como Valera que los Incas reinaron de 500 a 600 años; Polo, seguido por Acosta, supone más de trescientos y menos de cuatrocientos; Cabello de Balboa, 519 años, mientras Sarmiento de Gamboa, que cree dar cifras oficiales y detalladas asigna casi el doble a los mismos doce Incas de la tradición. En cambio el cálculo

Lima, 1882, págs. 107-111). *Mendiburu*, en su *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú* (T. VI, Lima, 1885) se limita a decir lo siguiente: "Oliva—El Padre Anello de la—Jesuita, natural de Nápoles, murió en Lima de edad muy avanzada en 1642". De haber nacido, como dice Dorsey, en 1593, no habría muerto sino de 49 años. No sabemos en que se apoyan los editores para aseverar que Oliva escribió su obra en 1598 [de cinco años de edad si aceptáramos la fecha de Dorsey!] pues las aprobaciones, licencias y la carta dedicatoria al P. Mutio Vitelleschi, están fechadas en 1631. Saldamando se equivoca en la fecha de la aprobación dada por el Provincial P. Nicolás Durán, pues no fué el 10 de diciembre sino el 10 de marzo.

León Pinelo (Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Madrid, 1737-38) hace dos obras de la una sola del P. Oliva y la registra en el T. II, tit. XX, col. 761 con el título de "Historia del Reino del Perú" . . . y en el tit. XXIII, col. S32, bajo el de "Vida de los Varones Ilustres de la Compañía de Jesús"; aunque el nombre del autor se ha cambiado en Angelo de Oliva, es uno mismo y una la obra. *Mendiburu*, en el lugar citado, siguiendo a *Pinelo*, cree también que se trata de dos obras y que el "Catálogo y Vidas de los Varones Ilustres" se imprimió en Sevilla en 1632. Este es otro error así como la aseveración de *González de la Hoya* (Intr. a los Hists. del Perú, Lima, 1882, pág. XIV,) de que Oliva escribió su obra en 1639.—*Ternaux-Compans*, publicó en París, en 1857 una traducción de la Historia del Perú. Confr. Biblioteca Hispano-Americana por *José Toribio Medina*, T. II, págs. 360-361.

mas antiguo que es el de la Audiencia de Lima, que pudiera ser obra del Oidor tan competente Bravo de Saravia, acepta que los mismos pudieron reinar tan solo en un período de poco más de 200 años" [1] Dávalos y Figueroa [2] presume que el imperio duró más de trescientos cuarenta años y menos de cuatrocientos. El autor de la "Antigualla Peruana" dice que los Incas reinaron cuatrocientos setenta y tres años [3]. Garcilazo, hace remontar el origen de la dinastía al siglo XI [4]. Calancha opina de igual manera [5] pero un análisis crítico, no puede llevar su origen mas allá del siglo XIII [6]; sin que esto quiera decir que la civilización de los Incas, apareciera de golpe, como quiere la leyenda.

II

Circunscribiéndonos al estudio de la época en que debió verificarse la conquista del Reino de Quito, para sentar las bases de un cálculo aceptable, debemos partir de lo menos incierto a lo incierto, y de lo más conocido a lo que es menos.

Con la muerte de Atahualpa se derrumbó para siempre el trono de los hijos del Sol. Esta fecha consideramos como el término del dominio de los Incas; pues,

(1) *González de la Rosa*.—Ensayos de Cronología incaica, T. IV de la Rev. Hist., Lima, 1909, págs. 41-54. Este autor considera a Manco-Cápac como un personaje puramente mitológico y no lo cuenta en la serie de los Incas: "Este es un punto, que no admito hoy duda alguna: No hay Inca Manco-Cápac y debe borrar-sele definitivamente de la lista de éstos" (Op. cit., pág. 43). Opinión que se refuta por la existencia del Ayllu de Chima-Panaca. (Información de los Ayllus incásicos del Cuzco de 7 de nobre. de 1579. Inédita). Frecuentes son, en los escritos de *González de la Rosa*, las afirmaciones rotundas, como esta de la no existencia de Manco-Cápac.

(2) "Miscelánea Austral", Lima, 1602, Coloquio XXXIII.

(3) Op. cit., pág. 7.

(4) Comentarios, Primera Parte.

(5) Crónica Moralizada, Cap. XVII, pág. 115.

(6) Confr. *Cappa*, 1886, L. I, § 1, pág. 33.—*Larrabure y Unanue*, 1893, págs. 83 y siguientes.—*Barrós Arana*, 1909, Cap. III, pág. 15.—*Uchudi y Rivero*, 1851, págs. 45-46.

aunque en el Perú los hermanos de Atahualpa y en Quito sus capitanes, opusieron alguna resistencia a la invasión española, el imperio había perecido con la ejecución de aquel desgraciado Príncipe. En la plaza de Caxamarca, un día sábado que era 29 de agosto de 1533 "atándole a un madero le hicieron espirar ahogado. Atahualpa, se asegura que contaba entonces treinta años" [1].

Sobre el año en que murió Huayna-Cápac, nos hallamos ya, con grande incertidumbre. "La fecha exacta de este suceso—dice Prescott [2]—aunque tan cerca no a la conquista, no está bien determinada. Balboa, contemporáneo de los conquistadores y que escribió en Quito, donde el Inca murió, lo pone en 1525 [Hist. du Perou, chap. 14]. Velasco residente también en Quito después de examinar las diversas opiniones, viene a convenir con Balboa [Hist. de Quito, T. I, pág. 232]. El Dr. Robertson, habiendo dicho primero que Huayna-Cápac murió en 1529, habla después de este suceso como ocurrido en 1527 [Conf. América, vol. III, págs. 25 y 381]. El que alguna vez se haya visto extraviado en el laberinto cronológico de los antiguos cronistas, no se espantará de encontrar a veces contradicciones semejantes en los escritores que se ven precisados a tomarles por guías". Cieza de León [3] da a entender que Huayna-

[1] *Mendiburu*, 1874, T. I, pág. 401.—*Jerez*, 1862, p. 345.—*González Suárez*, 1891, T. II, pág. 140.—*Velasco*, 1841, T. II, pág. 106. Este autor dice que Atahualpa murió de 45 años de edad.—Ni *Zárate* ni *Gómara* dan la fecha de la muerte del último Inca. Aún sobre esta fecha hay divergencias en los autores: *Calancha* dice: "Fue esta muerte año de mil y quinientos y treinta y dos a tres de mayo día de la Cruz". En uno y dos años han errado los escritores por no haber visto los autos originales de Don Francisco Pizarro (Op. cit., págs. 112 y 113). Pero según *Jerez*, la prisión de Atahualpa se verificó el 16 de nvbre. de 1532 y su muerte en la fecha indicada [Ed. Vedia, pág. 330] y esta es autoridad indiscutible; se equivoca pues del todo el P. *Calancha*.—*Conf. Helps* "The Spanish conquest", 1857, vol. III, pág. 543.—*Córdova y Urrutia*, (1844) dice que aquel suceso se verificó en diciembre de 1532. (*Odrizola*, Docs., Lits., T. VII).

[2] *Prescott*, México, 1849, L. III, cap. II, pág. 383.

[3] *Cieza*, 1880, cap. LXIX, pág. 263.—*Cobo*, T. III, lib. 11, cap. XVII.

Cápac murió poco después de 1526, pues dice que habiendo tenido aviso de la llegada de los españoles, mandó le trajesen uno de los dos extranjeros que, según le informaron, habíanse quedado en tierra, y añade "por este tiempo propagóse una epidemia de viruelas, tan terrible y general que murieron más de doscientas mil almas y atado el Inca, pereció también, víctima de este mal". Lo mismo aparece del relato de Jerez que reproducimos a continuación: "Su padre deste Atabalipa se llamó el Cuzco, que señorió toda aquella tierra; de más de trescientas leguas le obedecían y daban tributo. Fué natural de una provincia más atrás de Guito. . . ocho años há que murió". . . (1) "y así mismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz *siete años* cada uno en la tierra que le dejó su padre; y *podrá haber un año*, poco más, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío (2). Según las informaciones del Virrey Toledo, (3) la muerte del padre de Atahualpa debió acontecer ocho o diez años antes que los españoles entrasen al Perú; mas Córdova y Salinas, (4) afirma que "Huayna-Cápac murió en Quito, cuando estuvo allí por segunda vez" y "a los 16 años de muerto, entraron los españoles al Perú" (5) lo cual hace retroceder muchos años aquel suceso.

Veamos cómo relata Sarmiento de Gamboa (6) la muerte de Huayna-Cápac: "Mas llegado que fué a Quito dióle una enfermedad de calenturas aunque otros dicen que de virgüelas y sarampión. De la cual como se sintiese mortal, llamó a los orejones sus parientes, los cuales le preguntaron, a quien nombraba por su sucesor, y él respondió que a su hijo Ninan Cuyochi si la suerte

[1] *Jerez*, 1891, pág. 102.

[2] *Ibid.*, pág. 104.

[3] Publicó un extracto *Jiménez de la Espada* en el mismo volumen que las *Memorias Antiguas del Perú*, de Montesinos, Madrid, 1882.

[4] *Córdova y Salinas* (Fr. Diego) Lima, 1651, págs. 13 y 14.

[5] *Ibid.*, pág. 33.

[6] "Geschichte des Inkareiches von *Pedro Sarmiento de Gamboa*, Berlín, 1906, págs. 111 y 112.

de la *Calpa* daba buena muestra de que le sucedería bien, y si no, a su hijo Guáscar. . . y para ello mandó que se hiciese la cerimonia de la calpa, la cual fué a hacer Cuxi Topa Yupangui, a quien ya Guayna-Cápac había nombrado por mayordomo mayor del Sol. Y hecha la primera calpa, halló que no le sucedería bien a Ninan Cuyochi, y luego abrió otro cordero y sacóle los bofes, y mirando ciertas venas, halló que tampoco le sucedería bien a Guáscar, y tornando con este recaudo a Guayna-Cápac, para que nombrase otro, halláronle ya muerto, y como quedasen suspensos los orejones en el nombramiento, dijo Cuxi Topa Yupanqui: "Curad vosotros del cuerpo que yo voy a Tumibamba a dar la borla a Ninan Cuyochi" y cuando llegó a Tumibamba halló que era muerto Ninan Cuyochi de la pestilencia de las virgüelas. . . Murió Guayna-Cápac en Quito de *más de ochenta años*. Sucedió de veinte años, fue Cápac sesenta años" (62, pág. 111) "Murió Guayna-Cápac en el año de mil y quinientos y veinte y cuatro" (pág. 112).

Gutiérrez de Santa Clara afirma que el Inca murió de sesenta y cinco años, habiendo gobernado cuarenta [1].

A poco más de cincuenta hace subir el autor de la "Antigualla Peruana", los años de reinado de Guayna-Cápac; [2] y Miguel Cabello Balboa dice que murió "después de haber ensanchado y gobernado su imperio durante treinta y tres años. Esto sucedió el año 1525 de nuestra era". [3] El P. Anello Oliva cuenta que Huayna-Cápac "llegó a Quito, donde hizo alto y se estuvo de asiento por algunos años dexando al gobierno de la ciudad Imperial y de las provincias del Perú a su hijo Vascar que ya era hombre de veinte años y *Valpa el de Quito sería de mas de quince* estúvose largo tiempo entretenido en sus gustos en aquel reino hasta que le dió una graue dolencia que los indios llaman

(1) *Gutiérrez de Santa Clara*, T. III, 1906, cap. XLIX, pág. 442.

(2) *Op. cit.* pág. 20.

(3) *Cabello Balboa*, 1840, cap. XIV, pág. 199.

Vanti y en nuestro romance bubas, que le quitó la vida" [1]. Garcilazo afirma que este suceso ocurrió en 1523 [2]: "Estando Huayna-Cápac en el reino de Quito, un día de los últimos de su vida, se entró en un lago a bañar, por su recreación y deleite; de donde salió con frío, que los indios llaman *chucchu*, que es temblar, y como sobreviniese la calentura, la cual llaman *rupa*, que es quemarse, y otro día y los siguientes se sintiere peor y peor, sintió que su mal era de muerte [3]. Sir Clemens Markham [4] dice: "según unos, Huayna-Cápac murió en Tumibamba y según otros en Quito, en diciembre de 1525, después de un reinado de más de cuarenta años. En las "Repúblicas del Mundo", dice Román: "este Príncipe en su vejez tuvo noticias de nuestros Españoles que avían llegado por mar a la costa de sus reynos; el sabiéndolo quiso informarse de que gente era, y que quería, y respondiendo Francisco Pizarro que querían oro, él les envió cierta cantidad de ello, pero cuando los Indios volvieron con oro a la costa, ya los Españoles eran partidos. En este medio murió el Inga [5]. Fernando Pizarro, en sus "Varones Ilustres del Nuevo Mundo", da a entender que fue en 1525 cuando llegó Francisco Pizarro al Perú y recibió noti-

[1] *Oliva*, Op. cit., cap. 2, § 12, pág. 59.

[2] *Garcilazo*, Primera Parte, Libro IX, cap. XIV, págs. 319-320. "El primer descubrimiento del Perú y la impusición de este nombre fue año de mil quinientos y quince; y don Francisco Pizarro, y sus cuatro hermanos, y don Diego de Almagro, entraron en el Perú para le ganar, año de mil y quinientos y treinta y uno, Huayna-Cápac murió ocho años antes, que fue el año de mil y quinientos y veinte y tres, aviendo reinado cuarenta y dos años, según lo testifica el P. Blas Valera en sus rotos y destrozados papeles".

[3] *Garcilazo*, Cap. XV, pág. 321.

[4] *Markham*, Lima 1895, p. 34. "He died at Quito in 1525—" *The Incas of Peru-London*, 1911, pág. 95 *Ibid.* — pág. 242.

[5] *Fray Gerónimo Román*, Salamanca, 1598, Tercera parte, cap. XI, pg. 188.—Es interesante lo que cuenta *Herrera* [Década IV, pág. 32 y cap. VII, pág. 34] acerca del español Alonso de Molina que se quedó en Tumbes, cuando Pizarro llegó por primera vez a ese lugar. Los indios, refiriéronle las grandezas del Cuzco y de su rey Huayna-Cápac. Estando conduciéndole a donde el Inca se hallaba, en el camino supieron que había muerto y mataron entonces a Molina y sus compañeros.

cias de Huayna-Cápac y entonces, probablemente la recibió éste de los Españoles (1). Pero Herrera pone en duda que el Inca hubiera recibido tales noticias: "Súpose que los de Tumbez enviaron mensajeros al Quito, al rey Guaynacapa, a darle razón de todo, aunque cuando llegó la nueva era muerto, algunos dicen que no, i que embió a mandar, que le llevasen un Castellano de los que se quisiesen quedar entre los Indios, y que después de dada esta orden murió; pero es cierto que fue su muerte en el propio año que Francisco Pizarro llegó a la Costa de su tierra (2). Pizarro volvió a Panamá en los últimos días de 1526 (3). Este viaje emprendió Pizarro a mediados de noviembre de 1524 y un año más tarde llegaba a las costas de Esmeraldas. Acaso de este lugar le llegaron a Huayna-Cápac las primeras noticias de los extranjeros que habían aparecido por el mar. Tal es también la opinión de Velasco (4).

Entre tan divergentes noticias, lo que parece más probable, es que el suceso de que nos ocupamos, no ocurrió antes de 1525; pues no habría entonces podido tener noticias, Huayna-Cápac, de los hombres blancos que se habían acercado a las costas de su imperio; ni después de 1526, pues no habrían transcurrido entonces

[1] *Fernando Pizarro*, Madrid, 1639.

[2] *Herrera*, Madrid, 1726. Decada III, cap. V, pág. 285.

[3] *Ibid.*, pág. 286.

[4] *Velasco*, 1841, T. II, pág. 65. *Velasco* analiza con bastante detención este punto. Respecto a la autoridad de *Velasco*, sólo la aceptamos—y con mucha parsimonia—cuando trata de la historia de los Incas, en la cual sigue a cronistas autorizados. Toda la narración de los famosos Schyris, no puede resistir a un examen crítico y tiene, además, en contra de su autenticidad, pruebas arqueológicas irrefutables. En la *Historia del Reino de Quito*, de *Velasco*, hay mucho de fabuloso e inverosímil. *González Suárez* en sus, "Notas Arqueológicas", (1916, § VIII, pgs. 49-89) hace un estudio crítico muy justo de la obra del P. *Velasco* y de la fe que merece la historia de los Schyris. Antes, en "Los Aborígenes de Imbabura y el Carehi", cuya segunda edición se hizo en 1908, había ya el Ilustre Historiador, expuesto cuan flacos eran los fundamentos en que apoyaba su *Historia*, el Jesuita riobambeno.

los ocho años que ponen los cronistas entre la muerte del Inca Huayna—Cápac y la caída de Atahualpa. (1)

Ménos aún podemos aproximarnos a la verdadera fecha del nacimiento de Huayna Cápac. Según los cálculos de González de la Rosa, (2) aquel príncipe debió nacer en 1470 y morir de 55 años. La reconquista de Quito debió verificarse en 1494 (3) y la conquista del Norte, debió ser por 1499. Atahualpa, según este autor, "tenía 28 años a la muerte de su padre y 36, cuando sucumbió en Cajamarca" (4) "Los cronistas nos dicen prosigue este autor que Huayna-Cápac nació en Tomebamba, al regreso de su padre de la conquista de Quito, *la que duró unos cinco años*, y que el hijo, al llegar al Cuzco, tenía seis de edad, lo que prueba una equivocación y que el nacimiento fue a la *ida* y no al regreso, pues de otro modo, apenas hubiera tenido un año. Así se explica lo que se nos dice al mismo tiempo que su abuelo Pachacútec, que aun vivía, tomó gran cariño al nieto, le hacía comer en su plato y dormía con él, cosa que no se concibe pueda ocurrir con un recién nacido" (5).

Huayna-Cápac era muy joven cuando heredó el trono; tanto que el Imperio fue gobernado por un regente, primo de su padre, llamado Apoc Gualpaya (6). Ya hemos visto que Sarmiento de Gamboa (7) afirma que el Inca murió de más de ochenta años; pero Gutiérrez

[1] Nuestro eminente Historiador Ilmo. *González Suárez*, dice Huayna-Cápac murió el año de 1527 o el de 1526, según la opinión más fundada,..... "El año de la muerte de Huayna-Cápac pudiera ser pues, el punto de partida para la cronología de nuestra Historia, [Tomo I. p. 75] Comprendiéndolo así, hemos tratado con detenimiento este punto.—Conf. *Rivero* y *Tschudi*—1851—p. 45.—*González de la Rosa*.—1909—p. 45.

[2] *González de la Rosa*—Ensayos de Cronología Incaica—Revisita Hist. T. IV. p. 46.

[3] *Ibid.*—p. 45.

[4] *Ibid.* p. 45. Atahualpa debió pues nacer, según estos cálculos, en 1497.

[5] *González de la Rosa*. Op. cit. p. 46.

[6] *Cabello Balboa*, 1840—cap. X. p. 135.

[7] *Op. cit.* p. 111.

de Santa Clara, [1] sólo le da sesenta y cinco, con cuarenta de reinado; mientras el autor de la Antigualla Peruana, dice que éstos fueron más de cincuenta y Balboa sólo pone treinta y tres años de gobierno. [2]

En tan grande confusión, no nos queda otro recurso, que adoptar un término medio que se compadezca con los hechos apuntados por los cronistas y que nos dé, con alguna aproximación siquiera, la época en que Túpac-Yupanqui, se halló en Tomebamba, lugar en donde se asegura nació su hijo y heredero. [3] Esto debió ser por los años de 1465 a 1470. Según los cómputos de González de la Rosa, Túpac-Yupanqui murió en 1488 y sabemos que reinó, durante la vida de su padre Pachacútec unos quince años, [4] y diez después de su muerte, habiendo comenzado a reinar cuando tenía 16 años de edad. Suponiendo que haya tardado cinco años en conquistar las provincias ecuatorianas, hasta llegar a Tomebamba, en donde nació su hijo Huayna-Cápac, tendremos que se inició la conquista incásica de Quito allá por los años de 1460 [5]. Sea como quiera, fue a mediados del siglo XV cuando la influencia de la cultura incásica, se dejó sentir por primera vez, de un modo efecti-

[1] *Op. cit.* p. 442.

[2] Véase arriba pg.

[3] "En la provincia de los Cañaris, afirman que nació Huayna-Cápac, su hijo, y que se hicieron grandes fiestas" Cieza de León—Segunda Parte—Madrid 1880, cap. LVI—p. 213—14.—Balboa—1840.

[4] Confr. *Cobo* 1892—T. III, cap. XIV—p. 167. *Joan de Santacruz Pachacuti Yanguí*—Madrid. 1879—p. 283.

[5] *González Suárez*—Historia General.—T. I p. 53.—"La dominación de los Incas en el centro de la República apenas pasó de medio siglo" ["Atlas Arqueológico—Texto, 1891. Intr. p. 26].... "la dominación de los Incas en el Sur, apenas pasó de medio siglo, y en el Norte no llegó más que a treinta años" (*Ibid*—p. 56) "La civilización incásica, desde un punto de vista cronológico, es en la Prehistoria ecuatoriana una civilización moderna porque comenzó a introducirse en las provincias ecuatorianas sesenta años, poco mas o menos, antes del descubrimiento y de la conquista de ellas por los españoles" [*Prehistoria*. 1904—p. 10]. En los aborígenes de Imbabura y del Careli [1908—Apéndice, p. 97] opina sin embargo, el Ilmo. Sr. González Suárez que la civilización de los Incas en el territorio del Ecuador, "duró un siglo, poco más o menos, desde que los

vo, en el Ecuador; y su duración no fué mayor de ochenta años, acaso duró sólo setenta o setenta y cinco [1]

En la época más brillante de la historia incásica, se verificó, pues, la conquista de Quito, y con ella, el imperio de los hijos del Sol, llegó a su apogeo; pero los ricos y vastos territorios sujetados por Túpac-Yupanqui y Huayna-Cápac no permanecieron sino corto número de años bajo el cetro de los Incas. La influencia civilizadora de éstos debió dejarse sentir con grande fuerza, pues los medios que empleaban los conquistadores para establecer su sistema religioso y de gobierno, eran enérgicos y eficaces. "La dominación de los Incas—escribe González Suárez—dejó, sin duda, impresas huellas profundas en el carácter y en las costumbres de las naciones indígenas ecuatorianas; pero, a nuestro juicio; no las modificó completamente ni las amoldó a esa condición enervante de puros autómatas, en que venía a perderse la personalidad humana".

"La resistencia a los conquistadores españoles prueba clara es de que aun conservaban brío en su ánimo y amor a la independencia". [2] Y esta es una cualidad en que diferían grandemente los pueblos del imperio peruano propiamente dicho y los del antiguo reino de Quito.

hijos del Sol comenzaron a conquistar las provincias del Sur, hasta la conquista de los españoles". Pero en las Notas Arqueológicas [1916—p—187] varoco más formada la opinión del ilustre historiador a este respecto, se formula con mas precisión y se conforma mejor con los cálculos que hemos hecho. Dice así: "Consta de una manera históricamente cierta, que la conquista de los Incas comenzó en el Ecuador unos setenta años, poco más o menos, antes de la llegada de los Españoles al Perú".

[1] *Velasco* (1841. T. II. p. 12 y 13) dice que comenzó a desmembrarse el reino de Quito por las conquistas de Túpac-Yupanqui, hacia 1450 y Huayna-Cápac vino con sus tropas hacia el año de 1475, llegando a los antiguos confines del Reino de Quito.

Pi y Margall: [Barcelona 1888—cap. XX, p. 314] "Emplearon los Incas en la conquista de Quito mas de treinta años. La empezó Túpac-Yupanqui, por los de 1450 y la acabó Huayna-Cápac en 1487".

[2] *González Suárez*—1890—T. I. p. 207.

III

Muy desigual fué la resistencia que ofrecieron los pueblos del Ecuador, a la invasión cuzqueña.

Los ejércitos de Túpac-Yupanqui "más de doscientos mil hombres, con tan gran bagaje que henchían los campos" [1] salieron del Cuzco, al mando de Cápac-Yupanqui, tío del Inca. Del Cuzco se dirigió el grueso del ejército, a Vilcas, y de allí pasó a Jauja donde los Guancas hicieron solemne recibimiento al hijo del Sol. Este despachó mensajeros por todas partes y obtuvo que los habitantes de Bombon, Yauyo y Apurímac se le sometieran. Entre Jauja y Cajamarca tuvo algunas guerras; pero fué sojuzgando todas aquellas regiones, ya ganando la amistad de los naturales con buena maña y tino, ya sujetándoles por medio de las armas. [2]

No es nuestro propósito hacer un relato histórico de las conquistas llevadas a cabo por los últimos Incas. Un trabajo de esa naturaleza requeriría una amplitud que no entra en el marco del presente estudio; ya que todos los hechos deben ser pesados con severa crítica y el investigador se halla, a cada paso, perdido entre las más opuestas versiones. "Es tanta aquí la oscuridad y la incertidumbre —dice un escritor— que con frecuencia atribuyen diversos historiadores, un mismo hecho a distintos incas" [3] y el célebre americanista Jiménez de la Espada, hablando de las relaciones de los cronistas, acerca del imperio del Cuzco, se expresa así: "En los escritos suyos llegados hasta nosotros, se notan dos maneras diferentes, y por lo regular bien definidas de exponer los hechos más culminantes y trascendentales de la vida y cultura de la raza inqueña. Unos los acumulan en un solo reinado, el de Huira-Cocha, el de Pachacútec o el de Túpac-Inca-Yupanqui, dejando a sus ascendientes (salvo el gran Manco-Cápac a quien rodean casi siempre las prestigiosas nieblas de la fábula) en la semioscuridad de la insignificancia, y para sus descen-

[1] *Cieza de León*—Segunda Parte—1880—cap. LVI—p. 209.

[2] *Cieza*—Segunda Parte.—Cap. LVI—p. 210

[3] *Pi g Maryull*—1888, cap. XXI—p. 325.

dientes, el oficio de meros continuadores del estado de cosas que encontraron al ceñir a sus sienes la *masca-paicha* o borla imperial, y sin otra obligación, demás de ésta, que la de extender a los cuatro *suyas* o rumbos cardinales, por medio de amigables anexiones o por la fuerza de las armas, el territorio del imperio, la religión solar y la sagrada y servil obediencia, con los cuantiosos provechos que le correspondían como hijo del astro más luminoso del cielo. Otros reparten los hechos y adelantos realizados por la dinastía de Manco entre los diferentes soberanos, siguiendo una ley ascendente o progresiva, con la cual se acomoda mejor (o se contenta) nuestro moderno criterio y se libra de meterse en más honduras y tiene lo suficiente para asentar un fundamento razonable de la paleohistoria peruana" (1).

Larga tarea sería pues, tratar de esclarecer los mil puntos oscuros de la historia incaica. Viene a nuestro propósito, solamente señalar, cuál fue la marcha de la influencia cuzqueña en las provincias del reino de Quito y cuál la manera de imponerse en las diversas regiones del Ecuador; para ello nos apoyaremos en los relatos de los más autorizados cronistas.

Cieza de León (2) dice que Túpac-Yupanqui "por los Bracamoros entró y volvió huyendo, porque es mala tierra aquella de montaña; en los Paltas y en Guanacamba, Caxas y Ayavaca y sus comarcas, tuvo gran trabajo en sojuzgar aquellas naciones, porque son belicosas y rebustas, y tuvo guerra con ellos más de cinco lunas; mas al fin ellos pidieron la paz, y se les dio con las condiciones que a los demás; y la paz se asentaba hoy y mañana estaba la provincia llena de mitimaes y y con gobernadores sin quitar el señorío a los naturales; y se hacían depósitos y ponían en ellos mantenimientos y lo que más se mandaba poner; y se hacía el real camino con las postas que había de haber en todo él".

(1) *Jiménez de la Espada*; en el prólogo al libro "De las antiguas gentes del Perú"—Madrid, 1892—pgs. XX. y XXI.

(2) *Cieza*.—Segunda Parte—cap. LVI—pgs. 211—12.

Tal era el sistema empleado por los Incas para consolidar su dominio; así se explica la absorción de la cultura indígena, la superposición, sin que se fundan en uno, del arte de los conquistadores y del de los aborígenes; así, el que prevaleciera la lengua de aquellos, sin desaparecer las de las parcialidades subyugadas. Pueblos enteros de dóciles y disciplinados peruanos, adoradores del Inca en quien veían una encarnación de la divinidad, y a quien obedecían ciega y rendidamente; pueblos que, por un singularísimo régimen de gobierno, habían perdido la propia iniciativa y personalidad, eran plantados en medio de las tribus que de un modo u otro se anexionaban al imperio; y en la nueva patria, si así puede llamarse el lugar que les designaba como tal el Señor absoluto, proseguían la vida que habían llevado en el lugar de donde fueron arrancados, cultivaban los campos, celebraban sus fiestas y ceremonias religiosas, edificaban sus templos, vigilando, al mismo tiempo, y manteniendo en sujeción a los pueblos que les rodeaban. Poco a poco, la influencia se ejercía y modificaba las costumbres, y las tribus guerreras habituábanse a la quietud y sosiego y la reglamentación estricta a que estaba sujeto todo, hasta los actos privados, como la hora de comer y dormir, iba estrechando a los pueblos en la férrea disciplina del imperio y dándoles cierta unidad social, que facilitaba el predominio absoluto del clan incásico. Pero no sólo consistía este vigoroso medio de asimilación, en el establecimiento de extranjeras familias entre las de los pueblos conquistados, sino que, al mismo tiempo, numerosos individuos de la parcialidad vencida eran trasplantados a lejanas regiones: "y porque la fuerza de la guerra no estuviere en una nación, ni presto supiesen concertarse para alguna rebelión o conjuración, sacaban para soldados destas capitanías, mitimaes de las partes y provincias que convenían, los cuales eran llevados a donde digo, y tenían sus fuertes, que son *pucañes*, para defenderse, si tuviesen necesidad". [1]

(1) *Cieza de León*.—Segunda Parte, 1880. Cap. XXII. p. 87.

Balboa afirma que fué Túpac-Yupanqui el primero que estableció este sistema de mitimaes, [1] si bien es cierto, que a este soberano atribuye la mayor parte de las conquistas y reformas que se llevaron a cabo en Tahuantinsuyu. La expatriación forzada se verificó en escala muy grande con los Cañaris: "mando que fuesen dellos mismos al Cuzco, a estar en la misma ciudad, más de quince mil hombres con sus mujeres y el señor principal dellos, para los tener por rehenes, y fue hecho como se mandó". (2) De igual manera relata Cobo este suceso: "Este Inca llegó hasta los límites de Quito, hizo la guerra a los Cañaris y asoló sus tierras... enviando muchos millares déllos con sus familias al Cuzco, por mitimaes" (3) Cieza de León dice que los Cañaris opusieron gran resistencia. Garcilazo, que era ésta, gente "crecida belicosa y valiente"; [4] mas al recibir los mensajes de Túpac-Yupanqui para que se rindiesen, únos aconsejaron la guerra; pero la mayor parte optaron por rendirse, pues veían que era imposible resistir.

Sarmiento de Gamboa cuenta que el Inca a "los Cañaris con dársele, aunque de miedo, les prendió sus *Sinchos*, nombrados Písar Cápac y Cañar Cápac y Chica Cápac y edificó una fortaleza inexpugnable en Quinchicaxa"; [5] pero Balboa dice que si se sometieron al principio al Inca y le abrieron sus ciudades de Cañaribamba y de Tomebamba, se sublevaron luego, y fue para tenerlos sujetos, que hizo construir el conquistador, las fortalezas en Quinchicaxa, en donde puso guarniciones de mitimaes, así como también, edificó los fuertes

(1) *Cabello Balboa*.—Ed. de Tornaux-Compaus—1840. Cap. VIII—pgs. 113 y 114.

(2) *Cieza de León*. Op. cit. Cap. LVI, p. 212.—*Herrera*: Década V. Lib. III, Cap. XIV, p. 75.—En la sublevación de los Cañaris en Chayanta, [1780] jugaron un papel muy importante, en favor de los españoles, los cañaris residentes, desde siglos atrás, en los alrededores de la ciudad de La Plata. (Informe de la Real Audiencia de La Plata al Rey.—Chuquisaca. Mayo 15 de 1781.—Ms. original, Bibl. Jijón)

[3] *Cobo*: 1892.—T. III, Cap. XIV, p. 170.

[4] *Garcilazo*: 1723.—Cap. V, p. 269.

[5] *Sarmiento de Gamboa*: 1906.—44, p. 87—90.

del Azuay y Tiocaxas, para resistir a los Puruhaes y a los Chimbos; y la fortaleza de Pomallacta, contra las tribus insumisas que tenían por jefes a Apoc-Chavan Callo y a Apoc-Anto. En la fortaleza de Tomebamba se dice que nació Huayna-Cápac. [1] Oliva afirma que en esta conquista empleó Túpac-Yupanqui, tres años [2].

Contra la afirmación de todos los autores que hemos citado, Montesinos, atribuye la conquista del antiguo Reino de Quito a Huirac-Cocho, quien, dice, salió del Cuzco, poco después del nacimiento de Túpac-Yupanqui, con más de treinta mil hombres; llegó sin dificultad hasta la provincia de los Paltas y ordenó el traslado de éstos a otros valles del Imperio. Tuvo noticia, por los espías que enviaba, de que los Cañaris se aprestaban a resistir fuertemente, "que habían elegido por caudillo a un señor llamado Dumma, y que éste había convocado a los señores de Macas, Quizna y Pumallacta". (3) Largo tiempo, según este autor, combatió el Inca a los Cañaris hasta sujetarlos a su dominio; en este tiempo "le vinieron a dar la obediencia, los indios que habitaban entonces de esta otra parte del río Guayaquil". (4) Y aún da a entender Montesinos que esta fue una reconquista, pues antes, al hablar del Sinche Cozque Pachacuti, se expresa así: "Este Pachacuti, dicen los antiguos amautas, que ganó todo el Reino del Pirú, excepto la provincia de Chachapoyas y parte de los Llanos, hasta la provincia de Quito, que luego se

[1] *Balboa*: 1840.—Acerca de los edificios de Tomebamba, véanse: *Cieza*: Primera Parte de la Crónica del Perú—1553. Cap. XLIV, folio LV vuelto.—*Alejo*: Diccionario Geográfico.—1789. T. V, p. 169.—*Cabello Balboa*: 1840.—Cap. XI.—*Humboldt*.—Sitios de las Cordilleras—1878. p. 351—359.—*González Suárez*: 1878. Cap. V, p. 39 y Cap. VI, p. 46.—*Bamps*: Tomebamba—1887. Esta monografía no es sino un extracto, podríamos decir una traducción de las noticias contenidas en la anterior obra del sabio Arzobispo de Quito.—*Verneau et Rivet*: Ethnographie Ancienne de l'Equateur—1912—pgs. 99. a 106.

[2] *Oliva*: Op. cit. 1895—Lib 2º Cap. II, p. 54-55.

[3] *Montesinos*: 1882—Cap. XXIV, p. 138.

[4] *Montesinos*: 1882.—p. 140.

reveló y después de muchos siglos, se volvió a unir a este Imperio". (1)

Hemos visto que la mayor parte de los cronistas, contradicen a Montesinos. Las informaciones del Virrey Toledo, (2) atestiguan que en éste, como en otros muchos puntos, las memorias de Montesinos, carecen de verdad histórica. También Cabello Balboa atribuye a Inca Yupanqui, según dice, padre de Túpac-Yupanqui, muchos de los hechos que los historiadores ponen como realizados por éste. Nosotros creemos, con la exposición hecha de lo relatado por los principales cronistas, haber esclarecido este punto: La verdadera influencia cuzqueña comenzó en el Ecuador, en tiempo del Inca Túpac-Yupanqui.

Garcilazo nos cuenta, en pocas palabras, cómo aquel Príncipe extendió sus conquistas, después de haber sojuzgado la provincia de Tomebamba: "Ganó muchas provincias que hay hasta los confines del Reino de Quito, en espacio de pocas menos de cincuenta leguas, que las más nombradas son Chanchán, Moca, Quesna, Pumallacta, que quiere decir, Tierra de Leones, porque se crían en ella más que en sus comarcas, y los adoraban por dioses, Ticçampi, Tiucasa, Cayampi, Urcollasu, y Tincuracu sin otras muchas, que ai en aquella comarca de menos cuenta; las cuales fueron fáciles de ganar, que las más son mal pobladas, y de tierra estéril, de gente muy rústica, sin señores ni Gobierno, ni otra policía alguna, sin ley, ni Religión" (3).

[1] *Montesinos*: Op. cit. Cap. V, p. 28.—Balboa da el nombre de Pachacuti a Topa Inga o Túpac-Yupanqui, que casó con su hermana Mama-Oello y tuvo por hijo a Huayna-Cápac. Pero este Pachacuti de Montesinos, no pertenece a la dinastía de Manco Cápac Inca, sino a la de los Sinehis que la precedió.

[2] Informaciones acerca del Señorío y Gobierno de los Incas.—1570—1572.

Jiménez de la Espada las publicó en resumen, el año de 1882.

[3] *Garcilazo*: *Primera Parte de los Comentarios Reales*, 1723—Lib. 8 Cap. VI, pag. 271.—Véase lo que, acerca de Garcilazo, dice González Suárez en sus *Notas Arqueológicas*, Quito, 1915, pgs. 6 y 7.

No se pierda de vista que Garcilazo exagera sistemáticamente el estado de barbarie de los pueblos que los Incas conquistaban, así como las excelencias del gobierno de los soberanos del Cuzco y su grande adelanto y cultura. En el Ecuador, al tiempo de la conquista incásica, florecían varios pueblos con una civilización propia que era el producto de la cultura autóctona y de las influencias ejercidas, en diversos tiempos, por otros pueblos del continente. La gran cultura de Manabí, se hallaba entonces en decadencia.

Los cronistas cuentan que los habitantes de Portoviejo enviaron al Inca embajadores y éste les mandó también sus delegados; pero fueron muertos por los indígenas. Túpac-Yupanqui no castigó por el momento esta felonía, pues resolvió volver al Cuzco. Allí permaneció algunos años antes de proseguir la conquista de Quito. Para esta empresa marchó con cuarenta mil hombres a Tomebamba de donde, según Garcilazo, mandó mensajes al Rey de Quito, para que se le rindiera, mas éste contestó soberbiamente, rechazando los requerimientos del Inca. "Viendo Túpac-Yupanqui que la conquista iba muy a la larga, embió por su hijo primogénito llamado Guayna-Cápac, que era el Príncipe heredero, para que se ejercitase en la Milicia. Este Príncipe, que era ya de cerca de veinte años, reforço la guerra y fue ganando el Reino poco a poco, ofreciendo siempre la Paz" (1)

Cieza de León da algunos otros detalles: "Puesta en orden la tierra de los Cañaris, fuese para Tiquizambi, Cayacombe, (2) los Puruaes y otras muchas partes"... "En Latacunga tuvo recia guerra con los

[1] *Garcilazo*, Op. cit., Cap. VII, pág. 273.

A Garcilazo sigue en sus "Recuerdos de la Monarquía Peruana" Dn. *Justo Sahuaraura Inca*.—París, 1850, Cap. XI, pág. 37. Este autor dice que Túpac-Yupanqui eligió por General de los cuarenta mil hombres con que emprendió la conquista de Quito, a Apu Sahuaraura, hijo del Inca, quien, después de llamar a su hijo y heredero, Huayna-Cápac, regresó al Cuzco, para ocuparse del gobierno de Tahuantinsuyu y continuar el edificio de la fortaleza de Sacshuamán.

[2] Así en el Ms. de la Biblioteca del Escorial. Código L-j-5

naturales, y asentó paz con ellos, después que se vieron quebrantados, y mandó hacer tantos y tan insignes edificios por estas partes, que excedían en perfección a los más del Cuzco. Y en Latacunga quiso estar algunos días, para que sus gentes descansasen"... "De Latacunga anduvo hasta llegar a lo que decimos Quito, donde está fundada la ciudad de Sant Francisco del Quito, y pareciéndole bien aquella tierra, y que era tan buena como el Cuzco, hizo allí fundación de la población que hobo, a quien llamo Quito, y poblola de mitimaes, y hizo hacer grandes cavas y edificios y depósitos diciendo "El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino, por otra ha de ser el Quito". Dió poder grande al gobernador de Quito; por toda la Comarca del Quito puso gobernadores suyos y delegados; mandó que en Caranqui hobiese guarnición de gente ordinaria para paz y guerra; y de otras tierras puso gente en éstas, y destas mandó sacar para llevar en las otras" (1). Este interesante relato, confirma lo que antes habíamos dicho respecto de Quito: su importancia data de la invasión cuzqueña; el conquistador halló una población de cierta importancia, pero eligió principalmente el valle de Quito como asiento para una gran población de mitimaes y para residencia suya, por la suavidad del clima y por la estratégica posición que permitía hacer de Quito una plaza fuerte inexpugnable.

Cieza prosigue la relación de los hechos de Túpac-Yupanqui y dice que permaneció algún tiempo en Quito; desde donde envió los embajadores a Portoviejo, que habiendo sido muertos por los costeños, juró el Inca tomar venganza de este hecho; pero desistió de realizar en seguida esa expedición, por tener que volver al Cuzco (2).

En Quito dejó de gobernador a Chalco-Mayta anciano orejón, muy entendido en cosas de gobierno,

(1) *Cieza de León*, 1880, Cap. LVI, págs. 212-14.
Herrera, Década V, Lib. III, Cap. XIV, pág. 75.

(2) *Cieza*, Op. cit., Cap. LVII, pgs. 214-15

esforzado y de gentil presencia y habiendo mandado mensajeros a los llanos y recibido presentes y embajadas de aquellas partes, salió de Quito y dirigióse hacia los Yuncas, pasando por Tumbes (1).

De los relatos de los cronistas se desprende que Túpac-Yupanquí hizo dos viajes desde el Cuzco, para la conquista de Quito, habiendo realizado el primero cuando aún vivía su padre (2). Volvió al Cuzco después de seis años, con su hijo Huayna-Cápac que le había nacido en Tomebamba. Varios años transcurrieron entre la primera y la segunda expedición: en este tiempo ensanchó los términos del Imperio por las regiones del NE. del Cuzco y por la parte de Chile (3). En el segundo viaje llegó a Tomebamba, en donde se detuvo también algún tiempo mientras reforzaba su ejército; llamó entonces a su hijo Huayna-Cápac que a la sazón tenía cerca de veinte años de edad (4), para que le acompañara en las conquistas que había emprendido. Cosa de catorce años habían pasado, pues, desde que volvió al Cuzco, desde esa misma ciudad de Tomebamba. No hay duda que en este segundo viaje, Túpac-Yupanquí se ocupó principalmente de reconquistar territorios que en el primero había subyugado; pues la sujeción de las provincias situadas al Norte del Azuay había sido de duración efímera, y sólo habíase mantenido mientras los ejércitos del Cuzco ocupaban el territorio: Cuando éstos se retiraban, quedando sólo las guarniciones en las fortalezas y los pueblos de mitimaes, las parcialidades que podían se esforzaban por sacudir el yugo del conquistador y recuperar su independencia. La unidad de Tahuantinsuyu era más aparente que real.

No podemos precisar hasta donde avanzó Túpac-Yupanquí en su segunda expedición, porque ej

(1) *Cieza*, Op. cit., pg. 217.

(2) *Sarmiento de Gamboa*, 1906, § 46, pg. 89.—*Garcilazo*, Op. cit., Cap. VIII, pág. 275.

(3) "Este fue hombre valentísimo y de gran gouierno sujetó a su imperio toda la tierra desde Quito hasta Chile", *Ramos Gavilán*, 1621, Cap. II, pg. 10.—*Sarmiento de Gamboa*, Op. cit., pg. 101.

(4) *Garcilazo*, Op. cit., Cap. VII, pg. 273.

relato de Balboa no puede aceptarse sin restricciones, y los demás cronistas e historiadores opinan muy diversamente (1). El hecho es, que volvió al Cuzco, en donde murió.

"Al dicho señor sucedió Guaynacápa que quiere decir mancebo rico o valeroso, y fue lo uno y lo otro más que ninguno de sus antepasados ni sucesores... Este extendió su Reino mucho más que todos sus antepasados juntos" (2). Según los indios que le conocieron, era "de no muy gran cuerpo; pero doblado y bien hecho; de buen rostro y muy grave, de pocas palabras, de muchos hechos; era justiciero y castigaba sin templanza" (3).

Huayna-Cápac, después de la muerte de su padre, empleó algunos años en visitar diversas provincias del imperio y pacificar las que se habían revelado. Con doscientos mil hombres de guerra, sin los yanacunas y mujeres de servicio se dirigió a Cinchasuyu, según relata Cieza de León. En los Chachapoyas halló gran resistencia, tanto que por dos veces volvió huyendo a sus fuertes. Igual cosa le aconteció en la tierra de los Bracamoros, a los que tampoco pudo sujetar. "Se afirma también—prosigue Cieza—que envió capitanes con gente, la que bastó, a que viesen la costa de la mar lo que había a la parte del Norte, y que procurasen atraer a su servicio los naturales de Guayaquil y Puerto Viejo; y que estos anduvieron por aquellas comarcas, en las cuales tuvieron guerra y algunas batallas, y en unos casos quedaban vencedores y en otros no del todo; y así anduvieron hasta Collique (Coaque?) donde toparon con gentes que andaban desnudas y comían carne humana y tenían las costumbres que hoy tienen y usan los comarcanos al Río de Sant Juan" (4). Cobo afirma tam-

(1) Conf.: *Cieza de León*, Segunda Parte, Cap. LVI.

Cevallos (Pedro Fermín), Resumen de la Historia del Ecuador, Lima, 1870, T. I, Cap. I.—Monografía del Cantón de Otavalo, 1909.

(2) *Acosta*, 1894, Cap. XXII, pg. 207.

(3) *Cieza*, 1880, Cap. LXL, pg. 233.

(4) *Cieza de León*, 1880, Op. cit., Cap. LXIV, pgs. 246-47.

Confr. *Ramos Gavilán*, 1621, Cap. II.

bién que Huayna-Cápac combatió a los Chachapoyas que se habían revelado, y visitando las provincias de la sierra llegó a Quito, de donde volvió al Cuzco a preparar un ejército más numeroso para continuar sus conquistas hacia el Norte. Cuando todo lo hubo preparado, se vino a Tomebamba en donde se detuvo un tiempo y mandó edificar un palacio para sí y un templo para sus dioses (1).

Entre tanto, sus capitanes habían avanzado hacia el Norte y obtenido al principio grandes victorias; pero habiendo sufrido una derrota y enviado noticias al Inca de la situación en que se hallaban, partió él mismo con fuerzas numerosas y arrasando cuanto hallaba a su paso en la tierra de sus enemigos, los combatió hasta sujetarlos enteramente. Cobo dice que volvió a Tomebamba y de allí emprendió la conquista de los Cayambes, en la que gastó mucho tiempo y sacrificó innumerable gente.

Según Balboa, las tropas de Huayna-Cápac, salieron de Tomebamba hacia las sierras; tomaron por las crestas de la cordillera, atravesaron los páramos y llegaron hasta la región de Pasto, con cuyos habitantes combatieron. Después de vencidos los Pastos y de haber construido la fortaleza que se halla en el camino real de Rumichaca, bajó a los valles y volvió a Tomebamba (2). Aquí dejó pasar la estación de las lluvias y se dispuso para volver al Norte a atacar una fortaleza de los Caranquis, que no se le habían sometido, y que interrumpía las comunicaciones con la guarnición dejada en Rumichaca. Realizó este segundo viaje y en

Gutiérrez de Santa Clara, T, III, 1905, Cap. XLIX, pgs. 439 y 440.

Oliva, 1895, Lib. 2º, Cap. II, pgs. 54 y 55.

Dejardins, 1858, III, pgs. 79-80.

Hubo, indudablemente, una invasión de gente bárbara en las costas de Esmeraldas y de Manabí; que contribuyó a la decadencia de las muy notables civilizaciones que florecieron en estas dos provincias ecuatorianas.—Conf. *Saville (Marshal H.)*, 1907 y 1910.

(1) *Cobo*, Tomo III, Cap. XVII, pg. 187.

(2) *Miguel Cabello Balboa*, Miscelánea Austral, 1840, Cap. XI, pgs. 150-153.

él acabó de sujetar con su armada a los Puruhaes, Angamarca, Tomavelas, [1] Puchos, Latacungas y otros. Cuando las tropas llegaron a Cochasquí, encontraron a los habitantes atrincherados en un fuerte que habían construído en unas rocas escarpadas; en este punto Huayna-Cápac fue rechazado con grandes pérdidas; mas, al fin, con el apoyo de los mismos naturales de la región, pudo tomar la fortaleza, en donde puso una considerable guarnición de gente escojida; lo mismo hizo en la fortaleza de Guachalá, de la cual se apoderó poco tiempo después. Los enemigos atravesaron las montañas y se retiraron a Otavalo. El Inca se apoderó primeramente de todo el territorio circunvecino y fue estrechando a las tropas enemigas que fueron concentrándose en la fortaleza de Caranquí [2]. Estas mismas acciones atribuyen otros historiadores a Túpac-Yupanqui.

Gamboa asegura que los Quitus y Cayambes habíanse alzado y dado muerte a los gobernadores que por esas tierras dejó Túpac-Yupanqui, y que entonces partió Huayna-Cápac a combatirlos con un ejército numeroso de Hurincuzcos, que llevaban por capitán a Michi y de Anancuzcos, bajo las órdenes de Auqui-Topa, y añade: "otros dicen que los nombrados fueron Apo Hilaguita y Auqui-Topa-Inga" [3].

La conquista de los Cayambes fue sin duda, la que más trabajo costó a los ejércitos peruanos. Eran los Cayambes, aguerridos, valerosos y su número considerable. Acaso haya sido ésta la más importante nación de todas las existentes al Norte de Puruhá; extendíase por buena parte de las dos actuales provincias de Imbabura y Pichincha; probablemente, por todo el territorio de la sierra, en que hoy se encuentran las *tolas* y tenían varias plazas fuertes como Cochasquí, Guachalá, Tonatque (Atuntaqui) y Caranqui. En esta última forta-

(1) "Pueblo de la Provincia y Corregimiento de Chimbo en el Reyno de Quito".—[Alcedo, Op. cit., T. V, pg. 169.—Madrid, 1789].

(2) *Balboa*, Op. cit., pgs. 156-57.

(3) *Sarmiento de Gamboa*, 1906, pg. 105.

leza habíanse concentrado fuerzas de las parcialidades de Cayambe, Otavalo y otros muchos pueblos.

El Inca había hecho levantar fortalezas o pucaraes en las colinas que dominaban los valles, en las gargantas que podían dar paso a los enemigos y en lugares estratégicos de las cordilleras. Todos los pasos de los valles de Puenbo y Pifo hacia el Sur, estaban fortificados. Reproducimos nosotros el plano de la fortaleza de Guanguiltagua [1] [L. XLIV] levantada en una de las pendientes más ásperas y avanzadas sobre el pueblecito de Guápulo y desde la cual domináanse los valles de Cumbayá y Tumbaco. Guanguiltagua cierra, por el lado occidental y Sur, el paso que, por el abra del Machángara, existe entre los valles antedichos y el de Quito. Esta fortaleza forma parte del gran sistema defensivo organizado por los Incas, y del cual se servían como punto de apoyo para sus avances progresivos [2]. Cieza de León dice que las tropas del Inca fueron atacadas tan reciamente, que, de no haber existido estas fortalezas, con tanto arte construídas, la derrota hubiera sido segura [3]. El Inca, atrincherado en uno de esos fuertes, esperó le llegaran los refuerzos que había pedido y cuando hubo engrosado su ejército, decidió atacar; pero los enemigos que también habían reforzado sus filas, acometieron con tal furia, que rompieron dos cercas de la fortaleza, "que a no haber otras que ivan rodeando un cerro, sin duda por ellos quedara la victoria; mas como su usanza es hacer un cercado con dos puer-

(1) Descubierta por *Jijón y Caumaño* en 1907.

Estos pucaraes, no son propiamente plazas fuertes, sino, más bien, campos atrincherados; muchos debieron ser hechos con grande prisa; talvez sirvieron algunos, solamente para que las tropas pasaran la noche en seguridad. Este género especial de fortificaciones, abunda en el Ecuador. Confr. *Uñe*: Fortalezas Incaicas Incallacta-Machupicchu. Santiago de Chile, 1917.

(2) "Como todos los afanes del Inca se cifraban en la seguridad del país y en mantener a su pueblo dentro de los límites de una perfecta subordinación, se comprende que pusiera el mayor cuidado en la construcción de las fortificaciones y caminos para el paso de ejércitos" (*Cronau*, Barcelona, 1892, T. II, pg. 300).

(3) *Cieza*, 1880, Cap. LXVI, pgs. 252-255.

tas, y más alto, otro tanto, y así hacer en un cerro siete u ocho fuerzas, para si la una perdieren subirse a la otra, el Inca con su gente se guaresció en la más fuerte del cerro, donde, al cabo de algunos días, salió y dio en los enemigos con gran coraje" (1). Este es un episodio de la guerra que, según González Suárez duró diez y siete largos años (2) y que no terminó sino con la gran matanza ocurrida a orillas de la laguna, que por haber quedado con sus aguas tintas en sangre, se llamó desde entonces Yahuar-cocha.

Hay mucha variedad en la narración que los cronistas hacen de estos sucesos (3). En *Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi* dice González Suárez: "Acaso, no nos apartaremos enteramente de la verdad, si decimos que Huayna-Cápac se dió maña para hacer pasar un cuerpo de tropas por la cordillera del Norte, a la actual provincia del Carchi, con cuyo arbitrio acometió de frente y por las espaldas a los Caranquis, en quienes, después de vencidos ejecutó venganzas sangrientas" (4). Esta opinión parece confirmada por Balboa (5). Lo único que puede afirmarse con certeza, es que la guerra con los Cayambes fue de larga duración (6) y

[1] *Cieza*, Cap. LXVII, pgs. 256-57.

[2] "Huayna-Cápac tardó diez y siete largos años en someter al Régulo de Cayambo, quo, confederado con el de Otavalo y con el de Caranqui, opuso al Inca resistencia tonaz y vigorosa" *González Suárez*, 1908, pg. 20.

[3] Confr. *Cieza*, 1880, Cap. LXVII, pgs. 256-57 — *Sarmiento de Gamboa*, 1906, Cap. LX, p. 105-109. — *Santacruz Pachacuti*, 1879, pg. 306. — *Cabello de Balboa*, 1840, Cps. XI a XIII. — *Montesinos*, 1882, Cap. XXVII. — *Cobo*, 1892, Cap. XVII. — *Apolonius Levinus*, *De Peruvic Regionis-Antuerpiæ*, 1567.

[4] *González Suárez*, 1908, pg. 20.

[5] *Cabello Balboa*, Op. cit., Cap. XIII, pg. 173 y sgts.

[6] *González Suárez* cita un documento del "Real Archivo de Indias de Sevilla" relativo a los servicios que el cacique de Cayambe prestó a los conquistadores castellanos, acompañando a Rodrigo Núñez de Bonilla a la expedición de Quijos en 1579. En el mismo expediente consta que Nazacota Puento, régulo de Cayambe, sostuvo la guerra contra Huayna-Cápac durante diez y siete años: este régulo tenía bajo su dependencia a los señores de Cochasquí, de Porucho, de Otavalo y de Caranqui. "Aborígenes", 1908, Cap. II, pg. 20. Nota.—(Hemos tenido, además, a la vista, las notas originales del Ilmo. Arzobispo de Quito, acerca de este documento).

que terminó con la batalla de Yahuar-cocha, en que pereció un muy considerable número de combatientes.

Después de esta victoria, Huayna-Cápac siguió hacia el Norte, sujetó a los Quillasingas [1] y avanzó hasta la región de los Pastos, desde donde volvió a Quito [2] y por entonces recibió la nueva de haber llegado gentes singulares a las costas del Pacífico.

Los cronistas relatan los hechos de armas de Túpac-Yupanqui y de Huayna-Cápac, de tal modo, que pudiera creerse atribuyen unos al primero y otros al segundo, indistintamente, hechos que ocurrieron en uno de los dos reinados; pero un atento estudio y comparación de los textos, lleva al convencimiento de que, en tiempo de cada uno de los dos últimos Incas, anteriores a la conquista española, se verificaron hechos idénticos: debieron repetirse las mismas incursiones en territorios enemigos, las mismas conquistas y guerras. Lo cual es una prueba de que la sujeción de las diversas parcialidades indígenas, en muchos casos no era sino aparente; y que en otros, lo único que habían podido hacer las tropas cuzqueñas, era apoderarse del territorio, asolar los campos y saquear las poblaciones; mas nó sujetar a sus habitantes, que aprovechaban de la primera coyuntura para recuperar su independencia y libertad [3].

Desde el primero de los Incas, el Imperio del Cuzco comienza a extenderse poco a poco: el clan incásico va dominando a los demás, subyuga las parcialidades circunvecinas y se anexiona los territorios de éstas. Con Lloque-Yupanqui, comienzan las conquistas a ser considerables; y adquieren grande incremento estas correrías e incursiones en las provincias vecinas, durante los reinados de Viracocha y de Pachacútec. En tiempo de este último, los límites del Imperio del Sol, se encuentran bien distantes del centro. Túpac-Yupanqui lleva

(1) *Garcilazo*, 1723, 1.^a Parte, Cap. VII, pg. 274, Lib. VIII.

(2) *Cieza*, Op. cit., Cap. LXVII, pg. 258.

(3) "Partieron del Cuzco, y por donde pasaban, hallaban alteradas algunas provincias primero conquistadas; y hacía en ellas y en las que se defendían y nó le venían luego a dar obediencia, crueldades y muertes inauditas" *Sarmiento de Gamboa*, Op. cit., § 46, pg. 89.

sus armas vencedoras a los ricos territorios de Quito; y el gran Huayna-Cápac eleva el Imperio a su apogeo, pocos años antes de su violenta ruina al choque con la civilización del Viejo Mundo; alcanzando las huestes peruanas hasta la rivera del Angasmayo, en Colombia. En el primer cuarto del siglo XVI, los clanes que, probablemente, salidos de la hoya del Titicaca fueron a fijarse en el valle del Cuzco, habían desde este punto extendido su dominio por territorios que hoy son parte de Bolivia, Chile y la Argentina; del Perú y del Ecuador; y aún habían puesto el pie en tierras de la que hoy es República de Colombia. Sin embargo, como advierte con mucha razón De la Riva Agüero, "no hemos de imaginarnos el vasto Tahuantinsuyu como un cuerpo enteramente homogéneo, en cuyos diversos territorios tenía el sistema de los Incas igual y perfecta aplicación": (1) La influencia incásica era muy desigualmente ejercida en las diversas regiones del inmenso Imperio: En el Cuzco y en las provincias cercanas, regían, con todo su vigor las leyes absorbentes que anulaban, casi por completo, la personalidad del pueblo y su independencia; dominaba el Inca con un poder más que humano y era para sus súbditos, el jefe, el Señor, el dueño y distribuidor de todos los bienes; el padre y el dios de la nación. En los países conquistados, en los que más lejos se hallaban del centro, sobre todo, la dominación incásica era menos sensible o se ejercía en condiciones muy diferentes.

Sin el establecimiento de los mitimaes, dicha dominación habría sido muy limitada y la influencia de la cultura incásica, muy pequeña, en el Ecuador. Allí en donde las tropas del Inca sentaron sus reales de un modo estable; allí en donde las colonias militares y civiles se habían establecido de modo permanente; allí, de donde habían sido arrancados por fuerza los habitantes y sustituidos por otros pobladores, traídos del corazón mismo del Imperio, allí la civilización de los hijos del Sol florecía, y al lado de las civilizaciones aborígenes,

(1) *De la Riva Agüero, "La Historia en el Perú", 1910, pg, 198.*

sin confundirse ni mezclarse, ejercía grande influencia sobre éstas.

La organización política del Imperio, los enérgicos medios de que se valían los Incas, las enormes riquezas que tenían en sus manos y la religiosa veneración de que eran objeto por parte de sus súbditos, hacían que este influjo se ejerciera eficazmente.

Pero en los pueblos privados de su independencia por medio de las armas o por convenios pacíficos, y puestos bajo el gobierno de los orejones, sin que al mismo tiempo se hubiesen establecido entre ellos, las mencionadas colonias, la influencia de la cultura incásica era débil y su dominio pasajero. Tal sucedió en la costa ecuatoriana que recorrieron, más de una vez, y hasta una latitud bastante septentrional, los ejércitos cuzqueños: Sus correrías, en ésta como en otras regiones, no tenían más fin que el pillaje, ni dejaban más huellas que pueblos devastados y ciudades destruidas.

Las observaciones que, deducidas del prolijo estudio de los cronistas, hemos apuntado en estas notas, se ven confirmadas por la Arqueología, en todas sus partes:

Hemos visto que los caracteres del arte cuzqueño, tan marcados y por consiguiente inconfundibles, aparecen en los objetos de origen incásico que se hallan en el Ecuador, con una pureza tal, que prueban, bien a las claras, que no hubo fusión del arte aborigen con el arte de los conquistadores peruanos. Y de la manera como se verificó esa conquista, y de los medios empleados por los Incas para mantener en sujeción a los pueblos que habían subyugado, se deduce también que no desaparecieron en una, las culturas de vencedores y vencidos, sino que subsistieron por mucho tiempo, la una junto a la otra, sin confundirse. Después de la conquista de toda aquella tierra por los españoles, la penetración de la cultura peruana del Cuzco, continuó y de un modo notable: Sirvan de ejemplo, la difusión del quichua y la casi unificación en el vestido (1).

[1] "Por las actas del primer libro del Ayuntamiento de Quito, consta que Benalcázar, cuando salió para la conquista de Popa-

Tanto la Arqueología como la Historia prueban también que el dominio de los Incas en el Ecuador, fue de duración relativamente corta: De setenta a ochenta años antes de la caída del Imperio, databan las primeras incursiones incaicas en el territorio de nuestra República; y casi coincide el fin de las últimas conquistas en el Norte, con la aparición de los europeos en las costas ecuatoriales.

En tiempo de Túpac-Yupanqui y de Huayna-Cápac, había alcanzado el imperio de Tahuantinsuyu su mayor desarrollo. Casi la totalidad de los objetos de cerámica cuzqueña hallados en el Ecuador pertenecen a la última época, si se nos permite cierta clasificación cronológica en aquel arte; y lo mismo podemos decir acerca de los monumentos que de esa civilización han quedado.

Finalmente, la distribución de los objetos del arte cuzqueño en las diversas provincias de nuestra República y los datos que los antiguos cronistas nos proporcionan, dejan fuera de duda que la influencia de la cultura incásica, se ejerció con muy diversa intensidad en el territorio del Ecuador, y que no absorbió, ni mucho menos, las culturas aborígenes, a las cuales conviene distinguir cuidadosamente.

yán, sacó de la actual provincia de Pichincha algunos miles de indios, para que fueran sirviendo a la tropa de los conquistadores... Así se explica la difusión de la lengua quichua hasta en la gobernación de Popayán". *González Suárez, Notas Arqueológicas, 1915, § VI, pg. 40.* En la provincia de Pichincha había una población muy numerosa de mitimacs, cuando Benalcázar realizó la conquista de Quito.

AUTORES

citados en este estudio

- Acosta (José de)*.—1588.—De Natura Novi Orbis.—Salamanca.
- Acosta (José de)*.—1894.—Historia Natural y Moral de las Indias —Madrid.
- Alcedo (Antonio de)*.—1786-89.—Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales.—Madrid.—5 vols.
- Ambrosetti*.—1902.—Antigüedades Calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy.—Buenos Aires.
- Ambrosetti*.—1902 (a).—El Sepulcro de la Paya.—Buenos Aires.
- Ambrosetti*.—1906.—Exploraciones Arqueológicas en la Pampa grande [Provincia de Salta] Buenos Aires.
- Ambrosetti*.—1907.—La Paya.—Buenos Aires.
- Ambrosetti*.—1917.—Los vasos del Pucará de Tilcara del tipo Pelike, comparados con los de Machu-Picchu—Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress Anthropology.—Vol. I.

- André*.—1884.—La América equinoccial [Colombia-Ecuador] América pintoresca, descripción de viajes al Nuevo Continente.—Barcelona.
- Arriaga (Pablo José)*.—1621.—Extirpación de la Idolatría del Perú.—Lima.
- Baessler*.—1902-1903.—Ancient Peruvian Art.—New York.
- Balboa (Miguel Cabello)*.—1840.—Histoire du Pérou [Ed. Ternaux-Compans].—París.
- Bamps (Anatole)*.—1879.—Les Antiquités Equatoriennes du Musée Royal d'Antiquités de Bruxelles. III Congrès International des Américanistes Bruxelles, vol. II, pág. 47 y Atlas.
- Bamps (Anatole)*.—1887.—Tomebamba, Antique Cité de l'Empire des Incas (Extrait du Musée).—Louvain.
- Bandelier*.—1910.—The island of Titicaca and Koati.—New York.
- Barros Arana (Diego)*.—1909.—Historia de América.—Santiago.
- Betanzos (Juan de)*.—1880.—Suma y Narración de los Incas que los indios llamaron Capac-cuna... [Ed. p. Jiménez de la Espada].—Madrid.
- Bingham (Hiram)*.—1910.—The Ruins of Choquequirau.—Lancaster.
- Bingham (Hiram)*.—1912.—Viticos the last Inca Capital.—New York.
- Bingham (Hiram)*.—1913.—In the Wonderland of Peru [The National Geogr. Mag].—Washington.
- Bingham (Hiram)*.—1914.—The Ruins of Espiritu Pampa-Peru. American Antropologist.—Vol. 16.—Lancaster.
- Bingham (Hiram)*.—1915.—Types of Machu-Picchu Pottery. American Antropologist. New Series, Vol. 17, Lancaster Pa. págs. 257 a 271.
- Boman (Eric)*.—1908.—Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama.

- Boussingault*.—1849.—Viajes científicos a los Andes Ecuatoriales o colección de memorias sobre física, química e historia natural de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela... traducidos al castellano con anuencia de los autores por J. Acosta.—París.
- Berthon (Paul)*.—1911.—Etude sur le Précolombien du Bas.—Péru.—París.
- Cabezas (Juan)*.—1844.—Relación [T. V de la Col. de Doc. inéditos para la Historia de España].—Madrid.
- Calancha (Fray Antonio de la)*.—1638.—Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú.—Barcelona.
- Campe (Joaquín Enrique)*.—S. F. Historia del Descubrimiento y Conquista de América.—Madrid.—2 vols.
- Cappa (P. Ricardo)*.—1886.—Historia Compendiada del Perú.—Lima.
- Castelnau*.—1854.—Antiquités des Incas.—Paris.
- Cevallos (Pedro Fermín)*.—1870.—Resumen de la Historia del Ecuador.—Lima.—[5 vol].
- Cieza de León (Pedro de)*.—1553-1862.—Parte primera de la Chronica del Perú.—Sevilla.—1553.—Madrid.—[Vedia].—1862.
- Cieza de León (Pedro de)*.—1880.—Segunda parte de la Crónica del Perú [Ed. Jiménez de la Espada].—Madrid.
- Cieza de León (Pedro de)*.—Tercera parte de la Crónica del Perú.
1877.—Libro I. Ed. Marqués de Fuensanta.—Madrid.
1881.—Libro II. Ed. Col. Doc. inéd. de España.—Madrid.
1877.—Libro III. Ed. Jiménez de la Espada.—Madrid.
1909.—Libro III. Ed. Serrano y Sanz (completa).—Madrid.
- Cobo (el P. Bernabé)*.—1892.—Historia del Nuevo Mundo.—Sevilla [vol. III].

- Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España* (T. V) 1864, etc. Madrid.—103 volms.
- Comercio (El)*.—1918.—Quito.
- Córdoba y Salinas (Fray Diego)*.—1651.—Coronica de la Religiosísima Provincia de los doce Apóstoles del Perú.—Lima.
- Córdoba y Urrutia*.—1844.—Las tres épocas del Perú. (Odrizola Docs. Lits.) Tomo VII.—Lima.
- Corzo (Pedro)*.—1844.—Relación (T. V de la Col. de Documentos inédts. para la H. de España).—Madrid.
- Crequi Montfort*—1906.—Fouilles de la misión scientifique française a Tiahuanaco. Les recherches archeologiques et ethnographiques, Au Chili et dans la République Argentine—Internationale Amerikanisten Kongres. Stuttgart. 1904 Stuttgart. 1906.
- Cronau (Rodolfo)*.—1892.—América.—Historia de su descubrimiento.—Barcelona. (3 vol.)
- Dávalos y Figueroa*.—1602.—Miscelánea Austral.—Lima.
- Debenedetti*.—1917.—Investigaciones Arqueológicas en los valles preandinos de la Provincia de San Juan.—Buenos Aires.
- Dejardins (E.)*—1858.—Le Pérou avant la conquête espagnole.—París.
- D'Orbigny*.—1847.—Voyage dans l'Amérique Méridionale. Atlas de la Partie Historique Antiquités.—Strasbourg.
- Dorsey (George A.)*.—1898.—A Bibliography of the Anthropology of Peru (Field Col. Mus.).—Chicago.
- Dorsey*.—1901.—Archæological investigations on the Island of la Plata, Ecuador.—Chicago.
- Ewbank*.—1855.—Indian Antiquities.—The U. S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere during the years 1849-50, 51, 52. Vol. II.—Washington.
- Frazer*.—1914.—The Dying god.—London.
- Fernández de Oviedo y Valdez*.—1851-55.—Historia

- general y natural de las Indias.—Madrid.—
4 vol.
- Fernández de Palencia (Diego)*—1571.—Primera y Segunda Parte de la Historia del Perú.—Sevilla.
- Garcilazo de la Vega (El Inca)*.—1723.—Segunda Parte de los Comentarios Reales.—Madrid.
- Gibbon*.—1854.—Exploration of the Valley of the Amazon.—Washington.
- González Suárez (Federico)*.—1878.—Estudio Histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la Provincia del Azuay.—Quito.
- González Suárez (Federico)*.—1890-1903.—Historia General de la República del Ecuador.—Quito.—8 vol.
- González Suárez (Federico)*.—1904.—Prehistoria Ecuatoriana.—Quito.
- González Suárez (Federico)*.—1908.—Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones Arqueológicas.—Quito.—Atlas [colores].—1910.
- González Suárez (Federico)*.—1915.—Notas Arqueológicas.—Quito.
- González de la Rosa (Ml.)*.—1882.—Introducción a los Historiadores del Perú.—Lima.
- González de la Rosa (Ml.)*.—1909.—Ensayo de Cronología incana. [Revista Histórica, T. IV].—Lima.
- Gutiérrez de Santa Clara (Pedro)*.—1904-1905.—Historia de las Guerras Civiles del Perú.—Madrid.
- Hamy*.—1897.—Galerie Américaine.—París.
- Hamy*.—1898.—Décades Americaines 3 et 4 Décades.—París.
- Helps (Arthur)*.—1857.—The Spanish Conquest in America.—London. Vol. III.
- Herrera (Antonio de)*.—1730.—Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano [8 Décadas. 9 partes. 5 vol].—Madrid.
- Humboldt (Alejandro de)*.—1878.—Sitios de las Cordi-

- lleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América.—Madrid.
- Jerez (Francisco de)*.—Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco.—Madrid [Vedia]. 1862 y 1891.
- Jijón y Caamaño (Jacinto)*.—1912.—Estudios de Prehistoria Americana. I. El Tesoro de Itschimbía.—London.
- Jijón y Caamaño (Jacinto)*.—1914.—Estudios de Prehistoria Americana. II. Contribución al conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura.—Madrid.
- Jiménez de la Espada (Marcos)*.—1879.—Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas.—Madrid.
- Jiménez de la Espada (Marcos)*.—1883.—El Palacio del Callo.—Madrid.
- Jiménez de la Espada (Marcos)*.—1892.—Una anti-gualla Peruana.—Madrid.
- Joyce*.—1912.—South American Archæology.—London.
- Lafone Quevedo*.—1908.—Tipos de Alfarería de la Región Diaguito-Calchaquí.—Buenos Aires.
- Larrabure y Unanue (Eugenio)*.—1893.—Cronología Incásica.—Monografías Histórico-Americanas.—Lima.
- Las Casas (Fray Bartolomé)*.—1892.—De las Antiguas Gentes del Perú. [Ed. Jiménez de la Espada].—Madrid.
- Lehmann Nitsche*.—1902.—Catálogo de las Antigüedades de la Provincia de Jujuy.—La Plata.
- Lejeal*.—1905.—La Collection de Mr. de Sartiges au Musée du Trocadéro—International Congress of Americanists. T. II. Easton.—1905.
- Levinus (Apolonius)*.—1567.—De Peruvicæ Regionis.—Antuerpiæ.
- López de Gómara (Francisco)*.—Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias.—Sara-goza. . . . 1552-53.—Madrid [Vedia]. . . . 1858.
- Lorente (Sebastián)*.—1860.—Historia Antigua del Perú.—Lima.

- Markham (Clemens R.)*.—1895.—Historia del Perú.—Lima.
- Markham (Clemens R.)*.—1902.—Las Posiciones Geográficas de las tribus que formaban el Imperio de los Incas.—La Paz.
- Markham (Clemens R.)*.—1911.—The Incas of Peru.—London.
- Means*.—1917.—A Survey of Ancient Peruvian Art.—Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences, vol. 21, págs. 315-342. New Haven.
- Medina (José Toribio)*.—1882.—Aborígenes de Chile.—Santiago.
- Medina (José Toribio)*.—1904.—La Imprenta en Lima.—Santiago.
- Medina (José Toribio)*.—1898-1907.—Biblioteca Hispano-Americana.—Santiago.
- Mendiburu (Gral Manuel de)*.—1880.—Diccionario Histórico-Biográfico del Perú.—Lima.
- Meyendorff*.—1909.—L' Empire du Soleil.—París.
- Molina (Cristóbal de)*.—1916.—Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas.—Lima.
- Montesinos (El Lic. Fernando)*.—1882.—Memorias antiguas historiales y políticas del Perú [Ed. Jiménez de la Espada].—Madrid.
- Montesinos (Fernando de)*.—1906.—Anales del Perú.—Madrid.
- Nadaillac*.—1883.—L' Amérique Préhistorique.—París.
- Nordenskiöld*.—1915.—Incallacta, eine befestigte und von Inca Túpac-Yupanqui angelegt Stadt.—Stockholm.
- Odrizola*.—1873.—Documentos Literarios del Perú.—Lima.
- Oliva (el P. Anello)*.—1859.—Historia del Reino y Provincias del Perú.—Lima.
- Oré (Fray Luis Gerónimo de)*.—1598.—Symbolo Catholico Indiano.—Lima.
- Outes*.—1907.—Alfarerías del Noroeste Argentino. Anales del Museo de la Plata. Segunda Serie. Tomo. I. Buenos Aires.

- Oyarzum*.—1910.—Contribución al estudio de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile.—Santiago.
- Pachacuti Yamqui (Juan de Santacruz)*.—1879.—Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú.—Madrid.
- Payne (Edward John)*.—1899.—History of New World, called America.—Oxford.
- Petrie and Quibell*.—1896.—Nagada and Ballas.—London.
- Petrie*.—1904.—Methods & Aims in Archæology.—London.
- Pi y Margall (Francisco)*.—1888. Historia General de América.—Barcelona.
- Pinelo (Antonio de León)*.—1737-38.—Epítome de la Bibliotheca Oriental y Occidental.—Madrid.
- Pizarro (Fernando)*.—1639.—Varones Ilustres del Nuevo Mundo.—Madrid.
- Polo de Ondegardo (Juan)*.—1916.—Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas.—Lima.
- Polo*.—1900.—La piedra de Chavin.—Lima.
- Posnansky (Arthur)*.—1910.—Album Fotográfico de Tiahuanaco y Titicaca.—La Paz.
- Posnansky*.—1913.—El Signo escalonado en las ideografías americanas con especial referencia a Tiahuanaco.—Berlín.
- Prescott (Guillermo H)*.—1847.—Historia de la Conquista del Perú.—Madrid.
- Ramos Gavilán*.—1621.—Historia del Célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros e Invención de la Cruz de Carabuco.—Lima.
- Ramusio (Giovanni Battiste)*.—1556.—Navigazione et Viaggi [Terzo Volume]. Venecia.
- Reiss and Stübel*.—1880-87.—The Necropolis of Ancon.—Berlín.
- Riva-Agüero (José de la)*.—1910.—La Historia en el Perú.—Lima.

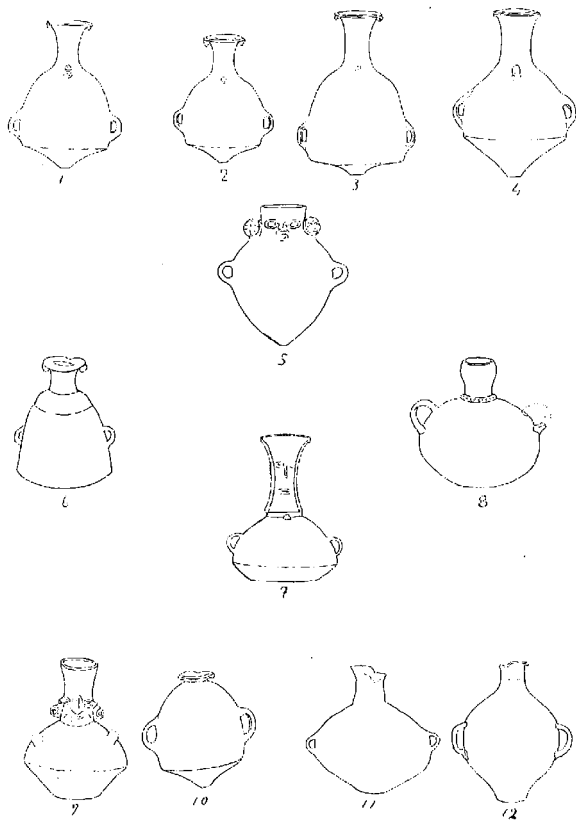
- Rivet y Verneau.*—1912.—Ethnographie ancienne de l'Equateur.—París.
- Robertson (W).*—1827.—Historia de América.—Burdeos.
- Roman (Fray Gerónimo).*—1595.—Republicas del Mundo.—Salamanca.
- Rosen.*—1905.—Archæological researches on the frontier of Argentina and Bolivia in 1901-02. Annual Report of the Smithsonian Institution.—Washington.
- Sahuaraura Inca (Juan Justo).*—1850.—Recuerdos de la Monarquía Peruana.—París.
- Sarmiento de Gamboa (P).*—1906.—Geschichte des Inkareiches [Ed. R. Pietschmann].—Berlín.
- Saville (Marshall II).*—1907-10.—The Antiquities of Manabí, Ecuador.—New York.—2 vol.
- Seler.*—1893.—Peruanische Alterthümer.—Berlín.
- Toledo (Virrey Francisco de).*—1882.—Informaciones acerca del Señorío y Gobierno de los Incas. [Ed. J. de la Espada].—Madrid.
- Torres Saldamando.*—1882.—Los antiguos Jesuitas del Perú.—Lima.
- Tschudi y Rivera.*—1851.—Antigüedades peruanas.—Viena.
- Uhle Stübel und Koppel.*—1889.—Kultur und Industrie of Südamerikanischer Volker.—Berlín.—Vol. I.
- Uhle und Stübel*—1892.—Die Ruinestacte von Tiahuanaco.—Berlín.
- Uhle.*—1903.—Pachacámac.—Philadelphia.
- Uhle.*—1906.—Las llamitas de piedra del Cuzco. Revista del Instituto histórico del Perú.—Vol. I.—Lima.
- Uhle.*—1909.—La esfera de influencias del país de los Incas. Revista histórica.—Vol. IV.—Lima.
- Uhle.*—1912.—Los orígenes de los Incas. Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas.—Buenos Aires.
- Uhle.*—1912 [a].—Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. Actas del XVII Con-

- greso Internacional de Americanistas.—Buenos Aires.
- Uhle*.—1913.—Die Ruinen von Moche. Journal de la Société des Américanistes de Paris. Nouvelle Serie, Tomo X.
- Uhle and Putman*.—1914.—Nazca Pottery Proceedings of the Davenport Academy of Sciences.—Davenport.
- Uhle*.—1917.—Fortalezas Incaicas. Incallacta Machupicchu.—Santiago.
- Velasco (P. Juan de)*.—1841-44.—Historia del Reino de Quito.—Quito.
- Verneau*.—1907.—Collections anthropologiques équatoriennes du Dr. Rivet. Journal de la Société des Américanistes de Paris. N. 5. Vol. IV.
- Westermarck*.—1912.—The Origin and development of the Moral ideas.—London.
- Wympet*.—1892.—Among the Great Andes.—London.
- Wiener*.—1880.—Pérou et Bolivie.—Paris.
- Zárate (Agustín de)*.—Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.—Madrid [Vedia]. . . . 1862.

NOTA.—En la parte gráfica de este trabajo hemos sido auxiliados por nuestro amable colega en la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, el Sr. Dn. Juan León Mera I. y por los talleres litográficos de la escuela de Bellas Artes y los de Artes Gráficas del hábil y laborioso Sr. Dn. José D. Laso.

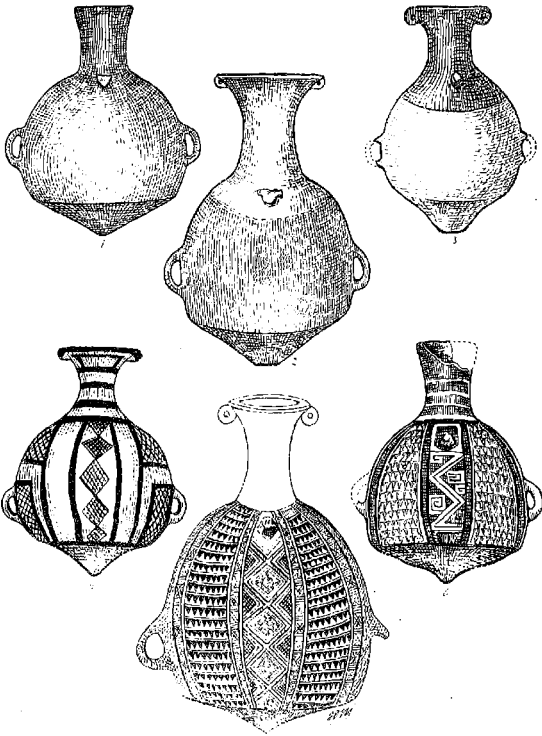
A todos, nuestros agradecimientos.

LAMINA I



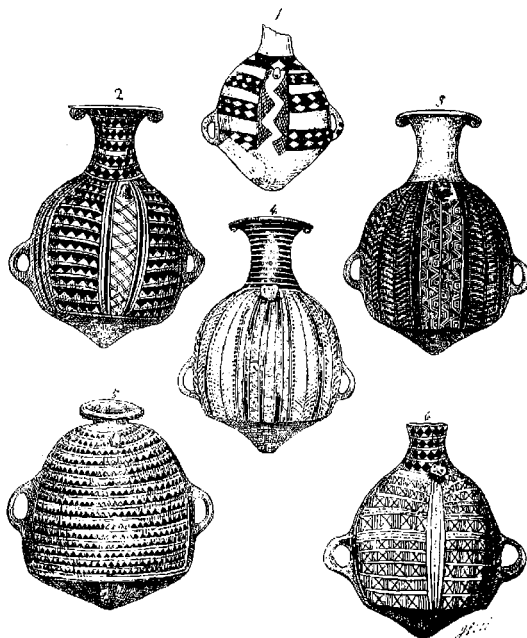
Nos. 1, 2, 3 y 4: *Alachu Pachhu-Bingham* 1915, fig. 42. N° 5: *Pachhu-Smar* Uhle, 1903, fig. 74, pg. 64. N° 6: *Chuntato* Wiener, 1880, pg. 59f. N° 7: *Cuzco* Seler, 1893, L. 3°. N° 8: *Pachhu-Smar* Uhle, 1903, fig. 82, pg. 65. N° 9: *Pachhu-Smar* Uhle, 1903, L. 13, fig. 3°. N° 10: *Colanga* Seler, 1893, L. 6, fig. 20. N° 11: *La Paya* Ambrosetti, 1907, pg. 283, fig. 122. N° 12: *Catingasta* Dehenedetti, 1917, fig. 70, pg. 103.

LAMINA II



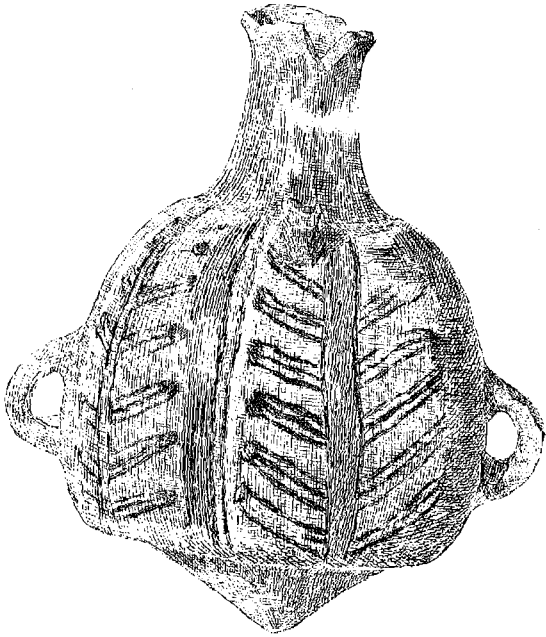
Nº 1: *Quinjeo* Bamps 1879, L. XV, fig. 5. Nº 2: *Calamarco* Outes 1907, L. III fig. 8. Nº 3: *Quinjeo* Bamps 1879, L. II fig. 1º. Nº 4: *Caldera* Oyarzun 1910, fig. 3º. Nº 5: *Ancon* Reiss and Stübel 1880 a 87 Vol. I. L. X, fig. 9. Nº 6: *Caldera* Oyarzun 1910, fig. 6º

LAMINA III



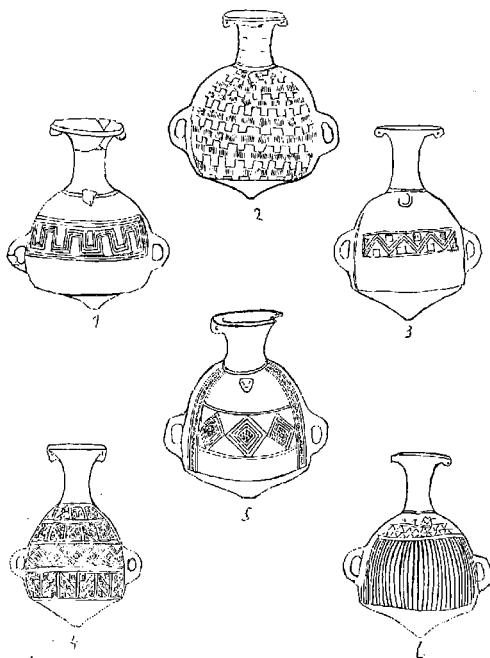
Nº 1: *Siongi* Lehmann Nitsche 1902, pg. 45. Nº 2: *Molina* Outes, 1907, l. III, fig. 4. Nº 3: *Cusco* Hamy, 1897, L. XXXVIII. Nº 4: *Cusco* Selser, 1893, l. II. Nº 5: *Colanga* Selser, 1893, l. VI fig. 11. Nº 6: *Belen* Outes, 1907, l. III, fig. 5ª

LAMINA IV



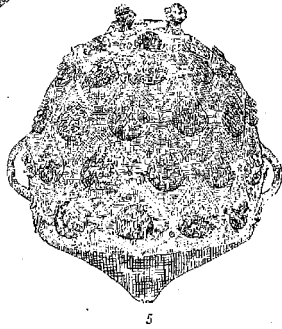
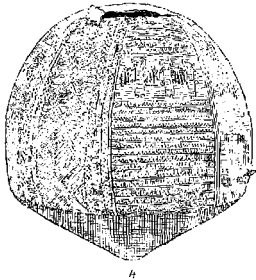
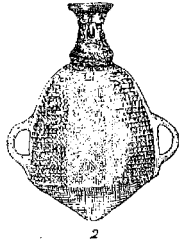
Sepulcro N^o 4 del Nuevo Hospital—Quito.

LAMINA V



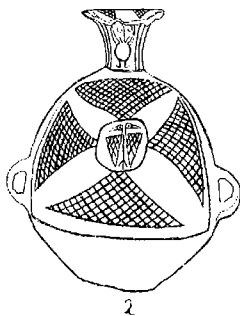
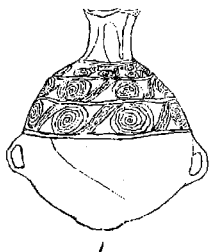
Nº 1: *Cusco* Seler 1893, I, III. Nº 2: *Supe* Seler 1893, I, XV fig. 14. Nº 3: *Perú* Joyce 1912 I, XXII fig. 7. Nº 4: *Perú* D' Orvigny 1847 I, XXI fig. 2. Nº 5: *Quito* Uhle 1889, Vol. I, L. VII fig. 3. Nº 6: *Sierra del Perú* Joyce 1912, I, XXII fig. 6.

LA MINA VI



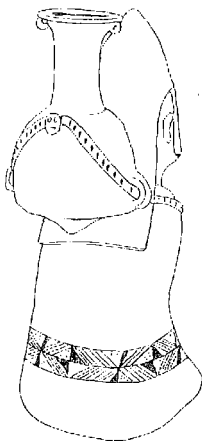
Nº 1: *Pueblo Viejo* Uhic 1889, l. X, fig. 10. Nº 2: *Cuzco* Seler 1893, l. V fig. 4. Nº 3: *Cuzco* Seler 1893, l. III. Nº 4: *Cuzco* Seler 1893, l. III. Nº 5: *Camana* Legeal 1905, l. 11.

LAMINA VII



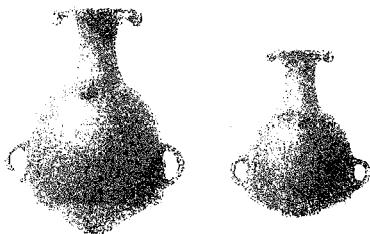
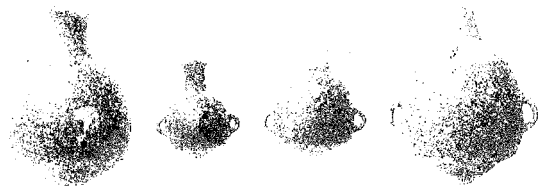
N.º 1: *La Puya Boman* 1908, l. XI, fig. 23. N.º 2: *Judagali Outes* 1907, l. III, fig. 1.

LAMINA VIII



Nº 1: De un cuadro colonial, Ambrosetti, 1910, fig. 2ª Nº 2: *Pachacamac*, Baessler, 1903, L. CLIV, fig. 422.

LAMINA IX



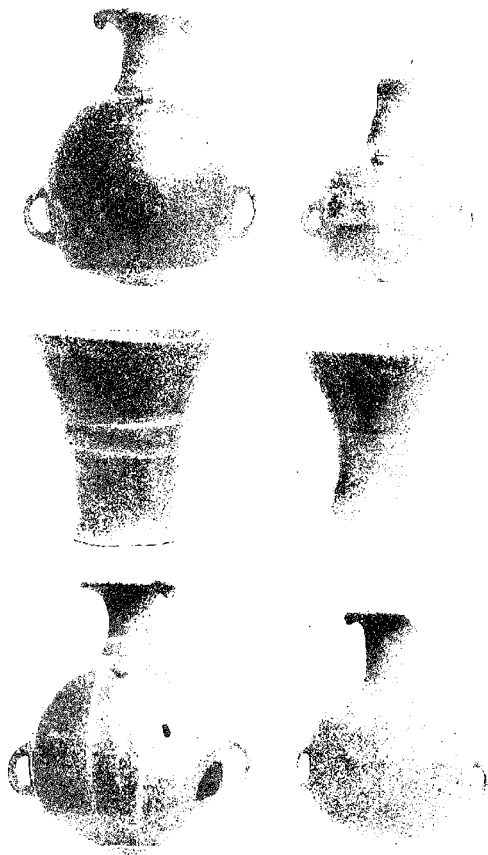
Nº 1: Provincia de Tungurahua. Nº 2: Ambato. Nos. 3, 4 y 5 Quisapincha. Nº 6: Ambato. Nº 7: Cumlayá. Nº 8: Pasa. Nº 9: Quito, (Hospital Nuevo).

LAMINA X



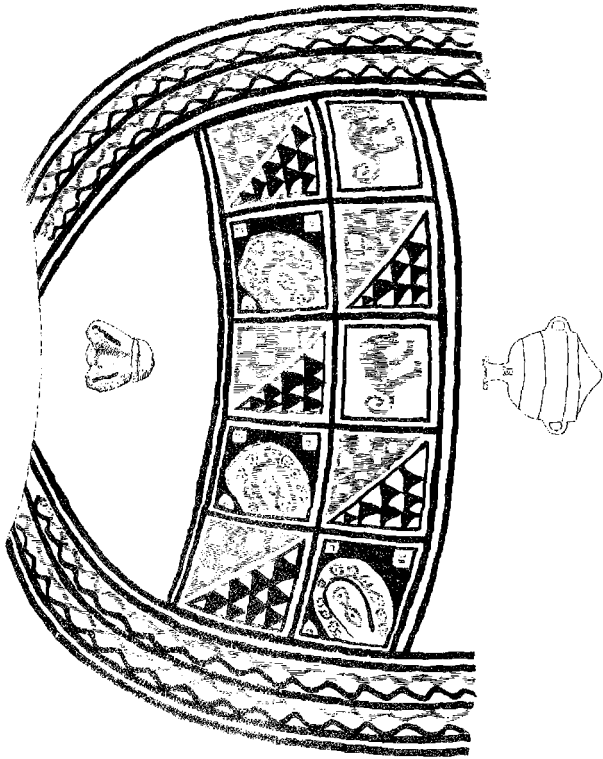
Nos. 1, 2, 3 y 4: Sierra del Ecuador. N° 5: Sierra del Ecuador.
N° 6: Mocha. N° 7: Tisaleo. N° 8: Ibarra. N° 9: Sierra del Ecuador.

LAMINA XI



Nº 1: Sierra ecuatoriana. Nº 2: Quito. Nos. 3 y 4: Tiahuanaco (Col. Jijón). Nº 5: Tungurahua. Nº 6: Quito.

LAMINA XII

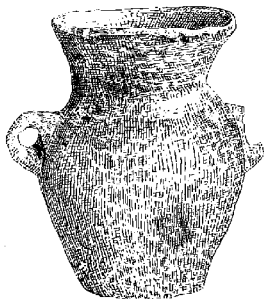


Ambato.

LAMINA XIII



1



2



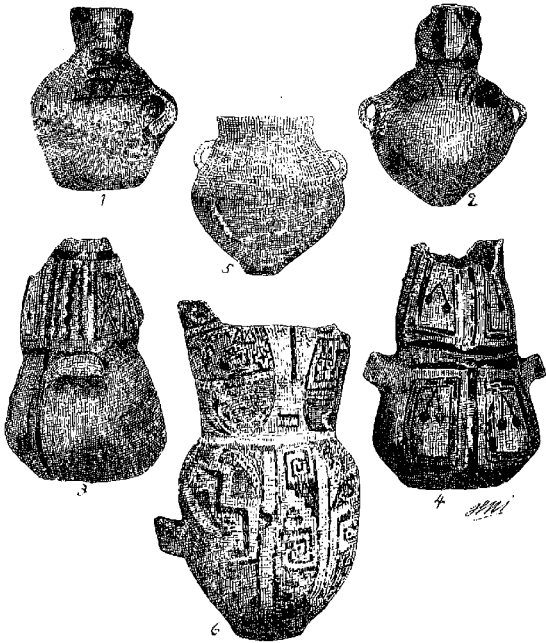
3



4

Nos. 1 y 2: Tiahuanaco. Museo de la Paz (Fol. Jijón). N° 3: Posnau-
ki, 1913, fig. 22. N° 4: Créqui-Montfort, 1906, L. VI, fig. 13.

LAMINA XIV



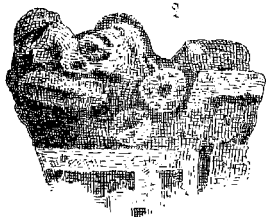
Nº 1: *Ancuipa* Uhle, 1912, fig. I, pág. 324. Nº 2: *Q'atan* Uhle, 1912, fig. 2, pág. 325. Nos. 3 y 4: *Vilcanota* Uhle, 1912 figs. 4 y 4 b, págs. 327 y 328. Nº 5: *Pampa grande* Ambrosetti, 1906, pág. 75. Nº 6: *Guackipos* Hamy, 1898, l. IV.

LAMINA XV

1



2



3



Nos. 1, 2 y 3: Tiahuanaco. Museo de la Paz. (Fot. Jijón).

LAMINA XVI



Nº 1: Mocha. Nº 2: Sierra del Ecuador. Nº 3: Pelileo, Nº 4: Ecuador. Nº 5: Ambato Nº 6: El Angel.

LAMINA XVII



1



2



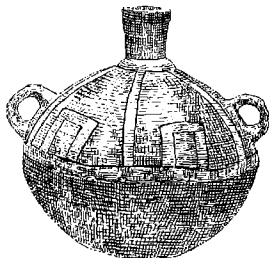
3



4



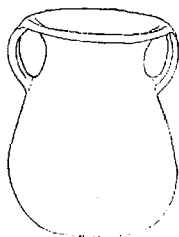
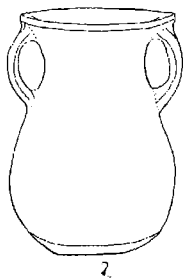
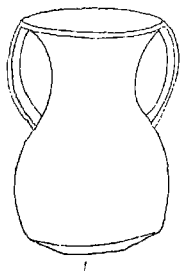
5



6

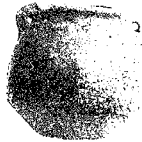
Nº 1: Perú Tshudi y Rivero, 1851, L. XXVII, fig. 1ª Nº 2: Asnay González Suárez, 1892, L. X, fig. 1ª Nos. 3 y 4: Ancón, Reiss and Stübel, 1880-87, Vol. III, L. 96, fig. 4 y 5. Nº 5: Perú, Tshudi y Rivero, 1851, L. XXVII, fig. 3 Nº 6: Fichardmac Uhle, 1903, L. XVIII, fig. 8ª

LAMINA XVIII



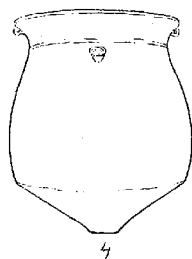
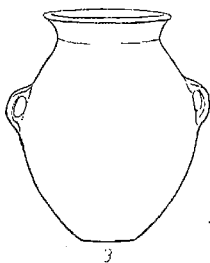
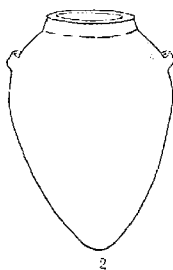
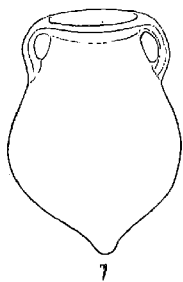
Nos. 1, 2, 4 y 5: *Machu-Picchu* Bingham, 1905, pág. 203, fig. 45
Nº 3: *Chucaripu Patzi-Koati*, Baudelier 1910, I., 67.

LAMINA XIX



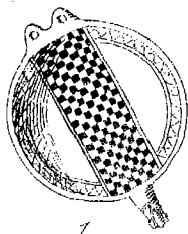
Nº 1: Pelileo. Nos. 2 y 3: Ambato. Nº 4: Inga Urco. Nº 5: Ambato.

LAMINA XX

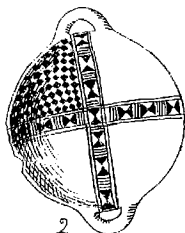


N° 1: *Machu-Picchu* Bingham, 1915, fig. 481. N° 2: *Pachocaimac* Uhle, 1903, pág. 66, fig. 63. N° 3: *Machu-Picchu* Bingham, 1915, pág. 49. N° 4: *Cuzco* Selser, 1893, I. I.

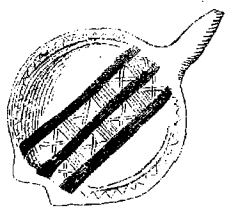
LAMINA XXI



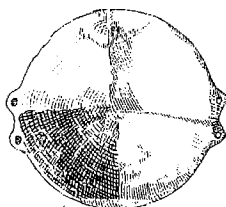
1



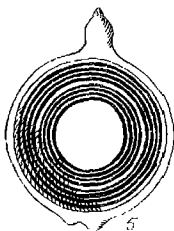
2



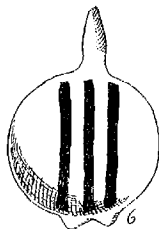
3



4



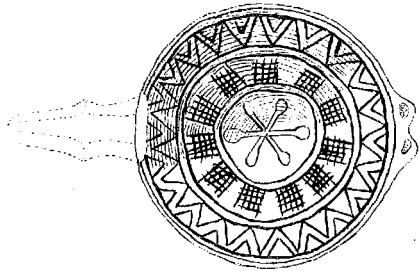
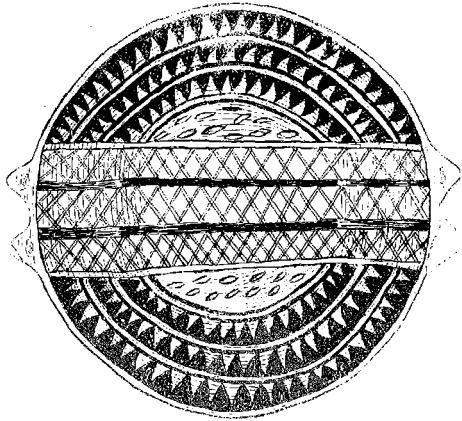
5



6

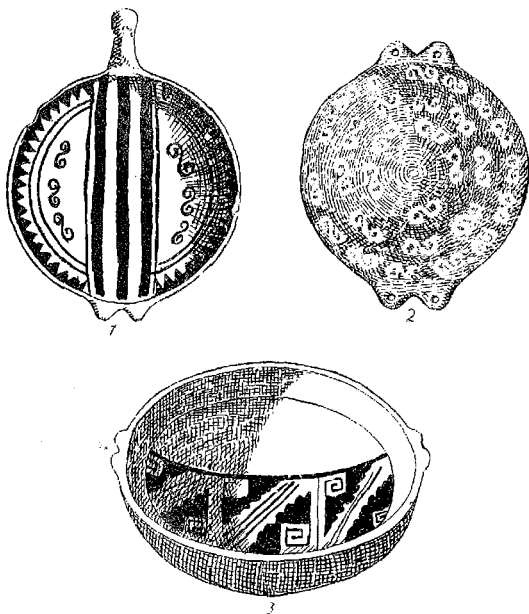
Nos. 1 y 2: *Cuzco*, Seler, 1893, I. VIII, figs. 16 y 19. Nos. 3 4 y 5: *Titi-caca*, Baudelot, 1910, I. XLVIII, fig. 4^a, I. XLV, I. XLVIII, fig. 1^a. No. 6: *La Plata*, Dorsey, 1901, fig. 254.

LAMINA XXII



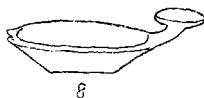
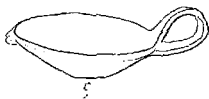
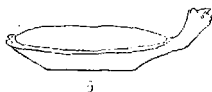
Nº 1: *Pachantica*, (Prov. de Tungurahua). Nº 2: *Valle de Chillo*, (Prov. de Pichincha).

LAMINA XXIII



Nº 1: *Cuzco*, Seler, 1893, L. VIII, fig. 17. Nº 2: *Cuzco*, Seler, 1893, l. VIII, fig. 20. Nº 3: *Copiapó*, Medina, 1882, fig. 173.

LAMINA XXIV



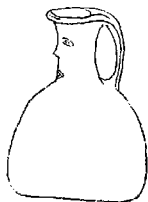
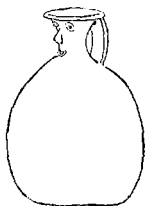
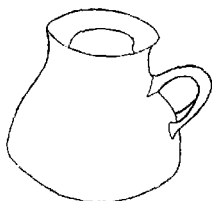
Nos. 1 a 7: *Machu-Picchu* Bingham, 1915, fig. 49. N° 8: *Titiaca Banderas*, 1910, l. LXVIII, fig. 22.

LAMINA XXV



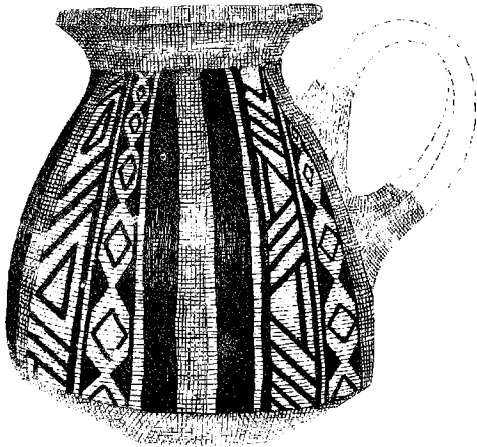
Tiahuanaco, Museo de La Paz. (Fot. del Autor).

LAMINA XXVI



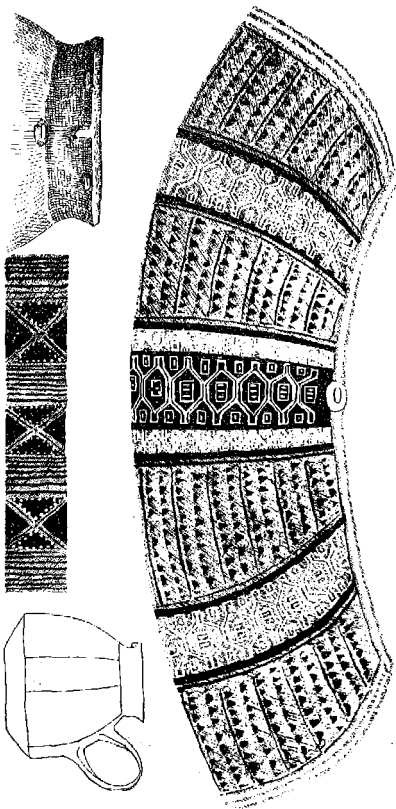
Nº 1: *Chillano*, (Bolivia), Castelnau, 1854, l. X. Nos. 2 y 3: *Machu-Pic-
cán*, Bingham, 1915, fig. 51. Nos. 4 y 5: *Pachacamac*, Uhle, 1903, fig. 73, pág.
64 y fig. 72, pág. 64. Nº 6: *La Paya*, Ambroselli, 1902, [a], fig. 137.

LAMINA XXVII

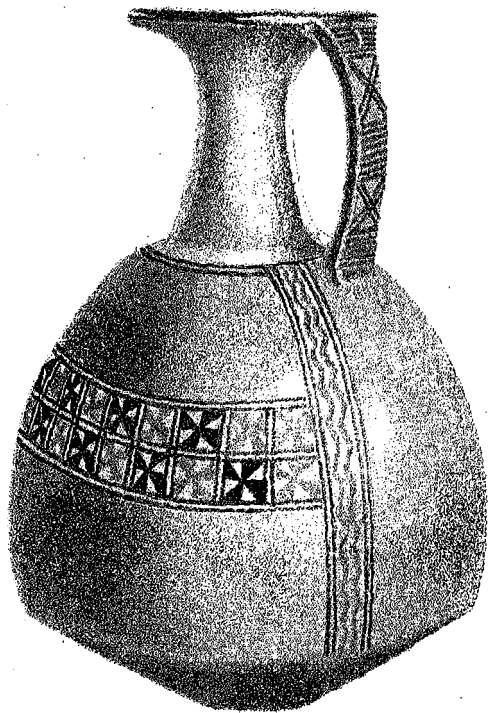


Provincia de Tungurahua.

LAMINA XXVIII



Quito.



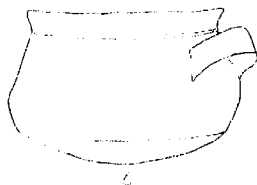
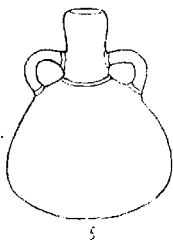
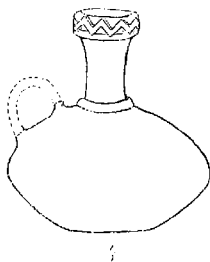
Tunguipampa - Pillaro

LAMINA XXX



Nos. **1** y **2**: Quito, Nos. **3** y **4**: Malaló N^o **5**: Guápulo (Alturas de Pujilí).

LAMINA XXXI



Nº 1: *Pachacámar*, Uhle 1913, L. XIII, fig. 2º. Nº 2: *La Paya* Ambrosetti, 1902, (a) fig. 131. Nº 3: *Matalechusa* Wiener, 1880, pág. 596. Nos. 4 y 5: *Pachacámar*, Uhle, 1903, fig. I.XVII pág. 63, fig. I.XXXVI, pág. 66. Nº 6: *La Paya*, Boman, 1910, L. XII, fig. 26.

LAMINA XXXII



Nº 1: *Cuzco*, Seler, 1893, I. VIII, fig. 22. Nº 2: *La Paja*, Boman, 1910, L. IX, fig. 17. Nº 3: *Perú*, Tschudi y Rivero, 1851, L. XXVII, fig. 2ª. Nº 4: *Cuzco*, Seler, 1893, I. VIII, fig. 23.



Perú-British Museum.

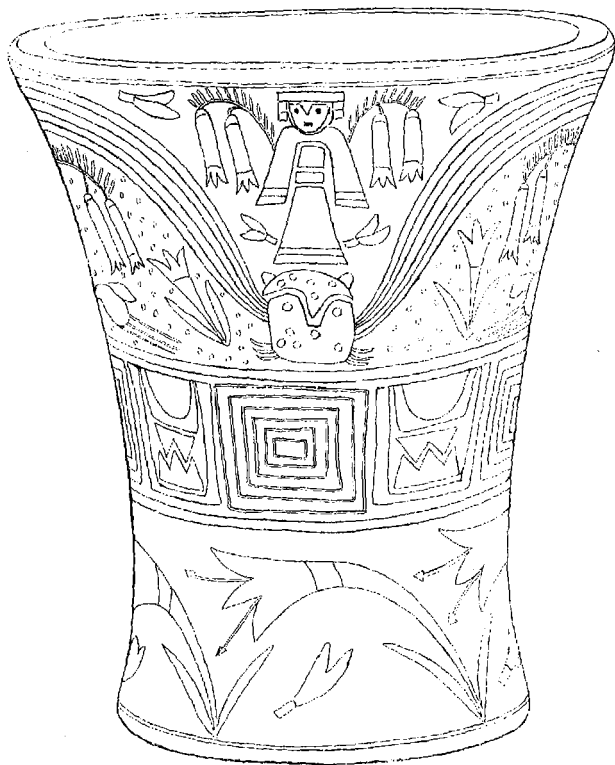


Ambalo



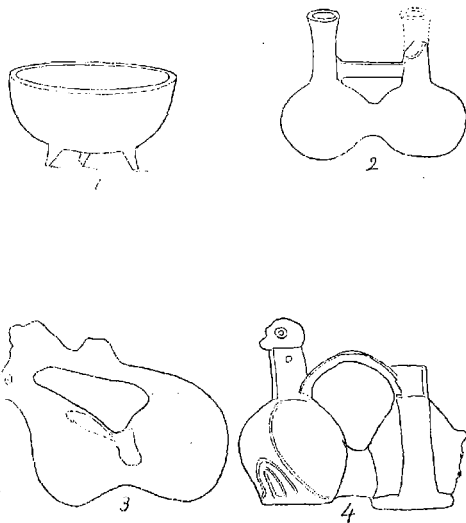
Tisaleo

LAMINA XXXVI



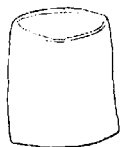
Tisaño.

LAMINA XXXVII



Nº 1: *Cuzco*, Wiener, 1880, pág. 595. Nº 2: *Quito*, Uhle, 1889 I. VII, fig. 4. Nº 3: *Cuzco*, Bamps, 1879, I. XIX, fig. 2. Nº 4: *Ecuador*, Bamps, 1879, I. XXII.

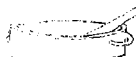
LAMINA XXXVIII



1



2



3



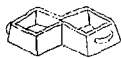
4



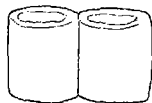
5



6



7



8



9



10



11

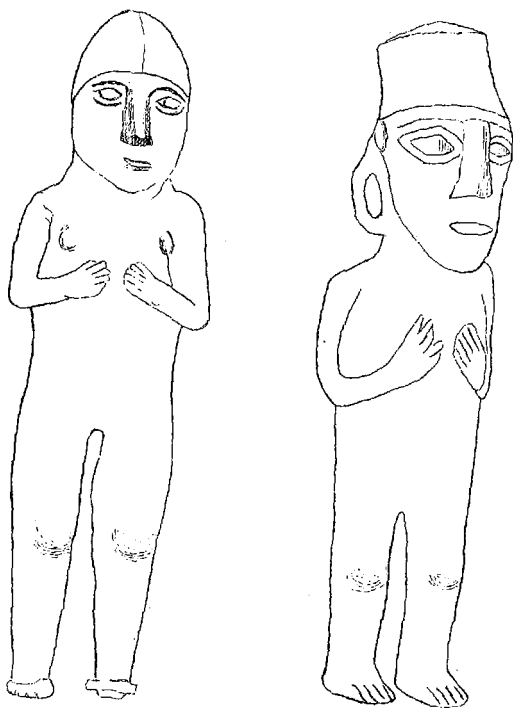
Nos. 1 a 11: *Cuaco*, Wiener, 1880, págs. 370 y 371.

LAMINA XXXIX



Quito.

LAMINA XL

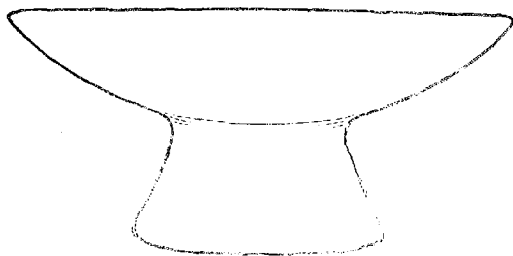
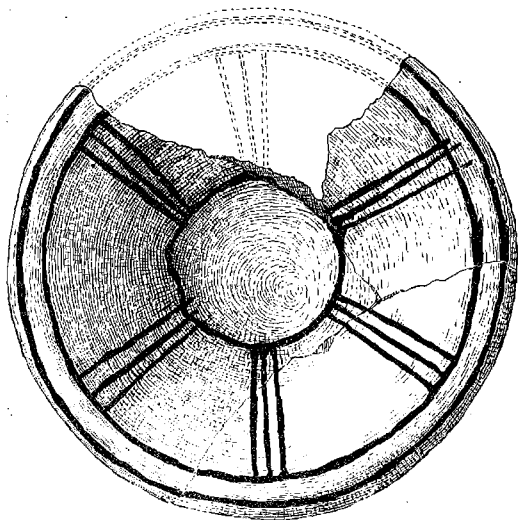


Nº 1: *Isla de la Plata*, Dersey, 1901, I. XL. Nº 2: *Titicaca*, Baudelier, 1910, L. LVII, fig. 8º



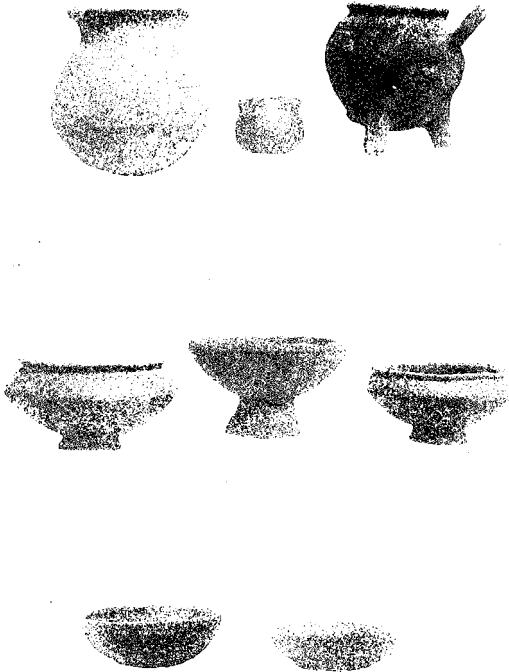
Quiño

LAMINA XLII



Quito.

LAMINA XLIII



Nos. 1 a 8: Quito.

LAMINA XLIV



Pucará de Guanguiltagua.